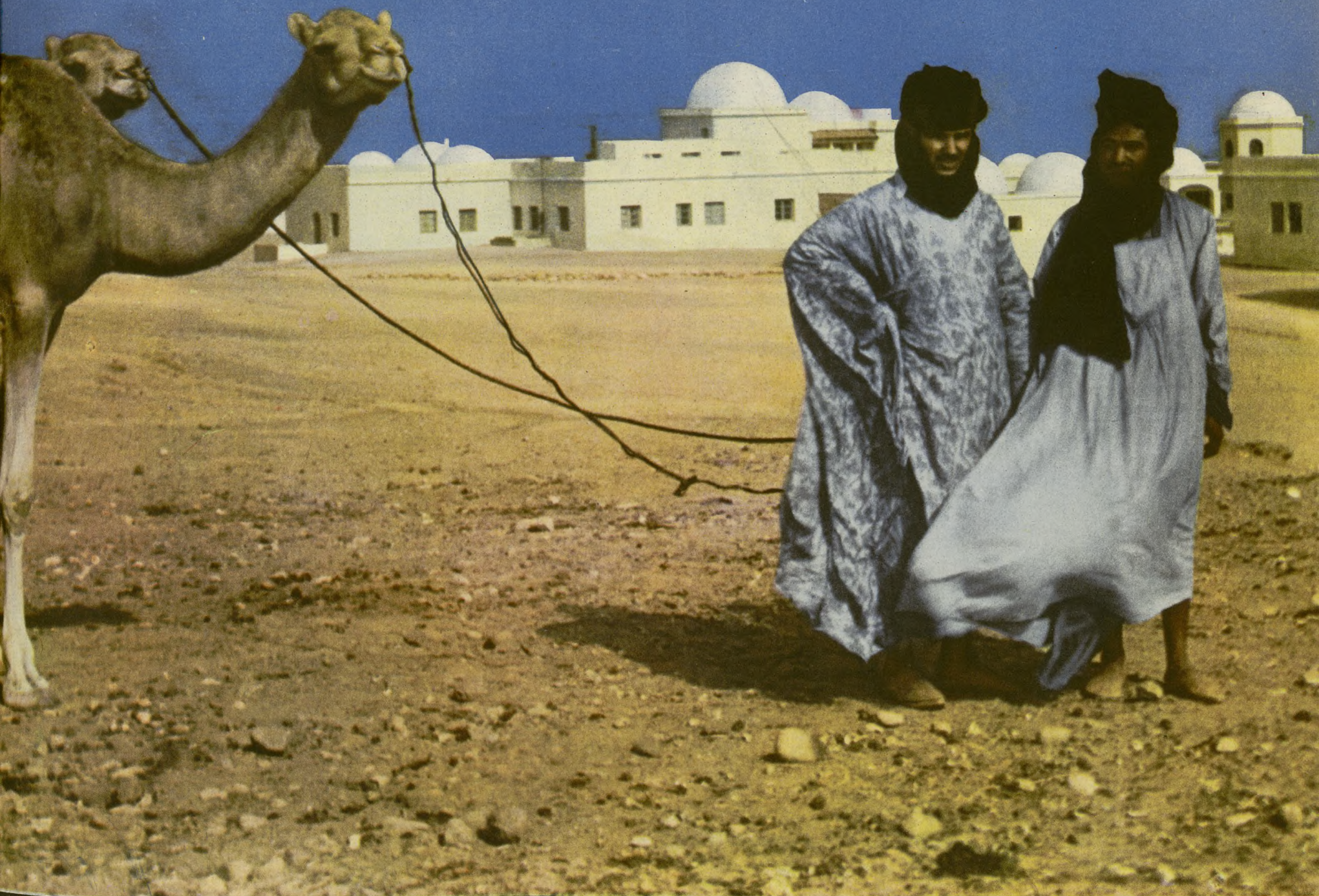


MUNDO HISPÁNICO



★ LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES ★

ARGENTINA..... PESOS. 2,50
BOLIVIA..... BOLIVIANOS. 25,00
BRASIL..... CRUCEIROS. 10,00
CHILE..... PESOS. 20,00
COLOMBIA..... PESOS. 1,00
COSTA RICA... COLONES. 3,25

CUBA..... PESOS. 0,50
EL ECUADOR... SUCRES. 7,50
EL SALVADOR.. COLONES. 1,25
ESPAÑA..... PESETAS. 12,00
FILIPINAS..... PESOS. 1,50
GUATEMALA. QUETZALES 0,50

HONDURAS.... LEMPIRAS. 1,00
MEXICO..... PESOS. 3,00
NICARAGUA. CORDOBAS. 2,50
PANAMA..... BALBOAS. 0,50
PARAGUAY... GUARANIES. 2,00
PERU..... SOLES. 3,25

PORTUGAL.... ESCUDOS 12,00
PUERTO RICO... DOLARES 0,50
R. DOMINICANA. DOLARES 0,50
URUGUAY..... PESOS 1,00
VENEZUELA... BOLIVARES 1,75
U. S. A..... DOLARES 0,50
Demás países, sobre: PESETAS 12,00

N.º 18 - 1949

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID



Banco Español de Crédito

Madrid

DOMICILIO SOCIAL: ALCALA, 14

Capital desembolsado..... 228.237.000,00 pesetas
Reservas..... 242.857.192,68 pesetas

428 SUCURSALES EN ESPAÑA Y MARRUECOS

SUCURSAL EN MADRID:
Alcalá, 14 y Sevilla, 3 y 5

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

**ESTA ESPECIALMENTE ORGANIZADO PARA LA FINANCIACION
DE ASUNTOS RELACIONADOS CON EL COMERCIO EXTERIOR**

SERVICIO NACIONAL DEL TRIGO
LIBRETAS DE AHORRO

(Aprobado por la Dirección General de Banca con el número 229, el 7 de Julio de 1949)

UNIDAD

Por JOSE MARIA PEMAN

De la Real Academia Española de la Lengua.

TODO lo que sea subir pasos en la cuesta de la vida es irse encaramando a alturas desde donde se otean las cosas más en conjunto, más convertidas en unidad. La unidad es la característica de todo cuanto es madurez o plenitud. Cada vez se sonríe uno más de haber considerado como totales e irreductibles los dualismos de los hombres, que, vistos desde el lado de Dios, están a menudo tan cerca como los dos barrios vecinos y antagónicos de la aldea vistos desde la altura y la unidad del campanario.

Hace unos días veía yo este proceso en las grandes guerras, en cuanto se las mira con perspectiva histórica. Las Navas de Tolosa, decía, ha acabado en nuestra amistad familiar con el mundo marroquí y árabe. Ayacucho ha concluido en la fiesta de la Raza... Pues si esto ocurre en los grandes choques de razas o de pueblos, ¿qué no ocurrirá, al cabo, en los desgarramientos interiores de un mismo pueblo? Dios cumple oficios de unidad por medio de todas esas roturas. Cuando los jesuitas fueron expulsados por Carlos III, nadie pensaba que aquel fenómeno iba a producir una enorme reivindicación, por el mundo, de las cosas españolas. Los jesuitas expulsados que seguían sintiéndose españoles—y con ese españolismo todavía más irritado que produce la expatriación—escribieron los libros más admirables en defensa de nuestra Cultura y nuestras Letras: y Masdén, Llampillas, Andrés y tantos otros prepararon la obra de Menéndez y Pelayo. La expulsión fue una gran injusticia y una calamidad. Pero a aquellos padres les vino bien ponerse en contacto con el mundo, y a España le vino de perlas difundir por todos los países tan buenos y baratos comisionistas de su verdad histórica.

España tiene ahora bastantes expatriados por el mundo. No cabe duda que esto es una pena y que de ellos nos vienen muchos males, agresiones y calumnias. Pero al socaire de todo eso que se desarrolla en el plano, más visible, pero más superficial, de la política, en el más profundo de la Cultura, está ocurriendo un fenómeno casi gracioso. Los exilados de algún nombre y estudio están acabando casi sin querer con la "leyenda negra". El que viaja por América y tropieza con sus libros y artículos se da cuenta de que están haciendo todos los días casi la apología de la Inquisición, de la Colonización, de las Misiones del Paraguay, de toda la historia de España. Tienen la facilidad de "no ser sospechosos", como ellos dicen, y ganan, por eso, terrenos que les era lento y difícil de ganar a Menéndez y Pelayo o a Vázquez Mella. El fenómeno es bien explicable. Ellos tienen profesionalmente que maldecir cada día de la España actual: de su Gobierno y de su política. Pero se dan cuenta de que, si además de esto, seguían repitiendo las declamaciones que solían hacer en España contra toda su historia pasada, contra inquisidores, reyes, conquistadores y frailes, acabarían quedándose sin presente y sin pasado, y teniendo que caminar por el mundo casi escondiéndose como hijos de una nación que ni ahora ni antes produjo más que una serie interminable de hombres feroces y crueles. Por tal de poder hablar mal del Gobierno de ahora, van perdonando, poco a poco, a Felipe II y a Torquemada.

Lo que, sobre todo, es raíz y base de su actitud reivindicatoria es el sentirse—fenómeno propio de la lejanía—solidarios de las cosas de España, en su totalidad, y no con el sentido de discriminación partidista con que suelen aceptar los hispanos la Patria y su Historia, cuando se está en pelea y pleitecillo dentro de ella misma. El tradicionalismo español, con su evocación idolátrica de cuatro o cinco cosas, había amputado zonas y pedazos enormes de nuestra Historia: como si no fueran también elementos del conjunto español y de su vida y desarrollo, Feijoo, Patiño, Jovellanos, la ilustración borbónica, la europeización y una porción de cosas más. La perspectiva desde el dolor de la expatriación se hace, a veces, más comprensiva y total. Bastante es el haber tenido que partir la vida y la tierra de España en una contienda civil, para no agravar, además, la cosa repartiéndose también la Historia—"esto es tuyo; esto es mío"—y quedándose cada uno con medio pasado para uso de sus declamaciones.

Así, por ejemplo, en el problema de la conquista y colonización de América, a mí me parece que era una postura unilateral y falsa ésa, tan corriente, de canonizar, o poco menos, a todos nuestros conquistadores, y luego insultar al padre Las Casas porque fué duro con ellos en defensa de los indios. Me parece mejor camino el que he visto en algunos españoles ausentes frente al difuso recelo polémico de los países americanos en que viven. A los conquistadores, geniales como tipos humanos, como valores morales, no hay que divinizarlos, sino entenderlos. "La conquista" era sencillamente para el español hidalgo su modo de trabajo, perfilado por ocho siglos de tarea contra los moros. El Cid, frente a Valencia, donde va a verle lidiar su familia, se alegra de ello porque así verán por sus ojos "cómo se gana el pan..." Se trataba de un oficio al que se entregaban sin vacilaciones éticas. Pero ¿las tiene hoy mucho mayores el accionista sobre sus dividendos o el alto funcionario sobre su retribución o sus gajes? ¿Que luego, en la práctica ordinaria, muchos de estos hombres se extralimitaban en su oficio y eran crueles o ambiciosos? Bien. Pero ¿no son también españoles los fiscales que las denunciaron: los Las Casas, Sahagún, Motolinía? ¿No son también españoles los reyes, arzobispos y jurisperitos que les dictaron unas normas tan humanísimas para su obra? ¿Por qué hemos de empeñarnos los españoles tradicionalistas en ser nada más que hijos de los Alvarados y Pizarros y no de los Las Casas y Motolinía? ¿Acaso, en definitiva, una nación no se define más por los principios que ha sustentado que por los abusos que han ocurrido?... Ahora en Inglaterra, por ejemplo, se ha visto el proceso de un criminal que mató a una señora y la disolvió en ácido nítrico. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido opinar por eso que Inglaterra es un país de bárbaros, donde la gente es asesinada y disuelta en ácidos. Lo que se ha exaltado, en la ocasión, como "ser" de Inglaterra, es la Policía que lo descubrió todo, y el juez de la peluca que lo condenó. Seamos nosotros lo mismo. Exaltemos las maravillas humanas de los Pizarro y los Cortés. Y cuando en algún punto encontremos en ellos, u otros, sombra o abuso, regodeémonos de haber tenido frailes tozudos y valientes que les reñían y les daban azotes con sus correas y cingulos. Porque hasta ahora venía siendo casi chistoso el que por tal de maldecir de los conquistadores y en general de la tradición heroica y católica, eran los liberales quienes se enternecían con los frailecitos y arzobispos gruñones y denunciadores. Las Casas ha tenido una clientela de revolucionarios y librepensadores casi tan numerosa como la que de viejas beatas tiene cualquier confesor de moda.

Es curioso, a cambio de la mucha tristeza que hay en el hecho, observar cómo empiezan a ver desde fuera la Historia de España algunos hombres ausentes a los que les queda una llama de españolismo. Porque la gran lección que hay que dar siempre al español es la de ser menos expeditivo para romper en dos, juicios, cosas, hechos y personas cuya unidad puede encontrarse con un leve esfuerzo de libertad mental y de sosiego interior.

ADQUIERA USTED TODOS LOS MESES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA

M. Quero y Simón. Oro, 2.455. BUENOS AIRES.

BRASIL

Livraria Luso-Espanhola e Brasileira. Avenida 13 de Maio, 23.
Sala 404. Edifício Darke. RIO DE JANEIRO.
Braulio Sánchez Sáez. Rua 7 de Abril, 34, 2.º Caixa Postal, 9.057.
SAO PAULO.

COLOMBIA

Librería Nacional, Ltda. Calle 20 de Julio. Apartado 701. BARRANQUILLA.

COSTA RICA

Librería López. Avenida Central. SAN JOSE DE COSTA RICA.

CUBA

Oscar A. Madieto. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407. LA HABANA.

CHILE

Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1.372. SANTIAGO.

ECUADOR

Agencia de Publicaciones "Selecciones". Plaza del Teatro. QUITO.
Agencia de Publicaciones "Selecciones". Nueve de Octubre, 703.
GUAYAQUIL.

EL SALVADOR

Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2. SAN SALVADOR.

EE. UU. DE NORTEAMERICA

Empresa Spanish Books Inc. 116 East 19th. Street. NEW YORK, 3 N. Y.
Hispano American Booksellers, 827. West Sixth Street. LOS ANGELES (California).

GUATEMALA

Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida Sur, núm. 12. D. GUATEMALA.

HONDURAS

Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44. TEGUCIGALPA, D. C.

MEXICO

Agustín Puértolas. Editorial "Tilma". Donato Guerra, 1.409. MEXICO, D. F.

NICARAGUA

Francisco Berberena. 3.ª Avenida S. E., 202. MANAGUA.

PANAMA

José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. PANAMA.

PARAGUAY

Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, 209. ASUNCION.

PERU

Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139. LIMA.

PORTUGAL

Agencia Internacional de Livraria y Publicações. Rua San Nicolau, 119. LISBOA.
Antonio Sáez Omeñaca. Rua Cândido de Figueiredo, 47 r/c. E. LISBOA.

PUERTO RICO

Librería La Milagrosa. San Sebastián, 103. SAN JUAN.

REPUBLICA DOMINICANA

Librería Duarte. Arzobispo Merino, esquina a Arzobispo Nouel. CIUDAD TRUJILLO.

URUGUAY

Rio Plata, Ltda. Avenida 18 de Julio, 1.333. MONTEVIDEO.

VENEZUELA

José Agero. Edificio Ambos Mundos. Oficina 412. CARACAS.

EUROPA NO ES ESTRASBURGO

Por J. L. GOMEZ TELLO

La exacta verdad es que los españoles somos españoles gracias a tres cosas. Porque Africa es una vocación permanente impuesta por la geografía, porque América es el campamento natural de nuestras empresas espirituales y porque, sin que la cosa pueda torcerse, estamos acampados sobre la geografía dramática de Europa, participando de sus destinos y siendo sus misioneros en los otros dos Continentes. A mí me gustaría saber qué español puede sentirse español desligándose de uno solo de estos tres vínculos. Los Reyes Católicos perfeccionan el sentimiento de lo español proyectando su resplandor sobre Africa, América y Europa simultáneamente. Lo que sucede es que en unos españoles es más intenso el fermento africanista, como en Unamuno. Otros son más americanistas, como Maeztu. Otros son más europeos, como Ganimet. (De intento cito estos tres nombres, para que la juventud sepa a qué atenerse. De intento los tres están escogidos entre la generación del 98, no por nada, sino por aquello de que los nietos tienen razón con sus abuelos contra sus padres.) Yo creo ser un nieto de los tres, de Maeztu, de Ganimet y de Unamuno. Soy hispanoamericano, africanista y europeo para sentirme español a mis anchas. Somos hispanoamericanos y creemos en el crisma de nuestra cultura en el meridiano de las estrellas australes. Bien; pues trabajemos de tal modo que Hispanoamérica pueda recibir de nosotros trescientos ingenieros mejores que los ingenieros de Detroit; trescientos hombres de ciencia mejores que los de Pensilvania; trescientos de los mejores aviadores, y los mejores trescientos novelistas e intelectuales, y hagamos que vengan a nuestras Universidades y Laboratorios los hijos de los estancieros de la Pampa en vez de ir a la Sorbona. Somos africanistas, como lo fueron los hombres que en épocas de abandono se batieron por la idea permanente de Africa, por la gran política en Africa, por la gran misión de Africa, en libros tremendos, espléndidos, donde anticiparon lo que Africa debía ser para los españoles: vías de comunicación, irrigación de tierras desérticas, pantanos, ferrocarriles, nuevas

ciudades, nuevos graneros. Poco a poco vamos viendo cómo esos sueños de nuestros "africanos" van haciéndose realidad viva. Soy europeo. Lo soy exactamente, con exactitud que puede exhibirse ante los señores reunidos en Estrasburgo, desde 1941. En algún lado he contado cómo los españoles ganaron el campeonato de disparar un antitanque sacándoles tres minutos de ventaja a los más expertos antitanquistas. Esos tres minutos se los sacamos también a muchos anticomunistas flamantes de hoy, disparando sobre el comunismo, ese gran tanque estepario que quiere aplastar Europa. Ciertos recuerdos le pertenecen a uno solo; pero me temo que Europa no puede defenderse si no cuenta con los antitanquistas españoles.

La Europa que ha nacido—o han enterrado, eso depende de opiniones—en Estrasburgo es, sin embargo, una Europa a la que hay que guardarse mucho de dar la adhesión incondicional. Ya su cuna resulta sospechosa. Porque no hay que olvidar que en Estrasburgo nació en laicos pañales "La Marsellesa"...

"La Marsellesa" fué el himno de esa unidad europea que quiso hacer Napoleón. Un himno donde está veinticinco veces la palabra libertad, libertad querida en nombre de la cual los cañones del Corso tiranizaron a todos los pueblos. Fuimos los españoles los que demostramos que la libertad no se puede regalar con músicas de Estrasburgo, sino que siempre hemos preferido conquistarla a tiros. Aunque tarde, Europa se enteró y es de suponer que los pueblos no habrán olvidado la lección. Sabe más dulce la libertad y es más libertad cuando se gana el derecho a ser pueblo libre que cuando se extiende un certificado, bien sea por los coraceros de Murat o bien sea por los discursos pronunciados en torno a una mesa en un pequeño chalet de Estrasburgo en 1949.

¿Que Europa es ésta que hoy dicen que ha nacido? Europa alegre y confiada. Confiada porque cree que con veinte divisiones—cálculo muy optimista—y unos cuantos discursos puede oponerse a la ola de ciento cincuenta divisiones soviéticas, sobre todo cuando los anticomunistas europeos se llaman como se llaman, es decir, los nombres más frecuentes en los telegramas de felicitación a Stalin cada vez que la zarpa de éste destrozaba un trozo más de la arquitectura física y espiritual de la amada Europa: Viena, Budapest, Praga, Bucarest, Berlín, Königsberg... Puede haber ciertas mentalidades que se hayan deslum-

brado con ese banderín anticomunista agitado por Churchill o con la venerable presidencia de Spaak. Digamos las cosas claras. Todavía son ignorables, completa y absolutamente ignorables, las credenciales anticomunistas de Churchill, el hombre que llamaba "querido amigo" a Stalin en fecha no tan lejana como en 1945. Y mucho más ignorables las de Spaak, el socialista belga que comenzó su carrera política defendiendo como abogado a los comunistas y asaltando los locales de un periódico católico que se llamaba "La Nation Belge". Ahora lo que apedrea en Estrasburgo no es la nación, es toda Europa. Detrás de estos dos hombres están los habituales corifeos. Pero ¿en nombre de quiénes pueden ellos hablar de Europa? Ellos, precisamente ellos, los que más ayuda prestaron en su día al comunismo. Sin duda, ya han olvidado la entrega de doce países con millones de seres que hoy forman las legiones de esclavos irredentos. En los oídos de los europeos deportados a Siberia por el bolchevismo, en los corazones de millones de seres que hoy sufren la miseria y la humillación, hasta en los corazones de los muertos maravillosos por Europa, los muertos que todos sabemos, deben sonar de un modo sombrío los discursos de Estrasburgo. Diríamos que son una burla si no hubiera que considerarlo en serio.

Y en serio, ¿cree alguien que un puñado de políticos cuya capacidad para equivocarse una y otra vez—en Yalta, en Teherán, en Casablanca, cuando la marcha hacia Berlín y Viena, en Postdam, con Tito, en Grecia, en Polonia, en Palestina, en China, en Corea...—está suficientemente demostrada, han creado Europa en una pequeña ciudad alsaciana? ¿Qué Europa es esa? ¿Qué nos dice esa Europa a los hispanos? Porque, aun con la mejor intención del mundo, no logramos comprenderla, como tampoco entendimos la que intentaron forjar los cañones y las bayonetas revolucionarias de Napoleón.

Uno, en lo que tiene de indeclinablemente europeo, gracias a Dios, conoce una definición de Europa que vale por todos los discursos que en el salón de Gobelinos se hayan pronunciado. Es de Séneca: "Gentes in quibus romana pax disinit". Gentes hasta donde alcanzaba la paz de Roma. O sencillamente, para abreviar, hasta donde alcance Roma. Naturalmente, Séneca, por ser español, no ha estado presente en Estrasburgo, ni falta que hacía. En Estrasburgo no ha importado hasta dónde puede alcanzar la paz de Roma, es decir, la Cristiandad, sino hasta dónde pueden alcanzar los egoísmos e intereses de un grupo de

políticos laicos, laboristas y escépticos en todo. Falta, y eso es, entre otras razones, nada menos que la ausencia de los hombres que están defendiendo a tiros contra el bolchevismo su derecho a seguir siendo europeos; falta la gran voz que recuerde que Europa es una misión o no es nada. Es Cristiandad o no es nada. Y esta es la Europa que a España le interesa. Esta es la gran esperanza de los millones de seres que hoy se pudren en los cráteres sombríos de dolor en que el comunismo ha convertido a sus países. Y bien sabe Dios que ellos esperan—estén donde estén, en los campos de esclavitud, en los bosques, en las montañas o en las ciudades destruidas—un mensaje que les diga que para el corazón de Europa ellos siguen siendo europeos. Y quizá los mejores, porque están defendiendo su derecho a serlo con la sangre. La misión de su rescate debe ser la que conforme otra Europa distinta de la de Estrasburgo, donde, en definitiva, lo que se está haciendo es arrancar a la estructura espiritual del Continente los últimos harapos de jerarquía que le quedaban. Pero ¿qué sucederá el día en que la otra media Europa dolorosa acuse implacablemente? Acuse complicidades, entregas, pactos, antipactos, alianzas, contraalianzas, traiciones que todos conocemos. Nuestra bienaventurada ausencia de Estrasburgo erigirá ante los ojos de esos seres la estatua de nuestro pueblo que puede enseñar sus manos libres de toda culpa.

La Europa de Estrasburgo, laica, cómplice de esclavitudes y abrumada por el miedo y las responsabilidades en el avance rojo, no es Europa-Misión, Europa-Soldado. Un concepto auténtico de Europa que anticipó genialmente un filósofo cuando profetizó: "En toda Europa entrará la paz. Dejará de desencadenar su ira contra ella misma y volverá su mirada hacia donde están por ganar mucho honor y victoria con la conciencia limpia y de un modo que sea agradable a Dios. La lucha por cómo el uno puede quitarle lo suyo al otro se transformará en una Asamblea para ver quién será capaz de pegarle las palizas más duras al enemigo hereditario, a los bárbaros e infieles." Y los españoles podemos suscribir íntegra esta definición de Europa hecha por Leibnitz hace dos siglos con sólo cambiar la palabra Asamblea por cruzada.



ARTESANÍA ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

La Exposición Permanente de Artesanía Española, abierta recientemente en Buenos Aires, en el amplio salón de la calle Córdoba, ha sido una auténtica sensación en la ciudad porteña. Lejano ya el recuerdo de la Rural de la calle Florida, de mayo de 1947, este arte español de lo íntimo y personal ha vuelto de nuevo al Plata, con el encanto de una geografía del espíritu y de la belleza. Bajo un juego de arcos blanquissimos—un aire de cortijo o de ermita cordobesa—, paredes y techos sustentan la gracia de la filigrana española. Allí hay platos de cerámica de Talavera y Valencia con animales fugitivos y caballistas velazqueños, brillando el secreto de los reflejos árabes sobre los bordes primorosos, como encajes, de los platos y ladrillos. Cántaros, jarras, vasos, búcaros y porrones del más delicado vidrio mallorquín rompen la luz en mil chispas policromas, mientras de los techos penden arañas de frágiles caireles o de hierro forjado, como las marcas de las ganaderías, continuación de un arte primitivo y sencillo de tradición bética, de donde salieron los más grandes forjadores de España.

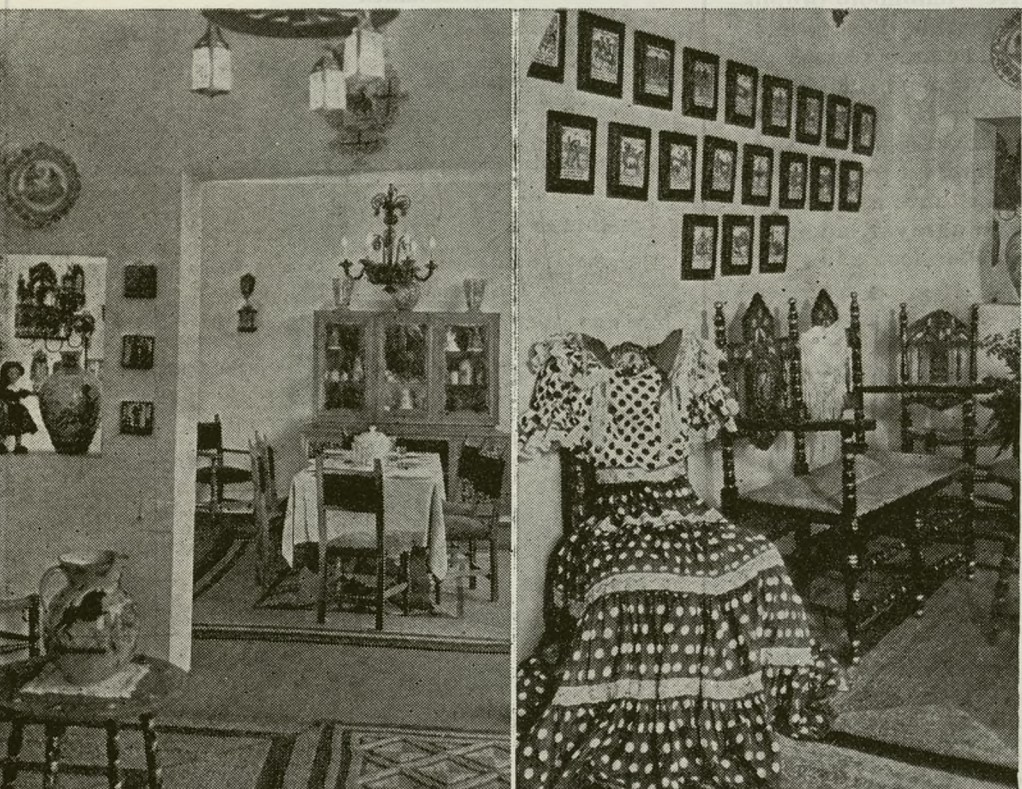
En una vitrina, la espuma de los encajes de Almagro; la risa en flecos de las mantillas; la gracia goyesca de los abanicos hechos para descubrir sonrisas; las muñecas de óvalos finísimos, vestidas para la danza andaluza, y los graciosos

tipos en madera de pescadores y lecheros montañeses; los broches, pinjantes y alfileres de filigrana de Eibar o Toledo, con los vidrios diamantinos como rocíos de mañana; los tejadillos con Macarenas y Dolorosas a las que hacen guardia dos farolillos; los bronceos violentos de escenas taurinas iniciados en su moderna factura por Benlliure, el maestro que se nos fué.

Y luego los vestidos regionales, en los que se conjugan la tradición y la policromía, lo fantástico y lo ritual.

En sendas habitaciones se reproducen un dormitorio, un comedor y un recibimiento regionales, en madera de castaño, con colores y tallas casi desconocidos, entre los que destacan al aire solemne de los viejos bargeños la sobriedad de los tapices y alfombras, las sillas de tijera, los candelabros forjados, las lámparas marineras con empuñaduras de timones, los sillones fraileros y los de cuero repujado con escenas españolas.

España, mediante su artesanía regional, ha llevado a Buenos Aires, la ciudad tal vez más cosmopolita del mundo, un mensaje de auténtica hispanidad, de la mejor tradición artística de la patria que está allí, como si tuviese pena de alejarse para siempre de los ojos encantados de los porteños.



Felicitamos a



D. HIPÓLITO JESÚS PAZ

Uno de los políticos más jóvenes del mundo —treinta y dos años—, que ha sido nombrado Ministro argentino de Asuntos Exteriores, y en cuyas manos está la política internacional de su país.



S. M. ABDULLAH I

Rey de Jordania, guerrero y poeta, que recorre España con propósito de firme amistad, visitando los gloriosos restos de la más alta cultura árabe que conoció el mundo de la época.



D. JOSÉ ORTEGA Y GASSET

que después de haber dado varias conferencias en Norteamérica y Alemania, ha sido galardonado con la medalla Goethe en el II Centenario de la muerte del ilustre pensador alemán.



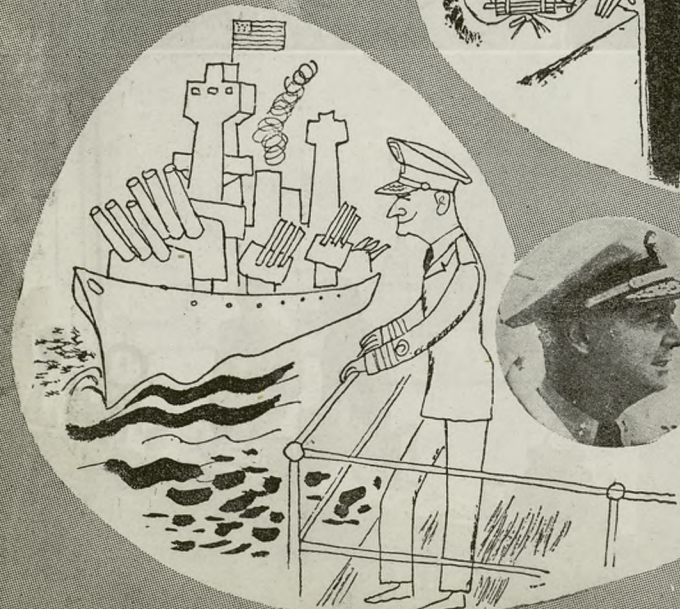
D. JACINTO BENAVENTE

Premio Nóbel de Literatura, príncipe de la escena española, que acaba de cumplir sus primeros ochenta y tres años. Su gloriosa ancianidad no conoce la decadencia y sigue dando lecciones de buen teatro.



D. GALO PLAZA

Presidente de la República del Ecuador, que en los dramáticos sucesos que ha vivido su país ha conservado inalterable la serenidad, organizando la ayuda a los lugares afectados por el seísmo.



ALMIRANTE CONNOLLY

que al frente de una Escuadra norteamericana visita España. Miles de marineros estadounidenses se han postrado ante el Señor Santiago, en su barroco relicario de Compostela de Galicia.

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: ANGEL ANTONIO LAGO CARBALLO - PEDRO LAIN ENTRAIGO - ERNESTO LA ORDEN MIRACLE - MANUEL JIMENEZ QUILEZ - MARQUES DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR - LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI - MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ

REDACTOR - JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO



La cámara de M. Penche captó, junto a Sidi-Ifni, ciudad del Africa Oriental Española, esta bella festampa de beduinos, camellos y desierto, que ocupa la portada de este número.

AÑO II - N.º 18

SEPTIEMBRE, 1949

SUMARIO:

UNIDAD, por José María Pemán	Pág. 3
EUROPA NO ES ESTRASBURGO, por J. L. Gómez Tello	» 4
ARTESANIA ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES	» 5
SUMARIO	» 6
LOS RESTOS DE CRISTOBAL COLON, por Jaime Delgado	» 7
CINCO SIGLOS DESPUES, por José Luis Gómez Tello	» 9
LA COMIDA POPULAR MEJICANA, por José Audiffred	» 12
LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, por Rafael Salazar Soto	» 14
EL AUTOGIMO, INVENTO ESPAÑOL, por F. Ezquerro	» 17
DIMENSION CREADORA DE LA GENERACION DE 1936, por José Luis Colina	» 19
VIAJE AL DESIERTO, por Fernández Figueroa	» 23
PANORAMA DEL FUTBOL ESPAÑOL, por Fielpeña	» 28
TRADICION Y BELLEZA DE LA MUJER CUBANA, por J. Mitjans	» 32
INDIOS DE OTAVALO, por Ernesto La Orden Miracle	» 34
EL ARTESANO ESPAÑOL FRENTE AL MAQUINISMO	» 36
36 CRIOS ESPAÑOLES LLEVARON LA VACUNA A AMERICA	» 39
POEMAS DE LAS INVASIONES INGLESAS, por Ignacio B. Anzoátegui	» 40
GALINDABAS	» 42
MONTEVIDEO DE SAN FELIPE Y SANTIAGO, por Alberto Insúa	» 43
SEÑORITAS TORERAS DE AYER Y DE HOY, por Benjamín Bentura	» 46
LOS ANDES, CINTURON DE FUEGO, por Felipe González Ruiz	» 49
VIDA Y RAZON DE LOS JUEGOS FLORALES, por Manuel González Hoyos	» 51
TEATRO UNIVERSITARIO DE CHILE	» 54
23 PREGUNTAS	» 55
WALSH EN BOSQUEJO, por J. L. Vázquez Dodero	» 55
CON BUEN HUMOR SE LLEGA LEJOS y TABLONCILLO DE "MUNDO HISPANICO"	» 56
ESTOS LIBROS HEMOS LEIDO	» 57
NUESTROS COLABORADORES Y LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN	» 58

Colaboraciones gráficas de Penche, Müller, E. La Orden, Vernacci, "Amunco", Contreras, Santos Yubero, Cifra Gráfica, Zarco y Portillo, de Madrid; Bodo Wuth, de Quito; oficina de Turismo, de Uruguay, y archivo de MUNDO HISPANICO.

Colaboración artística de Vázquez Díaz, Lorenzo Goñi, "Luis" y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23-05-26 - APARTADO 245

DIRECCION TELEGRAFICA: MUNISCO

EMPRESA EDITORA:

EDICIONES "MUNDO HISPANICO" - ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 18 - MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se señale que proceden de MUNDO HISPANICO.

PRECIOS

Argentina	Pesos	2,50	Guatemala	Quetzales	0,50
Bolivia	Bolivianos	25,00	Honduras	Lempiras	1,00
Brasil	Cruzeiros	10,00	México	Pesos	3,50
Chile	Pesos	20,00	Nicaragua	Córdobas	2,50
Colombia	Pesos	1,00	Panamá	Balboas	0,50
Costa Rica	Colones	3,25	Paraguay	Guaraníes	2,00
Cuba	Pesos	0,50	Perú	Soles	3,25
El Ecuador	Sucres	7,50	Portugal	Escudos	12,00
El Salvador	Colones	1,25	Puerto Rico	Dólares	0,50
España	Pesetas	12,00	R. Dominicana	Dólares	0,50
EE. UU. de Norteamérica	Dólares	0,50	Uruguay	Pesos	1,00
Filipinas	Pesos	1,50	Venezuela	Bolívares	1,75
			Demás países, sobre pesetas		12,00

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) • FOTOGRAFADO, LANGE Y FUGUET.



Panteón de Cristóbal Colón, en la Catedral de Sevilla.

LOS RESTOS DE COLON

Por JAIME DELGADO

A la memoria de don Antonio Balletero

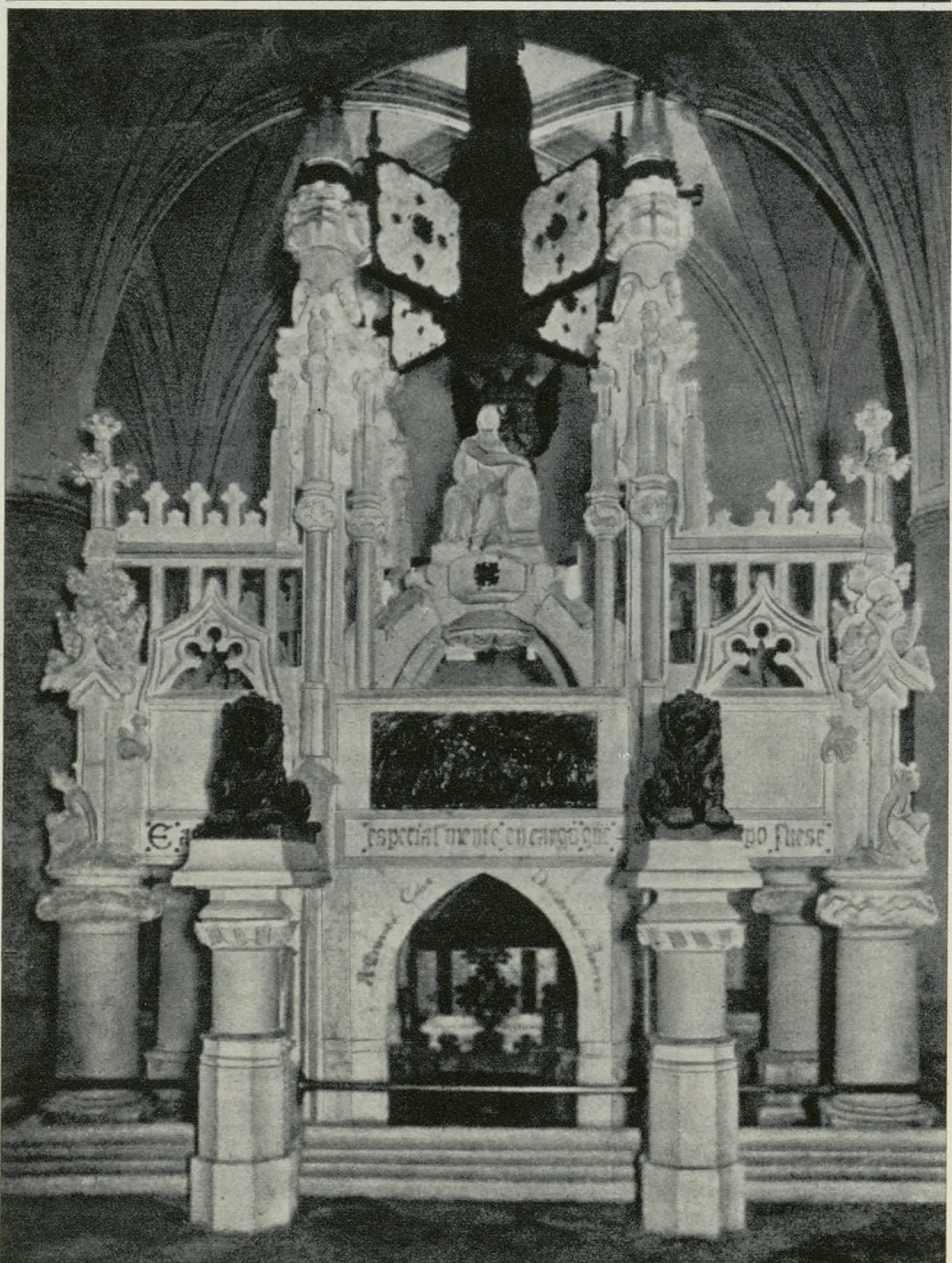
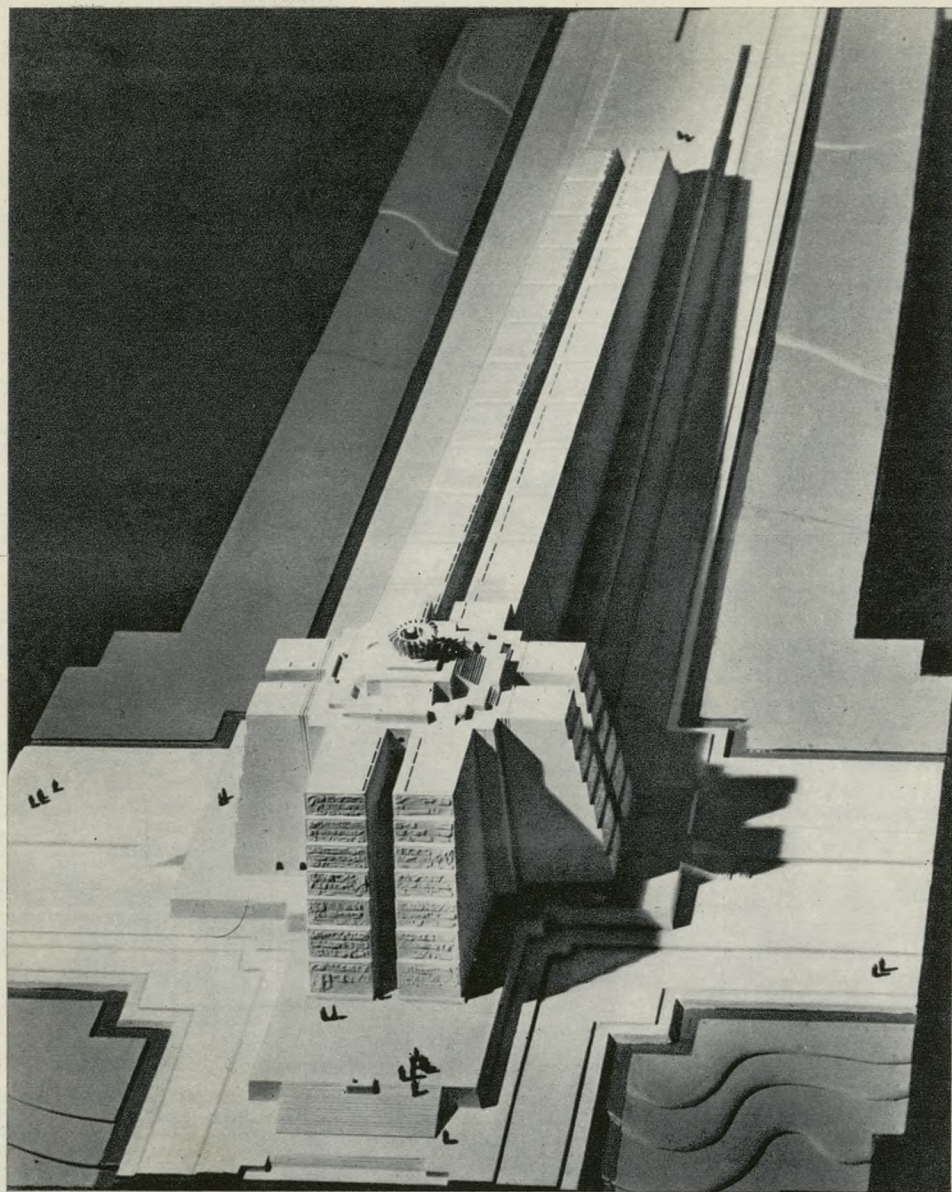
ES sabido que la muerte no dió el descanso al Descubridor del continente nuevo que se llamaría América. La peregrinación —por tierra y mar— que fué la vida de Cristóbal Colón, continuó moviendo aquel cuerpo cansado, ya sin alma, después de su muerte, y desde el 20 de mayo de 1506, en que Valladolid recogiera el aliento postrero del Almirante, hasta hoy mismo, los restos del descubridor han sido paseados por las tierras y los mares que él recorrió en vida, unas veces en la precaria realidad material de sus despojos; otras, como fantasma en las páginas escritas por historiadores y aficionados, que aún debaten, con varia fortuna y, a veces, sorprendente insensatez, sobre el lugar en que se halla la sepultura del Almirante de las Indias.

El problema es viejo, como que data del año 1877. Desde entonces, con periodicidad cambiante, los huesos de Colón y el sitio donde reposan ocupan las páginas de libros, revistas y periódicos. Pero, ahora, en agosto de 1949, el problema vuelve a llamar la atención con motivo del viaje realizado por el ilustre periodista Carlos Sentís a la capital de la República Dominicana. Porque Sentís se ha preguntado, desde Ciudad Trujillo —la

antigua Santo Domingo—, dónde reposan realmente los restos de Colón. Y, su pregunta, abierta en las páginas de «ABC», parece requerir el cerrojo de una breve y clara respuesta.

Tal empresa sería ardua —lo es, a pesar de todo, por razones extrañas a la ciencia— si faltaran algunos serios y documentados estudios que aclaran suficientemente el caso; en concreto, el **Informe** del académico numerario de la Historia, don Manuel Colmeiro, redactado en 1878 y publicado por el Ministerio de Fomento un año después y el trabajo del también académico y catedrático don Antonio Ballesteros Beretta —cuya reciente pérdida lamenta la historiografía española—, titulado: «Los restos de Colón» y publicado en el Boletín de dicha Academia en 1947. Y, este último, que tiene en cuenta el de Colmeiro, el que, por más reciente, resuelve mejor el problema, por su erudición copiosa y atinada hermenéutica.

Los hechos son, pues, conocidos. Cristóbal Colón moría en Valladolid el 20 de mayo de 1506, asistido, al parecer, en sus últimos momentos, por frailes franciscanos. Nada



Arriba: Maqueta del faro a Colón que, en forma de cruz vacante, se construye en la República de Santo Domingo. Sus focos, proyectados hacia el cielo, trazarán una gigantesca cruz luminosa. Abajo: Monumento a Cristóbal Colón en la Catedral de Ciudad Trujillo, capital de la República Dominicana.

importa ahora dilucidar en qué casa de aquella ciudad finó el Almirante. Lo que sí interesa hacer constar es que su cuerpo halló sepultura provisional, según se afirma como seguro, en el convento vallisoletano de San Francisco, para ser luego trasladado al monasterio de las Cuevas, de la ciudad de Sevilla. ¿Lo deseó así el propio Cristóbal Colón? No se conserva —escribe don Antonio Ballesteros— documento del Almirante en que lo diga, pero, en una cédula de Carlos V, del 2 de junio de 1537, copiada por Colmeiro, doña María de Toledo, Virreina de las Yndias, manifiesta «que el Almirante don Cristóbal Colón, su suegro e abuelo de los dichos sus hijos, murió en estos reynos, y se mandó depositar en el monasterio de las Cuevas, extramuros de la ciudad de Sevilla.» Y este traslado se verificó como demuestra el acta de entrega y depósito de los restos, que Ballesteros cita, el miércoles 11 de abril de 1509.

Pero el enterramiento de las Cuevas iba a ser también provisional. Así, el cuerpo de Colón fué conducido después a la isla española, quizá por voluntad del Descubridor, a juzgar por estas palabras, de doña María de Toledo, su nuera: «que agora ella, cumpliendo la voluntad del dicho Almirante, quería llevar los dichos sus huesos a la dicha Isla.» Ahora bien, Colón no había manifestado explícitamente este deseo en ninguno de los documentos conservados y sólo una cláusula de su testamento de 19 de mayo de 1506 —que Ballesteros copia— podría utilizarse como base de esa intención, pero aclarado que el lugar concreto de su sepultura estuviese «en la vega que se dice de la Concepción» y no en la ciudad de Santo Domingo. No obstante, es posible que doña María pudiese conocer la voluntad de su suegro, bien por algún documento, perdido después, bien por habérselo oído a su esposo, don Diego Colón, el segundo Almirante.

La fecha del traslado a Santo Domingo, que don Antonio Ballesteros determina con aproximación, no interesa ahora especialmente, pero puede fijarse a mediados del siglo XVI. Desde entonces, hasta más de dos siglos después, los restos de Colón permanecieron quietos en el presbiterio de la Catedral dominicana, en lugar preferente del lado del Evangelio, como atestiguan todos los libros y documentos de la época. Pero, en 1795, cuando la isla de Santo Domingo pasó a Francia en virtud de la paz de Basilea, los despojos mortales del Almirante fueron trasladados a La Habana. Y he aquí ya, con este tercer traslado, el origen de la cuestión que todavía actualmente se debate. Porque a pesar de que ninguno de los contemporáneos puso en duda la autenticidad de los restos llevados a La Habana en 1796, el reverendo fray Roque Cocchia, obispo de Oropesa, Delegado y Vicario Apostólico, ordenó realizar ciertas obras de reparación en la catedral dominicana y, al practicarse dichos arreglos, se halló una cajita de plomo con una inscripción: eran los huesos de don Luis Colón, primer duque de Veragua y nieto del Descubridor.

La noticia de tal hallazgo le fué comunicada al obispo por el canónigo penitenciario don Francisco Javier Bellini. «Otro nombre italiano», apunta sagazmente don Antonio Ballesteros. Ante tal nueva, el obispo publicó una Pastoral que encendió el júbilo del cónsul italiano, Luigi Cambiaso, y en la que —como advierte Colmeiro— no se cita a España para nada. Anótese este hecho simplemente y véase enseguida el contenido de la caja y el lugar en que fué hallada. «Se vieron dentro —cita a Colmeiro don Antonio, y a éste sigo, como se habrá podido advertir— muchos restos y bien conservados, entre los cuales, una bala de plomo.» La inscripción, convenientemente leída, rezaba: «Ilustre y Esclarecido Varón Don Cristóbal Colón, Descubridor de la América, Primer Almirante.» Y, alrededor, más brevemente, C. C., A., es decir, Cristóbal Colón, Almirante.

Por otra parte, el lugar donde la sepultura fué hallada está señalado en la Pastoral del obispo Cocchia: «a un metro del muro, enfrente de la puerta que conduce a la sala capitular». Ahora bien, el verdadero emplazamiento de los restos del descubridor está atestiguado por numerosos y convincentes testimonios, desde 1509 hasta 1786, y todos —los cita don Antonio en su estudio (págs. 34-36)— coinciden en afirmar que se hallaban sobre el presbiterio, al lado del Evangelio, sitio del que fueron extraídos los trasladados a La Habana en 1796.

Pero aún hay más. Se ha visto que entre los huesos hallados en Santo Domingo, en 1877, se hallaba una bala de plomo. «¿Cuándo y dónde fué herido Cristóbal Colón? —pregunta Ballesteros—. En los diversos relatos de su vida —asegura a continuación— no encuentro pasaje alguno que autorice a sostener sufriese una herida de arma de fuego.» Y lo prueba hasta la saciedad, corrigiendo a Colmeiro en la cronología colombiana. «Con detalles —escribe— refiere su hijo [el hijo de Colón, naturalmente] el combate de San Vicente, pero nada dice de que su padre fuera herido. Naufrago, maltrecho, con las fatigas consiguientes al que se salva de milagro en una tabla y después de nadar buen trecho. El episodio lo describe con pormenores Hernando Colón, que debió de escucharla de labios de su padre. Qué magnífica ocasión de contarnos que fué herido y que conservaba como reliquia la bala que le hirió. Nada de eso, sin embargo. Tampoco al escribir de sus enfermedades y demás padecimientos físicos, alude ninguno de los crónistas colombinos a esa herida misteriosa que los inventores del sepulcro de 1877 tuvieron que explicar tergiversando textos y con descabelladas conjeturas.»

En definitiva, la caja de plomo descubierta en 1877 no contenía los huesos del Descubridor. ¿A quién pertenecían, pues, aquellos restos? La respuesta es clara: eran los restos de don Cristóbal Colón y Toledo, nieto del primer Almirante de las Indias. Y este segundo Cristóbal Colón fué militar —como consigna el historiador cubano don Juan Ignacio de Armas— y, aunque no consta si alguna vez recibió herida de bala, la presencia de un proyectil de plomo entre sus huesos «no es inconciliable —con palabras de Armas— con su identidad, como lo es entre los huesos del Descubridor». Por último, se sabe, por Moreau de Saint Mery, que la tumba de este segundo Cristóbal Colón y la de su hermano don Luis, se hallaban «fuera de la peana del altar mayor, a derecha e izquierda», y de allí, precisamente, fueron extraídas las urnas: la del primero, en 1877; la del segundo, después. Aquella —dice Armas y cita Ballesteros— «salió en el silencio del punto conocido en que se hallaba, y hoy se buscaría en vano, ni a la derecha de la peana del altar mayor, ni en ningún otro lugar de la catedral. Fué consumida en el laboratorio de una evidente transfusión de personalidad. Una devota y bien intencionada mano le transportó al presbiterio, debajo del sitio ocupado por la silla episcopal, el mismo tal vez que ocupaban hasta 1795 los restos del Descubridor». Queda, pues, evidente la superchería del obispo Cocchia.

Apenas queda nada ya por referir. Los restos trasladados a La Habana en 1796 fueron traídos a España cuando se perdió Cuba, y en la catedral de Sevilla reposan. Y es curioso observar que la tumba tiene forma de arca, que llevan en andas cuatro figuras en actitud de caminar. Sin embargo, desde hace cincuenta y un años los restos están quietos, y esperamos que no vuelvan a ser ya removidos. Bien merecido tienen el descanso.

En resumen: los más solventes testimonios y estudios prueban que las auténticas cenizas del Descubridor de América se hallan en Sevilla. El *Informe* de Colmeiro, inexplicablemente olvidado, aunque concluyente, y el reciente estudio de don Antonio Ballesteros, definitivo a nuestro juicio, así como otros trabajos de historiadores hispano-americanos, lo prueban con nitidez. «Ningún documento nuevo —termina Ballesteros— ha sido esgrimido acerca de la hipótesis dominicana. Repiten los viejos y manidos argumentos; subsiste el escamoteo de las lógicas derivaciones; brilla la atrevida conjetura, y ni siquiera surge un estudio detenido, serio, de clasificación científica, de las tumbas de la Catedral de Santo Domingo con su certera identificación, o por lo menos la descripción de cada una de ellas. Hoy las potísimas razones alegadas en favor de los restos traídos a Sevilla, se mantienen en todo su vigor, sin haber sufrido merma alguna en la fuerza probatoria que tuvieron antaño.»

¿Por qué, pues, ha de ser todo inútil —como escribe Sentís en su aludida crónica— de cara al nuevo mundo? De cara al nuevo mundo, como de cara al mundo viejo, la verdadera historia ha de ofrecer su inmutable rostro a todos los hombres que quieran verlo. Y ese monumental *Faro de Colón* que, con plausible acuerdo, está construyéndose, convertiría a Santo Domingo, si se quiere, en la Jerusalén de América, como ya dijo Colmeiro, pero sin cobijar los auténticos restos del Descubridor de América, hasta que verdaderos historiadores, mediante nuevos datos y excavaciones fidedignos, y no con documentos diplomáticos de ocasión, demuestren lo contrario con tanta verosimilitud, por lo menos, como la que aún proporcionan los restos custodiados en la catedral sevillana.



CINCO SIGLOS DESPUES

QUINIENTOS años han pasado, casi como una caricia, sobre la estampa de un pequeño pueblo de las tierras castellanas de Arévalo. Se llama Madrigal de las Altas Torres. Madrigal, con su bello nombre, apenas si es nada: un pueblo de eras, de iglesias románicas, de campesinos de rostro tostado por el sol, que se levanta cada día por las lomas de Medina; de ovejas merinas, de murallas con rosales en abril; con apelonadas nubes bogando por encima de los surcos de invierno. Un pueblo más en la geografía de Castilla.

Pero Madrigal de las Altas Torres, apiñonado entre sus campanarios, sus torreones y sus palacios, ceñida por la cota de piedra de las murallas, entre las aguas verdes y transparentes del Zapardiel y del Trabancos, tiene su gloria, que comparten España y toda la América de habla castellana. Aquí nació y jugó de niña una princesita a la que sus padres, los Reyes de Castilla, dieron el nombre de Isabel y que estaba destinada a entrar en la Historia con el nombre de Isabel «la Católica». El pueblo, pequeño y duro, puesto sobre la dulce y abrasada mano de la meseta castellana, se costó así, para los siglos de los siglos, la gloria monumental de haber mecido la cuna de la Reina que forjó la unidad española, descubrió América y disparó las flechas del pensamiento español hacia África.

Hoy, sus vecinos, los sencillos labriegos de una Castilla milenaria y quemada por la gran pasión de alumbrar nuevas páginas de historia, viven a la sombra del más alto blasón que pueda exhibir jamás villa alguna. Cuando casi los cinco siglos van a cumplirse de aquel día 22 de abril de 1451, ninguna conmemoración mejor que llegarse hasta Madrigal, entrar por la Puerta de Aranda o Contalopiedra, por donde pasaban hace quinientos años los poetas del Rey Juan con sus sonetos dedicados a la infantita que acababa de nacer, o transcurrir bajo el arco de Medina o el de Peñaranda, que hoy atraviesan los arrieros, alzando sus miradas hacia los balcones adintelados, como si esperaran ver allí la pálida sombra de la reina rubia como el trigo y de ojos azules como el cielo de Madrigal.



Fué en la mañana del 22 de abril de 1451. Castilla era entonces una Corte andariega y militar. El Rey Juan había instalado su trono campamental entre las murallas de Madrigal. Poetas y guerreros pasaban bajo los balcones voladizos de las pequeñas casas campesinas. Aun se conserva, mordido por el tiempo, el viejo edificio del convento donde abrió sus ojos a la luz de romance de Castilla la gran Reina. Es este sencillo edificio —al que dan paso unos arcos donde ya apuntaba el Renacimiento— habitado hoy por los Religiosos Agustinos.



En quinientos años nada ha sido capaz de cambiar el alma de este trozo del paisaje, que posee el halo resplandeciente de los grandes lugares de la Historia. Las mismas casas humildes. Los mismos hombres guiando los carros camino de las eras. Las mismas alondras cantando en el cielo. La misma iglesia de San Nicolás, asomando su torre chata sobre los tejados encarnados, acurrucados bajo su sombra violácea. La pequeña iglesia que se ve al fondo, con su «capilla dorada», con sus sepulcros de grandes señores, presenció un día el acontecimiento: damas vestidas de briales de seda—verdes, rojos, azules—escortaron una cuna de encajes. Era la princesita Isabel. Los poetas, vestidos de gala, componían en su honor los primeros versos renacentistas, mientras granaban en el huerto del convento los rubios membrillos. Por la calle polvorienta correría el mismo hato de cabras, custodiado por los pastores, envueltos en capas. Ese trozo de cielo bajo un arco y la plaza con los hombres curtidos por el viento refleja la belleza potencial de Castilla, la belleza áspera y sin afeites de España. El tiempo no pasa. Todo permanece como el día que en esa iglesia bautizaron a Isabel.



Un cura de un pueblo de Castilla. El cura párroco de Madrigal de las Altas Torres vive en una casa silenciosa y blanca y a su cargo corren los cuidados de los libros que hablan del nacimiento de la gran Reina. Es el cura sencillo de las aldeas de trigo, de vino flojo y de rebaños, que si por un lado está unido a la eternidad histórica, por otro prolonga sus desvelos en el presente hacia las preocupaciones cotidianas de los campesinos que le consultan sobre bodas, entierros, bautizos, sobre los pequeños negocios y los grandes trances de la existencia. El cura de Madrigal de las Altas Torres tiene el balcón cerca del tejado, que es modo de estar más cerca del cielo. Y al pie, aguarda la eterna infancia de Castilla a que baje el señor cura. En la tarde del domingo quizá salga con ellos hasta las afueras del pueblo. El pueblo no es nada, pero cuando el párroco diga: «Bajo este árbol se sentó un día la Reina Isabel», las imaginaciones se deslumbrarán con la visión de una cabalgata de jinetes de hierro y de estandartes poniendo cerco a Granada, o con las velas de tres carabelas echando el ancla en la orilla americana... La gloria es el ave más altanera del cielo de Castilla.



El Convento de las Religiosas Agustinas, esa nave anclada en el paisaje de Madrigal... Hacía años que se venía descascarillando. Las lluvias enfermaban de goteras las salas donde Isabel había jugado con sus muñecas, mientras el macizo sol y los azules vientos iban acometiendo los muros y la torre que acunó los primeros sueños de la niñez de la futura Reina. (Por este sendero bordeado de pálidas hierbas, de reseco rastrojos, bajaba Isabel con sus hermanos, el taciturno don Enrique y, el otro, el infante Alfonso, cuya muerte cambió los rumbos de la historia.) Actualmente el convento ha sido restaurado, no sólo exteriormente, sino procurando restituir a sus históricas salas el mismo carácter que tuvieron entonces, dentro del ambiente sencillo que poseyó el primitivo edificio, con un cuidado exquisito, que llega hasta el mobiliario, las puertas y las vidrieras.



He aquí otro contraste que sale al paso del peregrino por la gran arca de la historia de Castilla. Las infanzonas campesinas de hoy bajan las cuestas del pueblo para llevarle el agua al padre o al hermano en su trabajo. Bajo el sol estival, sol de la gran Reina, la escena posee una gracia milenaria. Son como pequeñas estatuas que portan el cántaro sobre el hombro con un gesto antiguo, entre paso de danza e inmovilidad de tanagra clásica. Quizá no sepan ellas que Madrigal fué un día Corte de poetas del Rey Juan y que uno de aquellos juglares cortesanos, al ver pasar a una de sus abuelas ante su ventana, con el mismo cántaro sobre el hombro, cantaría la belleza y la serenidad de las campesinas castellanas, que dejan tras ellas, en el resplandor polvoriento de la tarde, su perfume de rojas rústicas, entre el olor tibio de los mostos y la áspera vaharada de las eras. Es la mujer de Castilla; y son como el símbolo de aquellas virtudes domésticas de la gran Reina, que zurcía las ropas del Rey Fernando, bordaba las telas de los telares segovianos y ponía en orden la casa solariega de toda España, mientras los sueños más altos—tal la aventura de Indias—se enraizaban en su corazón.



Y al lado de esta Castilla labriega la vieja casa-torre de las infanzonas, con las piedras soleadas por los siglos, con la fachada labrada en exquisita orfebrería. ¿Quién ha dicho que ya no hay rosas en las mansiones solariegas de la seca Castilla? Basta ver estas dos muchachas asomadas al balcón. Porque lo que fué nido de grandes guerreros no conoce la nostalgia de haberse quedado solitario y vacío. Ahora el balcón de los capitanes se ve frecuentado por las doncellas soñadoras. Una juventud nueva derrite esta imagen de las casas solariegas de Madrigal de las Altas Torres, cabeza de la ancha España. Con un poco de imaginación es fácil sustituir los trajes de hoy por los briosos de sedas y de oros de entonces. Y a este balcón vendría a dar la misma luna de las noches de verano en el pueblo, y se asomaría otras mujeres, que tal vez fueran las abuelas de éstos con su Libro de Horas miniado y dorado por un monje de Castilla. Los hombres se habían ido a la guerra, al otro lado del horizonte, o estarían embarcados para la gran aventura americana. El pueblo, como en la copla, se quedaba triste, esperando las cartas que hablaban del alto vuelo de los aguiluchos de Madrigal.

Comparemos esta fotografía de la piedra, historia en pie, con el friso de campesinos que parece estar esperando un pintor que les traslade al lienzo. En la era ha sonado en la mañana de agosto la hora del yantar. En Castilla los campesinos comen temprano y sobriamente. Cuando el ojo dorado del sol se ha colocado sobre la vertical de Madrigal, el silencio se ha hecho en la era. La nube de oro de las briznas de paja ha caído como un ángel cansado y en el montón de trigo quedan clavadas las horcas. En el corro de los enjutos campesinos morenos brilla el relámpago azul de una navaja, que corta el pan y la carne. Los hombres milenarios de la Castilla larga y ancha, de la Castilla labriega cumplen el rito del yantar silencioso y breve. Las torres afilan sus aristas en la llanura parda e inmensa como fondo de la estampa viva y actual de España.



LA COMIDA POPULAR MEXICANA



EL pueblo de México sabe lo que su comida vale. Pruebe de ello es el refrán que repite: «A barriga llena, corazón contento.» Y diariamente alegra su paladar—seguro de que las «penas con pan son menos»—, alimentándose con la infinidad de platillos y «anteojitos» que forman nuestra comida, mexicanísima en su sabor y hechura, en sus características y en sus ingredientes.

Ofrecemos en seguida una prueba—una «probadita», diría el dueño de un puesto de comidas en México—de lo que es la comida popular mexicana.

LA TORTILLA

Para entender nuestra comida es preciso recordar sus ingredientes principales; primero entre ellos: el maíz. Gabriela Mistral pudo decir con razón que México se acaba donde la milpa—el sembradío de maíz—muere.

Del maíz se hace la **tortilla**. Una olla recibe los granos de maíz y una buena cantidad de agua, en la que se ha disuelto cal. La olla es puesta a la lumbre hasta que el agua suelta su primer hervor y el maíz obtiene la necesaria suavidad para ser molido. La masa resultante se convierte en manos de la **tortillera** mexicana en delgados discos—alrededor de veinte centímetros de diámetro—, que son puestos a cocer en el **comal**, especie de sartén circular cóncava de barro, y la tortilla está lista. Puede hacerse con maíz pinto, azul o rojo, y así su sabor y su color varían. O puede ser una **memela**—tortilla más gruesa que las ordinarias—, o una **martajada**, preparada sin remoler la masa, o dorarse al fuego y llamarse **tostada**.

TACOS Y ENCHILADAS

El indígena mexicano echa sal y chile—salsa muy picante—a la tortilla y, enrollada, la come. Por eso dice, al mediodía, que va a «echar su taco». Pero el **taco**—unidad ya bien definida dentro de la comida mexicana y equivalente, en cierto modo, al «sandwich sajón»—puede prepararse con mayor complicación. La tortilla enrollada, caliente todavía, puede envolver los más variados ingredientes: desde los simples frijoles refritos hasta el bacalao, pasando por las rajas de chile verde, el chorizo o el lomo adobado.

Las tortillas lucen también en un plato de **enchiladas**. Entonces deben tener especial blandura, doblarse a la manera de un pañuelo o bien enrollarse envolviendo picadillo o trozos de pollo, y servirse remojadas en un guisado hecho a base de chile—sin que el picante llegue a ser excesivo—; rebanadas de cebolla, ramitas de perejil y crema, alegran el platillo. Servidas en un guisado de tomate, sin chile, las tortillas se llaman **entomatadas**.

QUESADILLAS Y ATOLE

Pero no se acaban allí las aplicaciones culinarias del maíz. Si la tortillera, antes de poner a cocer la tortilla, pone en sus partes centrales una tajada de queso, unas hojitas de epazote y unas rajas de chile verde, dobla luego la tortilla sobre su diámetro hasta juntar sus bordes y la fríe en el comal, en que previamente se ha echado manteca, se tiene una **quesadilla**. Pero la quesadilla puede ser de muchos ingredientes:



de papa, de frijoles o—aprovechando plantas mexicanas—de flor de calabaza o de **huitlacoche** (brote de la mazorca del maíz).

Del maíz se hace también la bebida que debe acompañar a un almuerzo o a una cena mexicana: el **atole**. En todas estas preparaciones juega un papel indispensable ese pequeño molino que no falta en ninguna cocina mexicana: el **metate**. No es sino una piedra pulimentada, sobre la cual se muele, con un rodillo—la mano del metate—, de piedra también, el grano de maíz y, en general, todos los ingredientes de la comida mexicana. Lo que el «echar tortillas» y manejar el metate significa entre los indígenas mexicanos lo explica el refrán que entre sí dice: «Con la que entienda de atole y matate, con ésa casate.»

EL MOLE

El aprovechamiento de otros vegetales de raíz mexicana da origen a nuestros platillos típicos. Así, a base de chile se cocina el **mole**. Es imposible reproducir el complicado proceso de elaboración de esta comida nacional. Pero un breve resumen de sus ingredientes da idea de lo que su sabor alcanza en exquisitez. Se hace con tres clases de chile: **ancho**, **mulato** y **pasilla**. El guisado que así se obtiene se condimenta con clavo, pimienta, canela, anís, semilla de cilantro, nuez, ajonjolí tostado, tortilla frita y chocolate. En los platos de mole—color rojo intenso si es poblano, negro si es oaxaqueño—nadan apetitosos trozos de carne de **guajolote**—pavo—. Después de un buen plato de mole, se dice en México, sólo se puede pedir «pechuga de ángel». Hay muchas variedades de mole. Una es de color verde, hecha con pepita de calabaza. Otra es el **pipián**, hecho exclusivamente con semilla de chile ancho.

En una mesa mexicana en día de «mantel largos» no puede faltar el mole. Si resultó demasiado picante, hay siempre a mano un vaso de **pulque**. El pulque—fabricado con el jugo de maguey fermentado—acompaña invariablemente la comida del pueblo mexicano. Ningún sitio como las **pulquerías**—expedios de pulque—reúne en México características tan especiales. Los nombres que llevan dan idea de esto: **Mi vida es otra**, **Los recuerdos del porvenir**, **Las glorias de Gaona**, **La Victoria de Franco**.

LOS TAMALES

Con dos elementos principales se hacen los **tamales**: el maíz y el chile. Sobre delgadas hojas de plátano se extiende la masa—el maíz ya molido—, y en el centro se deposita una buena cantidad de mole y de carne. Se dobla la hoja y el envoltorio que resulta—el tamal—se pone a cocer.

Como los ingredientes pueden variar, hay muchas clases de tamales. Los de mole verde, por ejemplo, o los de dulce—hechos sólo con masa endulzada—. El método para hacer los tamales data de la época precortesiana.

OTROS PLATILLOS

Sería interminable la lista de los platillos mexicanos. Citaremos sólo unos cuantos: los **chiles rellenos**—de picadillo o de frutos—, desvenados y envueltos en huevo. El **guacamole**, salsa molida de la parte carnosa del aguacate. Y el **pozole**, guiso en que se mezclan los granos de maíz reventados y la carne de puerco. Igualmente rica es la **nómina** de carnes conservadas. Citaremos tan sólo el **tasajo** y la **cecina**, carnes untadas de sal y limón y puestas después a orear.

No podemos terminar nuestro breve recorrido sin referirnos a ese alimento—tan modesto, pero tan rico en valor nutritivo—que, con la tortilla, constituye la base alimenticia del pueblo mexicano: los frijoles. En muchos hogares se dice por eso, cuando se invita a alguien a comer: «Quédate con nosotros; les echaremos un poco de agua a los frijolitos.» Pues los frijoles se sirven en todas las mesas mexicanas en su propio caldo, molidos y refritos.



Arriba: Una humilde mujer mejicana «echando tortillas». La masa—que puede verse sobre el metate—se convierte en sus ágiles manos en un delgado disco que luego se cuece en el «comal». A la izquierda: Escena en un puesto de comidas mejicanas. La vendedora sirve de la amplia cacuela una ración de «chilaquiles» (tortillas cortadas en tiras y remojadas en caldo de frijoles o en griso picante).



Arriba: Los nombres de los establecimientos revelan el fino ingenio popular. Esta pulquería se llama «Mirame bien». Otras se titulan: «Los triunfos de Napoleón», «La isla de Santa Elena», «Los recuerdos del porvenir», «La hija de la Traviata» y hasta «La Victoria de Franco». Abajo: Una síntesis plástica de la comida mexicana: el jarro de «pulque», varios «tacos» y el «aventador» con que la cocinera aviva el fuego. (Fotos Amunco.)

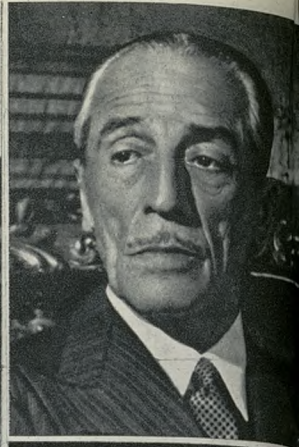
LOS DULCES

El postre, que tradicionalmente corona una comida, reviste en México multitud de formas. Ya es un dulce de coco o una jalea—**ate**—de membrillo o de guayaba. O bien un **chongo** zamorano. Y si se quiere, una fruta cubierta, es decir, preparada con azúcar, que reviste una apariencia cristalina que tienta a los ojos.

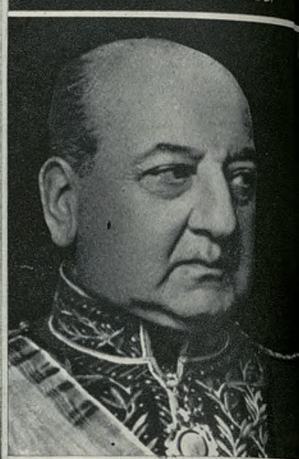
Un «gourmet» europeo—Brillat Savarin—se dolía de lo difícil que es dar una idea siquiera aproximada del sabor de un platillo determinado. Nosotros sentimos la misma impresión. Pero estamos seguros que a todo aquel que conoce la comida mexicana, al recordarla «se le hace agua la boca». Y que el que nada más se sabe los nombres de nuestros platillos debería probarlos para entender el significado del refrán mexicano que dice: «A comer y a misa rezada, a la primera llamada.»

JOSE AUDIFFRED





D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, duque de Alba.



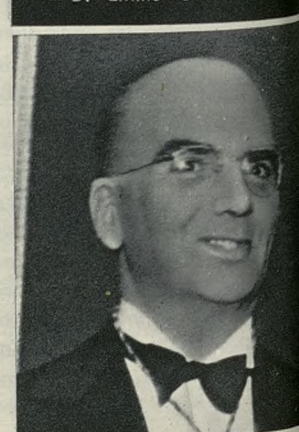
D. Vicente Castañeda y Alcover.



D. Melchor Fernández Almagro.



D. Emilio García Gómez.



D. Miguel Lasso de la Vega, marqués de Saltillo.

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

P O R

RAFAEL SALAZAR SOTO

DE una reunión de personajes célebres, que en el reinado de Felipe V frecuentaban la Real Biblioteca de Madrid, nació la idea feliz de crear la que después había de denominarse Real Academia de la Historia. El proyecto, que se encargó de hacer llegar a manos del Monarca uno de sus secretarios, don Agustín Montano y Luyando, fué acogido con todo cariño por quien ya años antes había dado su real consentimiento para la fundación de la Academia Española. Por cédula que lleva fecha de 18 de abril de 1738 se aprueba la creación de la nueva Academia de la Historia, que se equipara a la de la Lengua y que, a partir de entonces, tras de haber sufrido diversas reorganizaciones, viene prestando a la investigación y a la cultura patrias su colaboración eficazísima y entusiasta.

Desde su fundación la Academia de la Historia —en la que muy pronto se refundieron los oficios de los antiguos cronistas de España e Indias— ha contado entre sus miembros a los eruditos e investigadores más prestigiosos. El ya citado Montano y Luyando, Capmany y de Montpalau, Cornido de Saavedra, Campomanes, Jovellanos, Vargas y Ponce, Ceán Bermúdez, Navarrete, los padres fray José de la Canal, fray Liciano Sáez y fray Antolín Merino, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, el marqués de Pidal, Alcántara, Godoy, Lafuente, Olózaga, Moreno Nieto, Amador de los Ríos, Cánovas, Menéndez Pelayo, el P. Fita y tantos y tantos otros como constituyeron, al correr de los años, los planteles sucesivos de académicos de la de la Historia.

Hoy son treinta y seis, los que, agrupados en comisiones —de Indias, de Antigüedades, de la España Sagrada, de Cortes y Fueros, de Estudios Orientales...—, trabajan, presididos por el duque de Alba, con idéntico afán que en los tiempos pretéritos. Y se da el caso curioso de que, entre tantos graves varones, pertenezca a esta docta Corporación la única mujer que en España ha logrado, hasta la fecha, traspasar los umbrales de una Real Academia: doña Mercedes Gaibrois Riaño. Porque, en las demás, en la Española concretamente, sigue en pie el pleito que hace ya muchos años plantease la condesa de Pardo Bazán, que aspiraba, con indudables méritos, a formar parte de la lista de «inmortales»...

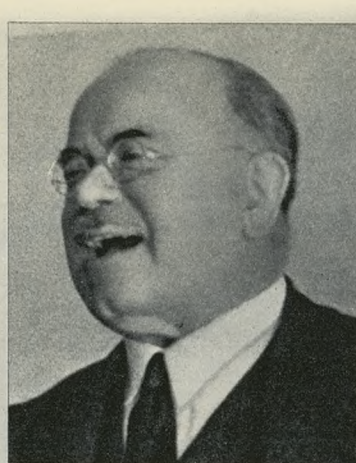
No deja de ser interesante el hecho de que cada una de las Academias eligiese, para la celebración de sus reuniones periódicas, un día de la semana, distinto al ya escogido por las demás. La de Bellas Artes de San Fernando celebra sus sesiones los lunes; La de Ciencias Morales y Políticas, los martes; la de Ciencias Exactas, los miércoles; la de la Lengua, los jueves; la de la Historia, los viernes, como ya hemos dicho, y la de Medicina, los sábados. Se trata, sin duda, de evitar que aquellos académicos que pertenecen a más de una Corporación se vean privados de concurrir a alguna de las sesiones. Porque hay —hubo siempre— eruditos que fueron elegidos, por sus merecimientos bien probados, miembros de dos y aun más Reales Academias. Cánovas, en otra época, llegó a reunir cuatro medallas, lo mismo que Menén-



D. Francisco de Paula Alvarez-Ossorio.



D. Diego Angulo Iñíguez.



D. Eloy Bullón y Fernández, marqués de Selva Alegre.



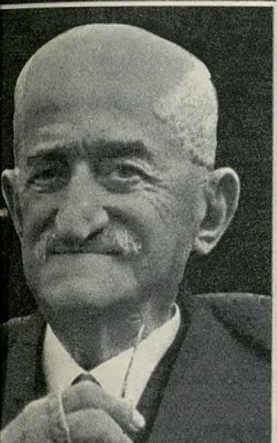
D. Juan Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya.



D. Armando Cotarelo Valledor.



D. Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno.



D. Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones.



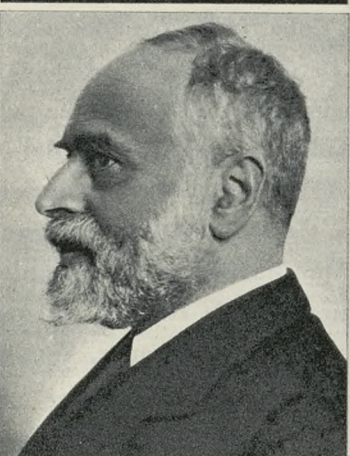
D.ª Mercedes Gaibris Riaño.



D. Antonio García Bellido.



Miguel Gómez del Campillo.



D. Manuel Gómez Moreno y Martínez.



D. Agustín González de Amezuza y Mayo.



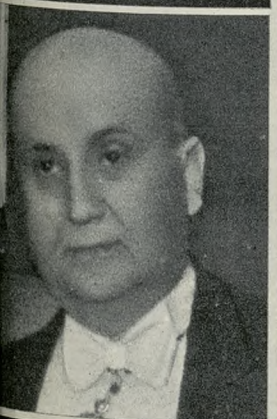
D. Angel González Palencia.



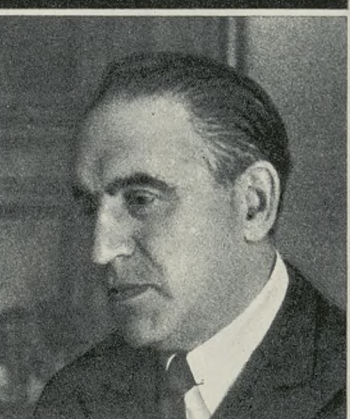
D. Julio Guillén Tato.



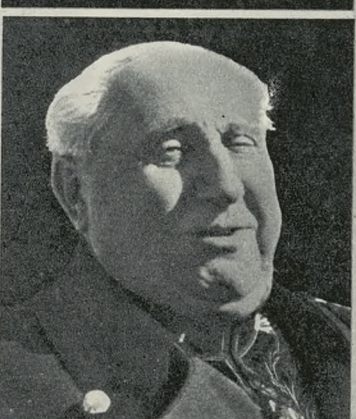
D. Alfredo Kindelán Duany.



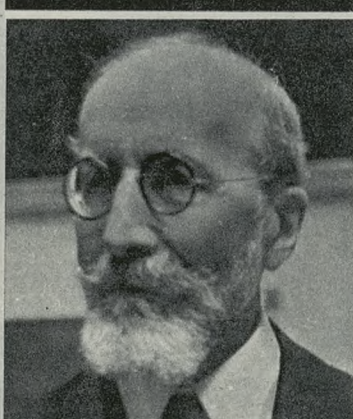
D. Modesto López Otero.



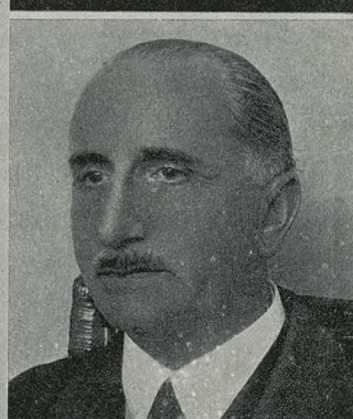
D. Gregorio Marañón y Posadillo.



D. Gabriel Maura y Gamazo, duque de Maura.



D. Ramón Menéndez Pidal.



D. Alfonso Pardo Manuel de Villena, marqués de Rafal.



D. Luis Redonet y López Doriga.



dez y Pelayo —figura máxima de la investigación española en los tiempos modernos— y que el conde de Gimeno. En la actualidad, el doctor Marañón, clínico ilustre, escritor brillante e historiador concienzudo, es miembro de las Academias de la Lengua, Historia, Ciencias y Medicina. Por su parte, el conde de Romanones, que preside la de Bellas Artes, es, además, miembro de las de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, y son muchos los que pertenecen a dos de estos Institutos. A las de la Lengua y la Historia, entre otros, don Ramón Menéndez Pidal, el duque de Maura y don Agustín González Amezuza; a las de Bellas Artes e Historia, el marqués de Lozoya y el señor Sánchez Cantón; a la Española y de Ciencias Morales y Políticas, el señor Patriarca de las Indias Occidentales, Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay...

De los últimamente elegidos, que leyeron sus discursos de ingreso con posterioridad al paréntesis que forzosamente hubo de abrirse con ocasión de la guerra española, queremos citar, por vía de ejemplo, a los señores González Amezuza, Guillén y Fernández Almagro, para demostrar las distintas facetas en que cada uno de ellos desenvuelve sus actividades de índole académica. Docto e infatigable investigador, además de escritor pulcro y elegantísimo, el señor González Amezuza, que ingresó en la Academia de la Historia en febrero de 1944, es autor, entre otros muchos trabajos de erudición, del *Estudio del Epistolario de Lope de Vega*, ingente estudio con razón considerado como su obra más meritoria. Su discurso versó sobre «Una reina de España en la intimidad: Isabel de Valois». Don Julio Guillén Tato, oficial de la Armada Española, director del Museo Naval, que es, dicho sea de paso, uno de los mejores del mundo, leyó un primoroso trabajo sobre la «Cartografía Marítima Española». Guillén, a quien debemos la reconstrucción de la nave Santa María, tema sobre el que escribió un libro, es autor de muchas otras obras: *Historia de la Enseñanza Naval en España*, *Marinos que pintó Goya*, *El abolengo de la Orden del Mérito Naval*, *Iconografía de los Capitanes Generales de la Armada*, *La náutica española en el siglo XVII*... Con su ingreso en la Academia a que se refiere el presente reportaje, la Corporación vió cumplidos sus deseos de incorporar a sus tareas a un representante de la gloriosa

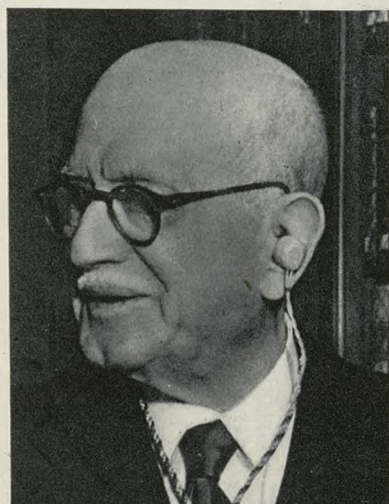


Marina de España que fuese continuador de la obra de Vargas Ponce, Martín Fernández de Navarrete, Fernández Duro, Herrera y Chisano y Novo y Colón, todos ellos, como don Julio Guillén, marinos, y como él, también, estudiosos de la Historia. Ingresó en 1943 y a su discurso contestó, en nombre de la Academia, don Antonio Ballesteros, el último de los académicos fallecidos, cuya vacante, al igual que la que se produjo por fallecimiento de don Félix de Llanos y Torriglia, se cubrirá en plazo breve.

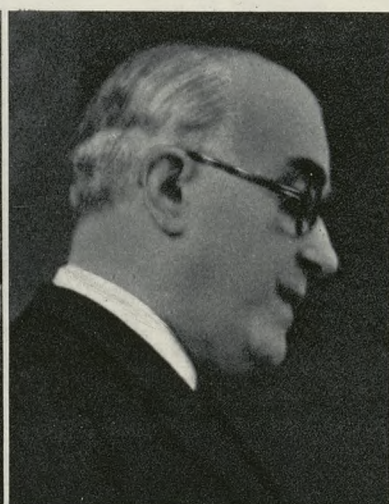
Y, por último, citemos a don Melchor Fernández Almagro, periodista, prestigioso crítico literario e historiador. *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española* fué el tema que eligió para el discurso de ingreso —recepción del 2 de febrero de 1944—, acabado estudio, en el que dió muestras de sus profundos conocimientos y al que unió una colección de documentos que forman un apéndice del máximo interés.

He aquí, pues, un reflejo de la composición de la Academia, en la que aspiran a estar representadas todas las especialidades: un erudito, conocedor profundo de nuestros clásicos; un marino insigne, un literato prestigioso...

Hemos aludido a un tema relacionado con Hispanoamérica y no queremos terminar estas breves notas sin subrayar el interés que de antiguo mantuvo la Real Academia de la Historia por establecer estrecho y cordialísimo contacto con los países que, al otro lado del mar, hablan nuestra misma lengua. En todas esas naciones hermanas cuenta la Corporación con miembros correspondientes, figuras del máximo relieve de la Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Méjico, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Uruguay, Venezuela... Los hay también en los Estados Unidos y Filipinas. E incluso corporaciones similares a la Academia, establecidas en los países del Nuevo Mundo, son correspondientes de la de la Historia, con la que sostienen constantes, estrechas y amistosas relaciones. Citemos, entre estos organismos, a la Academia Nacional de Historia y Numismática, en la Argentina; a la Academia Nacional de Quito, a la Mejicana de la Historia, la Academia Panameña de la Historia y a las que existen en El Salvador, Venezuela, Costa Rica y Chile, además del Instituto Histórico del Perú.



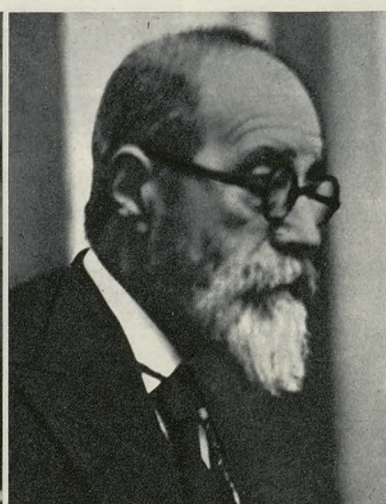
D. Natalio Rivas y Santiago.



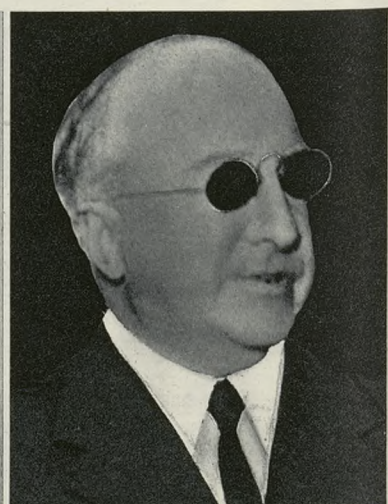
D. Francisco Javier Sánchez-Cantón.



D. José Antonio de Sangroniz.



D. Elías Tormo y Monzó.



D. Pío Zabala y Lera.

El AUTOGIRO

invento español



No es un contrasentido escribir del autogiro en los momentos de máxima popularidad y pujanza del helicóptero. Muy al contrario, y vamos a ver por qué. Uno y otro, aunque semejantes en apariencia por tener en el aire el mismo aspecto de «avión sin alas pero con paraguas», son esencialmente distintos en razón a los principios técnicos de su funcionamiento. En el primero de ambos aparatos el motor acciona una hélice de tipo ordinario que facilita su desplazamiento horizontal, al paso que la ley de la gravedad es vencida por el giro libre del rotor vertical. Tan

sólo para las operaciones de despegue y aterrizaje, que efectúa con fidelidad absoluta a la línea perpendicular, hay una conexión rotomotriz por medio de embrague que deja sin funcionamiento la hélice y transmite directamente la fuerza a las aspas sustentadoras. Estas, con su inclinación a una u otra banda, provocan los movimientos laterales.

En el helicóptero, en cambio, el elemento propulsor está íntimamente ligado al rotor sustentador puesto que, carente de hélice, la fuerza motriz se aplica toda a aquél, de tal forma que su variable ángulo de ataque produce, en el conjunto de fuerzas que actúan, la componente horizontal pretendida: de avance, de rotación a derecha o izquierda e incluso de retroceso.

Repetimos: autogiro y helicóptero son dos artefactos voladores de origen y desarrollo independientes: más, sin embargo, quizá sea oportuno demostrar—hoy que tanto se habla del helicóptero como solución eficazísima al problema de la seguridad del vuelo y de las comunicaciones entre la ciudad y su aeropuerto—hasta que punto la magnífica y rápida cristalización del invento español ejerció un decisivo influjo sobre la vida lánguida que hasta su aparición y aún varios años después tuvo su compañero de carrera.

Es conveniente subrayar en primer término la condición española de Juan de la Cierva porque muy recientemente fué descubierto, convertido en ciudadano norteamericano en la última edición del «World Almanac». Los editores del anuario—hay que decirlo también en su honor—se apre-

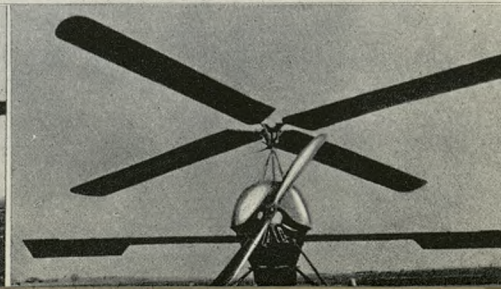
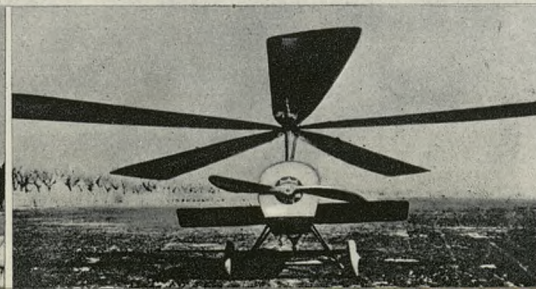
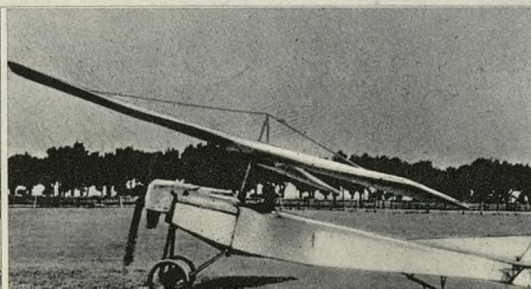
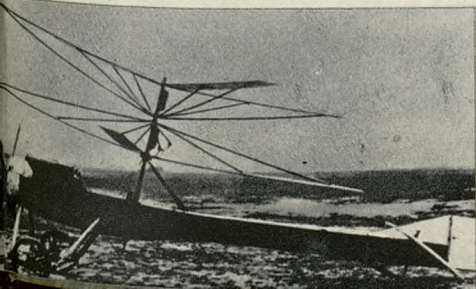
suraron a subsanar el error sufrido al conocer la razónable protesta de un rotativo madrileño. Más difícil nos parece conseguir una rectificación de los rusos cuando próximamente—después de haber «descubierto» el aeroplano, el submarino, etc.—se atribuyan este gran hallazgo científico.

Tras el prestigio insigne de Leonardo de Vinci, considerado el precursor, una serie de figuras notables que encabeza el inglés George Cayley, a mediados del siglo pasado, y

se continúa con los nombres de Mortimer Nelson, William C. Powers, Félix Nadar, Enrico Forlanini y tantos otros, deben ser tenidos en cuenta, desde un punto de vista histórico como teóricos y ensayistas de laboratorio del helicóptero, hasta que Louis Bréguet, en un aparato de este género construido por él, se eleva en 1907 a cuatro metros y medio de altura y recorre una distancia de veinte metros aproximadamente. Otros nombres, como los de Berliner, Botherzat, Oemichen... vinieron a incorporarse a la lista de ingenieros interesados en el vehículo aéreo de superficies móviles de sustentación. El resultado de su labor nos lo dicen estos datos: En 1930, la Federación Aeronáutica Internacional tiene inscritos, a favor del italiano d'Ascanio los siguientes «records» oficiales para la categoría de helicóptero: altura, 18 metros; distancia, 1.078 metros (un kilómetro); permanencia en el aire con retorno al punto de partida, ocho minutos, cuarenta y cinco segundos. ¿Qué queremos decir con esto? Que en más de veinte años los progresos en esta actividad fueron exigüos, mezquinos—contados en metros y minutos—y que hay que reconocer como fruto de la experiencia jugosa del autogiro los grandes avances obtenidos con posterioridad.

La originalidad del invento español es evidente—ya hemos señalados sus cualidades específicas—y la rapidez de su progresiva evolución, jalonada de éxitos sensacionales, realmente asombrosa. La Cierva se lanza por los nuevos caminos a los que le conduce su intuición genial el año 1919, como consecuencia del accidente sufrido

Arriba: La posibilidad de ascender y bajar perpendicularmente en el espacio y aun de suspender su marcha sin caer a tierra, permite a helicópteros y autogiros aplicaciones como la que muestra la fotografía. Este helicóptero—cuya brillante situación actual se debe al influjo decisivo ejercido por el autogiro—nos enseña cómo pueden ser arrancados a la muerte los naufragos confiados a la fragilidad suma de un bote salvavidas.—Abajo: Génesis de un gran invento: los cuatro aparatos primitivos construidos por Juan de la Cierva en Madrid entre 1920 y 1923. Ninguno de los tres primeros llegó a volar; pero el cuarto lo consiguió limpiamente el 9 de enero del último de aquellos años. Cuatro kilómetros de recorrido a 30 metros de altura, con una duración de tres minutos y medio, fueron el primer resultado práctico de la nueva fórmula científica del inolvidable y malogrado ingeniero español; lo que no logró el helicóptero, mucho más antiguo de origen, hasta años después.



por un gigantesco biplano de diseño suyo desplomado fatalmente al sufrir un fallo de motor que lo deja «más acá» de la velocidad mínima necesaria para mantenerse en el aire. El gran secreto está en descubrir un sistema de sustentación eficiente independiente de la velocidad.

El prototipo del autogiro data de 1920, y tanto él como los dos ejemplares que le siguieron, realizados en los dos años sucesivos, no llegan a despegarse del suelo. Pero el 9 de enero de 1923, su cuarto modelo «salta» agilmente al espacio en el aeródromo madrileño de Cuatro Vientos, y dentro del mismo mes efectúa un vuelo en circuito de cuatro kilómetros con normalidad absoluta. Dos años más tarde, el autogiro se presenta en Inglaterra por la mano de su inventor, y el 18 de septiembre de 1929 alcanza su plena consagración científica con la travesía del Canal de la Mancha o de la Mancha. Mientras tanto, al helicóptero se le siguen midiendo con cinta métrica la altura y longitud de sus vuelos...

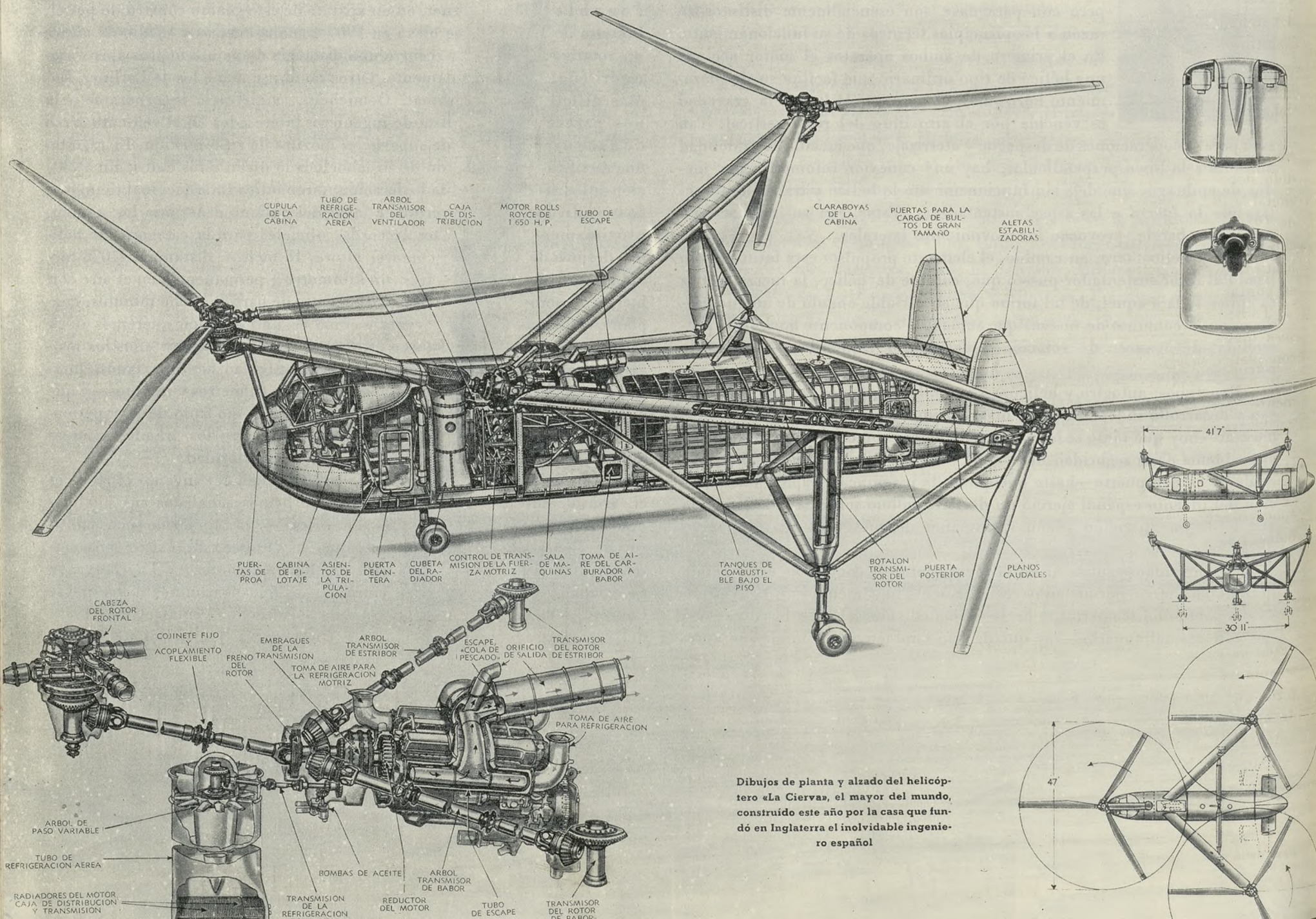
Los brillantes resultados conseguidos por un hombre sólo —inteligencia preclara y voluntad indomable, cuya desaparición trágica nunca lamentaremos bastante— dan a La Cierva una celebridad inmarcesible... y multitud de contratos para la construcción de su aparato con licencias en numerosos países. Entre los convenios establecidos figuraron los de las firmas Pitcairn y Kellet, en los Estados Unidos; Lioré & Olivier, en Francia; Hafner, en Austria, y Focke Wulf, en Alemania. Este último tuvo consecuencias decisivas para el futuro helicóptero que corroboran la afirmación que hemos sentado. A la luz de la experiencia del invento español surge en 1937 el primer aparato verdaderamente práctico logrado en toda la dilatada historia del helicóptero: el Focke Wulf 61, que hace una magnífica demostración de vuelo dentro del Deutchlandhalle, de Berlín, y realiza felizmente un viaje de 105 kilómetros. Por fin, al cabo de muchos lustros, dejaba de contarse su progreso por unidades fraccionarias.

Mucho antes de que Sikorski y Bell ofrecieran al hombre de negocios, al turista aéreo, las ventajas de un vehículo que no está sujeto a la dura servidumbre del aeropuerto y puede aterrizar en cualquier sitio, volaban en Inglaterra y los Estados Unidos autogiros La Cierva, con cabinas con-

fortables que nada tenían que envidiar al automóvil de la época. La guerra impidió desarrollar en serie un modelo biplaza construido en Norteamérica en 1940, de líneas sumamente atractivas, que estaba llamado a causar una verdadera revolución en la esfera de la aviación privada.

A pesar del predominio actual del helicóptero, el autogiro no ha terminado su misión. Pero, desde luego, nadie podrá negar lo que el primero le debe al invento del ingeniero español. Precisamente el mayor y más potente helicóptero del mundo, cuya complicada estructura y mecanismo interior ofrecemos a la curiosidad de nuestros lectores, acaba de ser construido por la casa fundada en Gran Bretaña por Juan de la Cierva y se honra llevando su nombre sobre la superficie rutilante de su casco de duraluminio.

Juan de la Cierva Codorniu, hijo del ex ministro español del mismo nombre, nació en Murcia, el 21 de septiembre de 1895. Cursó estudios en el Instituto General y Técnico de Murcia y en la Escuela de Ingenieros de Madrid. Obtuvo títulos de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos; Ingeniero de construcciones aeronáuticas y piloto de aeroplano de primera clase. Desde muy joven se apasionó Juan de la Cierva por los estudios aeronáuticos y se dedicó a la aviación, entonces en pleno período heroico. Empezó por construir sencillos planeadores, y en el período 1912-1919 logró la construcción de verdaderos aeroplanos. En 1919 había conseguido construir La Cierva un aparato trimotor, cuando aun no existía en el mundo ninguno de estas características, a no ser el famoso «Caproni» italiano. Un accidente, ocurrido a su aparato por exceso de confianza del piloto que lo conducía, obligó a La Cierva a iniciar nuevos estudios para buscar un sistema de volar que conservase las ventajas del aeroplano y desterrase sus inconvenientes, como era el de aterrizar horizontalmente a gran velocidad. El resultado de estos estudios, en los que La Cierva invierte cuatro años, fué su famoso y universal autogiro. En 1924 se hacían en Cuatro Vientos, Madrid, los primeros vuelos de prueba, que fueron presenciados por las autoridades españolas y especialistas aeronáuticos de varios países. Los resultados de la prueba fueron satisfactorios y, desde aquel momento, La Cierva adquirió fama universal como inventor del autogiro, que tuvo en el mundo variadísimas aplicaciones. Cuando estaba en plena popularidad su obra, don Juan de la Cierva falleció, víctima de un accidente de aviación en el aeródromo de Croydon (Londres), el día 10 de diciembre de 1936.



Dibujos de planta y alzado del helicóptero «La Cierva», el mayor del mundo, construido este año por la casa que fundó en Inglaterra el inolvidable ingeniero español



DIMENSION CREADORA DE LA GENERACION DEL 36

P o r

J O S E L U I S C O L I N A

LA COORDENADA DE 1936

ALGUIEN ha dicho—no sé a ciencia cierta si Juan Aparicio o Platón—que el número es el conocimiento mismo. Para los españoles de esta época hay números, por lo menos, que sirven como arquetipo o como cápsulas en que se encierra y condensa la estructura de su tiempo. "Antes del 36... Después del 36... El 36 me cogió en tal sitio... (A todos los españoles nos ha cogido el 36 en algún sitio.) Del mismo modo que la regla y el compás de Leonardo de Vinci formularon el ritmo y las proporciones de la belleza humana, también la regla y el compás de la historia se han recreado en darle un canon y un guarismo a la contemporaneidad de España, en fijar la estatura de este tiempo con precisión casi cabalística, en ligar a unas dimensiones inalterables el enclavamiento de cada circunstancia nacional. Y, exactamente, el número 36 es el módulo que sirve para fijar, en la escala del siglo XX, el punto donde los españoles bien proporcionados tenemos inscrito el corazón. Reduciendo de este modo el concepto de tiempo al de espacio no es difícil averiguar por qué se han quedado cortos de talla y aptos solamente para servicios auxiliares los que tienen su corazón por debajo de la coordenada de 1936.

La superstición pitagórica de los números me permite todavía bucear, río arriba el tiempo, en otra pauta—la del 98—, que es como un arco tendido desde las vertientes oscuras y dramáticas de la desintegración nacional y del derrumbe de nuestro señorío sobre el orbe, hasta el impacto de 1936, que inaugura distintos consuelos y una nueva posibilidad para el español en pena. De una cifra a la otra, desde el costado doliente de 1898 hasta la palpitación bravía de 1936, corre una vena que va a purificarse en contacto con el oxígeno más puro de la Historia de España.

Tantead entre ambas fechas y vuestras manos no encontrarán otra cosa que un largo vacío. Es, desde luego, un vacío sutilmente adornado con planteles de ingenio, con las rosas de olor de la orfebrería literaria, pero un vacío al fin y al cabo. El destino de la patria se deprime nuevamente, después de haber sido encrespado por la rebeldía de los hombres del 98, recluyéndose en hoyas donde la voz del hombre encuentra pálido eco y el agua de las fuentes creadoras se desteje en hilos de garrulidad, en una minúscula hidrografía que la tierra pronto chupa. España anda para abajo durante un trecho interminable; es inútil que los escritores de la época discurren mercancías exquisitas para la desgana vital de los españoles, que los poetas amasen entre sus dedos metáforas de miga de pan o de más noble materia, que los filósofos salgan de viaje por el mundo en busca del bálsamo que nos curaría.

Es inútil todo. Picasso inventa su cubismo para un público que seguirá hosteando. Federico García Lorca muestra los pechos altos, la carne verde de su poesía a unos espectadores somnolientos y distraídos. Ortega trasplanta los más bellos esquejes del pensamiento europeo ante un auditorio que sonríe con cortesía (1). Nada hay de delirante, de convulsivo, de agónico por entonces; ni siquiera el desbordamiento físico de la desunión y de la fragmentación nacional se molesta en rugir con la fuerza fecundante de las olas: le basta con avanzar en frío, cautelosamente, envolviendo las almas como lo haría la penumbra del atardecer.

Hay, es cierto, un largo vacío de estúpida calma entre la subyugante

desesperación de 1898 y el toque de alba de 1936. Una estúpida calma desasida de todo, meliflua como la excusa del que quiere dormir la siesta, despoblada de ira, de santa pasión.

En 1936 España reconstruye todo lo que esta marea de inacción había doblegado. Se entrega ardorosamente a la solución de sus desventuras; se toca a sí misma y se encuentra todavía candente, rescatada de su inconsistencia anterior por el solo hecho de palparse. Ocurre un milagro violento, que junta las espadas, y volvemos a creer en los ángeles, en la primavera, en las campanas, en los pájaros, en los ríos de nuestra patria. Volvemos a creer, si no se nos quiere reconocer otra cosa, en los verbos intransitivos, o en el Estatuto de Clases Pasivas, pero volvemos ó creer en algo, o sea, volvemos a tomar medida en lo circundante, a encontrar en nuestra hondura un frenético manantial de fe, a desbordarnos para el amor y la posesión de aquello en que creemos.

EL SONETO INTERRUPTIDO

La promoción literaria de 1936—esto es, los jóvenes españoles que suspendieron su formación estética para acudir a la apremiante convocatoria de las armas—tenía ya en germen la decisión de no caer bajo el apaciguamiento insípido de la época clausurada por el 18 de julio. Se trataba de una juventud insumisa, que no quiso abstenerse en el tremendo cara o cruz de la guerra civil. Emplazados por su tiempo a no quedarse en casa suscitando rimas, tuvieron estos hombres que dejar cerrados los libros mientras permaneciesen abiertas las trincheras. Para otros, hubiera sido fascinadora la deserción. Para ellos, más apetecible era la fidelidad a su tiempo y a su patria que la voluptuosidad de madurar y cultivarse en los invernaderos de una ensimismada soledad. Y durante tres años, estos mozos barbilampiños, con rayas en la mano todavía por cumplir, participaron de los riesgos de su estirpe y alegraron la guerra como si nada les estuviese esperando en la paz.

Algo, sí, les esperaba cuando la paz llegó. Tenían que volver nuevamente a su interioridad sacrificada. Había un retorno en sus vidas, un retorno que estaba escrito desde que Dios les puso en la palma abierta de España, sumergiéndoles en la ola de 1936. Imaginaos cuán largo camino debía cubrir ese retorno. Cada uno de ellos tenía dieciocho, veinte, veinticinco años cuando estalló la guerra, y todos habían dejado sobre la mesa de trabajo, interrumpido por la artillería, un soneto con inesperada rima de ausencia. ¡Y era en aquel momento cuando sus alas comenzaban a espesarse!

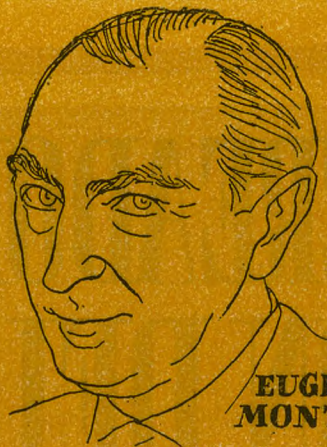
Imaginadlos de regreso, descalzándose las botas de campaña, descalzándose de los caminos de la guerra, reduciendo su intemperie de tres años a un necesario contorno de habitación cerrada, desmovilizándose de la Historia para proseguir aquel soneto interrumpido, aquel nimio soneto al que de repente le nacía, como una flor, la palabra más difícil: presencia.

Nadie se asombre, pues, de que la generación literaria de 1936—enunciada ya como la que tuvo que ausentarse para tres años de su labor creadora en el momento de iniciarla—haya tardado en asestar su mensaje. No se vuelven a domesticar tan fácilmente los instrumentos propios de la técnica literaria, enmudecidos por un hábito de silencio, ni resulta sencillo largar velas al alma después de tenerla a flote por milagro. Por otra parte, el elenco de escritores jóvenes que en la primavera de 1939 volvieron a tomar la pluma, habían agregado nuevo contenido a su experiencia humana de 1936. ¿En qué proporción este portentoso caudal humano, inesperadamente contraído, debía repostar el vuelo creador? La respuesta

(1) Generación desertora, denominó precisamente Ortega a la que convivía con él en 1921. Y sigue definiendo: "El comienzo de apatía tan característico de nuestro tiempo..."



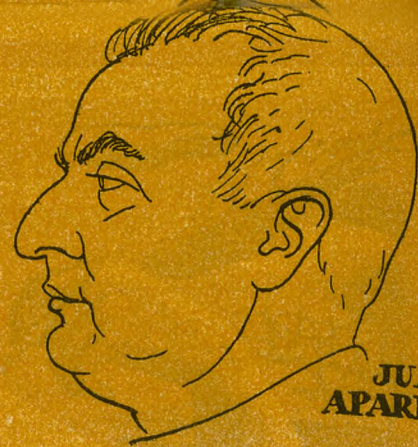
LAIN
ENTRALGO



EUGENIO
MONTES



SANCHEZ
MAZAS



JUAN
APARICIO

no podía ser otra que esta: se hacía necesaria, para su utilización estética, la sedimentación de las turbadoras imágenes incorporadas a lo largo de la convulsión nacional. Y desde otro enfoque, también se veían los llamados a una vocación creadora no sólo en la necesidad de ordenar su experiencia viva, sino también en la de improvisar una experiencia intelectual, inevitablemente aplazada por la extensa hegemonía de la primera.

POESIA ANTES QUE NADA

Los poetas, los primeros en domesticar sus aparejos de creación. Después de 1939 vendrá una gran concurrencia de voces nuevas, brotarán soliloquios en todas las esquinas, palabras tiernas, cánticos, menesteres de amor, ensueños, distancias temblorosas, costados y muchachas en la arena. "Amor y poesía cada día", sobre el barro reciente de las trincheras. Endecasílabos a dos pasos de los árboles rotos por la metralla.

Escriben sonetos, se congregan según los fervores, publican revistas... De vez en cuando una voz se hace distinta, alumbrando un lenguaje para ella sola, se despliega como una bandera sobre las demás. Y ocurre esto: nombres tan importantes como Ridruejo, Rosales, Panero y Vivanco se insertan con propia estatura en los territorios más verdaderos de nuestra poesía.

LOS CUATRO DE "ESCORIAL"

De intento he empezado por citar estos nombres. Su enclavamiento como hombres del 36 no puede suscitar la menor duda. Si bien Rosales, nacido en 1910, había dado a la imprenta su libro "Abril" en 1935, y algo semejante podemos decir de Dionisio Ridruejo, que en el mismo año publica "Plural", ninguno de ellos—como tampoco Leopoldo Panero ni Luis Felipe Vivanco—tenían al llegar el 36 asumidos y en pleno desarrollo los ámbitos totales de su lírica.

Fué clausurado el ciclo de la guerra civil cuando Ridruejo constituye y moldea, sin necesidad de ningún retoque posterior, su bella y fría preceptiva poética, enriquecida en lo justo con la diamantina pureza de un formulismo cuyas últimas posibilidades él mismo agota. Es después de 1939 cuando Luis Felipe Vivanco encuentra las más acendradas entonaciones para su doliente lenguaje, o cuando Luis Rosales disciplina y convoca en su verbo la trémula dulzura de los ángeles. Y más señaladamente todavía, cuando el astorgano Leopoldo Panero—poeta mayor, a mi juicio, del tiempo presente—alumbrando con estremecido fervor un tacto de melancolía que pondrá nombre a los más umbrosos relieves del alma.

Todos ellos se comunican entre sí, quizá desde la fundación de la revista "Escorial", que les congrega apretadamente, sus respectivas directoras poéticas. Reconozcamos que en este intercambio decisivo para la lírica española, la aportación de Dionisio Ridruejo—desde su juvenil y sorprendente "Primer libro de amor"—ha suministrado materiales poéticos de dos filos a sus compañeros de generación. El neoclasicismo de Ridruejo, sorbido en manantiales tan permanentes como Garcilaso, o como Carrillo

de Sotomayor, indujo un plantel de hallazgos retóricos y formales que en manos de otros poetas provistos de personalidad—como Rosales, Vivanco o Panero—no serían ni mucho menos infecundos, puesto que se incorporaban tan sólo en concepto de herramientas auxiliares de la expresión poética y como nuevos medios casi mágicos de verter un mensaje que ya había germinado en el alma. Pero el virtuosismo formal de Ridruejo, esa contención y equilibrio de sus materiales, ese recreo en domeñar lo escuadrado del idioma y utilizarlo como podría hacerlo un arquitecto, esa ecuación casi algebraica que en su lírica llega a ser cada endecasílabo, embelesó también a muchos líricos menores, a muchas voces incipientes, en búsqueda todavía de expresión, y así pudo ocurrir que durante varios años las quintas poéticas más mozas situasen su creación en un punto muerto de compás y tiralíneas, diseñando y puliendo sonetos cuya densidad estética era tan sólo aparente.

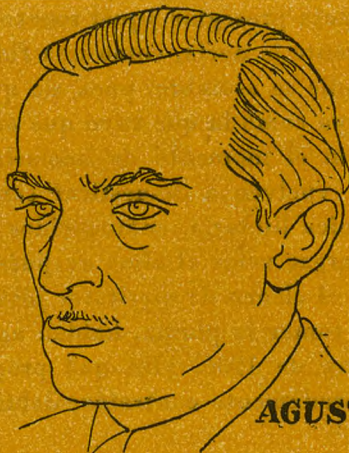
De este período, absolutamente rebasado, queda para nuestro balance algún nombre liberado lentamente de la servidumbre hacia la belleza formal por obra y gracia de una auténtica consistencia interior. Tal es el caso, representativo, de José García Nieto, asomado hoy a frondosos paisajes humanos después de apurar el jugo de la gracia en la forma. Fundador de la revista "Garcilaso", es quizá el único poeta joven que ha señoreado territorios nuevos en el continente deparado por el neoclasicismo de Ridruejo y—en segundo término—por el de Luis Rosales.

Digo en segundo término, porque Luis Rosales, hasta su última entrega—"La casa encendida"—, y dándole nuestra predilección en el bellísimo "Retablo sacro del Nacimiento del Señor", se adueña por sí sólo de transparencias inimitables que empiezan y terminan en él mismo. Su continente—el de la "esbelta gracia serena"—no será transcurrido por otros pasos ni será posible que nazca otra voz tan dulce para el requiebro, tan impostada de delicadeza, tan complacida en los gozos del alma trascendida. Recuerdo ese soneto "De cuán graciosa y apacible era la belleza de la Virgen Nuestra Señora", como un sosegado temblor de alegría coronado por una de las más tiernas y bellas imágenes de la poesía española de todos los tiempos.

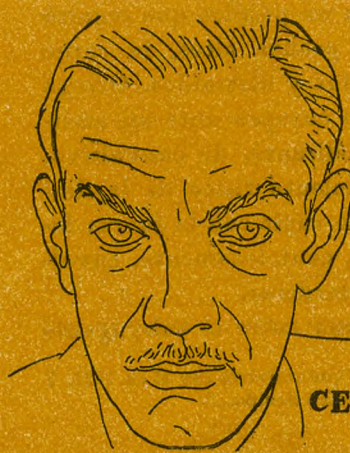
¿Cómo habremos de cruzar ahora a la acera umbrosa de Leopoldo Panero, poeta en cuya voz crece la hiedra de la angustia y en cuyas manos pesa el roce infinito de la muerte? La labor desperdigada de Panero—hoy reunida parcialmente en "Escrito a cada instante"—señala una trayectoria que coincide en atisbos iniciales con el formalismo de Ridruejo, pero que va desviándose perceptiblemente en dirección a provincias del alma en que rige la tristeza y la mirada de Dios se insinúa tocándolo todo. Hay en su poesía última una sensación imprecisa de congoja, un desplacer que de pronto se remansa en oración, mientras agudas nostalgias se oscurecen más adentro. En realidad, sobra todo lo que no sea definir a Panero como un poeta hondamente humano, cuya presencia en la lírica española ha contribuido a resolver no pocas apostasías preciosistas, señalando el único camino auténtico para la redención creadora: esto es, el retorno a la propia interioridad y al sonido del corazón.



ZUNZU-
NEGUI



AGUSTI



CELA



CARMEN
LAFORET



DIONISIO
RIDRUEJO



LUIS
ROSALES



LEOPOLDO
PANERO



JOSE M.^a
VALVERDE

1949: INTIMIDAD POETICA

En José M.^a Valverde, el más joven maestro de la poesía contemporánea, este regreso al mundo de los asombros íntimos se tiñe de encendida religiosidad. En Eugenio de Nora hay una salpicación de angustias cósmicas reguladas—como en Carlos Bousoño—por la desbordante enseñanza de Vicente Aleixandre, el nombre más vivo de la generación anterior a nuestra guerra, todavía poderoso en suscitar directrices y en destocar, para uso de los poetas jóvenes, palabras húmedas aún de subconsciencia.

Se constituye así una pléyade de voces ensimismadas, trémulas de mil ecos nocturnos que se precipitan desde las más remotas oscuridades. Y así, el ámbito lírico de Vicente Gaos se ve traspasado por arcángeles y jirones de niebla. En Suárez Carreño la temática es más áspera. En Victoriano Cremer, más ceñida a los adentros del corazón.

Por su parte, otros líricos se aíslan tesoneramente en su autenticidad, buscando un léxico intransferible y cuidando mucho de no ceder a lo superficial y puramente estilístico de cada fluctuación poética. Tal es el caso de Federico Muelas, inmutable por arriba y por abajo de la época de esplendor neoclasicista, inmutable ahora, cuando las salas de espera del Madrid literario se hallan atestadas de mozos que quieren viajar como sea hacia los temblorosos paisajes de la angustia. Y tan inmutable como Federico Muelas—entregado a poblar de gracia sus cancioncillas o a dejar que su voz rebote como un inesperado trueno sobrecogedor—Rafael Morales, embebido en los mitos ibéricos de la fuerza y de la sangre, con una raíz de soleado paganismo fomentando siempre su diversidad sonora.

Intencionadamente he limitado pocos nombres en esta sucinta enumeración del frente poético de la generación del 36. Los ya citados—que no excluyen la importancia de otros muchos—bastan para que el lector componga su propia teoría sobre el ciclo que se desarrolla en ese instante y la primacía, en los sectores más mozos, de una franca orientación intimista, propiciada por el ejemplo sencillo y transparente de Leopoldo Panero.

LOS NOVELISTAS TAMBIEN HAN MADURADO

Para los tocados por vocación de conducir en prosa su mensaje, el derrame vital de la guerra constituyó un interludio más hondo que para los mozos de la poesía. Más hondo, puesto que el alumbramiento creador del novelista exige una maduración que casi siempre está dispensada a los poetas. Mientras éstos pueden concebir su verdad con instrumentos casi intuitivos, de que la adolescencia ya se encuentra aparejada, el quehacer del novelista nunca es un vagido o una improvisación. El dominio de los recursos técnicos y el avituallamiento intelectual que debe dar soporte a todo empeño narrativo propuso barreras enervantes a los jóvenes acuciados por la prisa de su tiempo.

No es extraño que nombres como Zunzunegui o como Ignacio Agustí hayan sido los primeros en aportar a su generación—de la que forman con más que suficiente veteranía—logros novelísticos de envergadura. Consumada ya su formación en 1936, el lapso de la guerra sólo les impuso un apla-

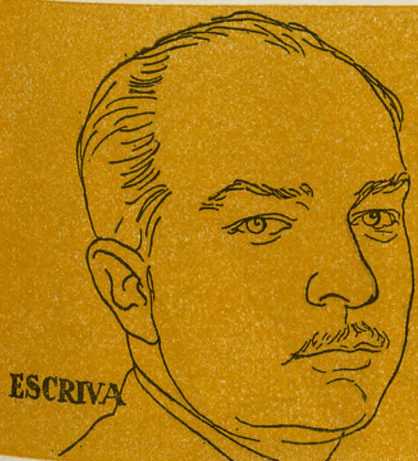
zamiento, que saldaron con creces en los años posteriores. Ambos, con modulaciones absolutamente intransferibles entre sí, tienen de común el haber enfocado sectores geográficamente muy concretos del cuerpo de la Patria y en una circunstancia social parecida. Juan Antonio Zunzunegui, vizcaíno irrefutable, ha retratado de modo muy peculiar el ambiente de un Bilbao zarandeado por el revulsivo de la industria pesada, y su pluma ha burilado personajes desilusionados o arrepentidos que pecan y se extravían a trechos o salvan su inquietud moral desesperadamente. Su prosa, galvanizada de neologismos, con un sedimento de amarga ironía a menudo restallante, está radicalmente lejos de la asumida por Ignacio Agustí para trazar el espectro levemente triste y añorante de la familia Rius en la Barcelona de 1900. Hay más ternura en Agustí y una sensibilidad más delicada que en Zunzunegui, aunque ambos mantengan su predilección hacia un realismo enfocado en grandes ciclos familiares.

CELA O EL FRENESI VITAL

La más poderosa revelación literaria de la postguerra va unida al nombre de Camilo José Cela, autor en 1942 de "La familia de Pascual Duarte", novela tremendamente inesperada que levantó polémicas aún no reducidas por completo. Se trataba de un relato atroz y sombrío, alimentado seguramente por la experiencia directa de la Extremadura roja, y con raíces en la desazón de tiempo oscuro afortunadamente cancelado. Cela, nacido en Padrón (La Coruña) en 1916, había sido capaz, pese a su juventud de alzarse con el secreto de un castellano purísimo, que hacía más trastornante todavía la acre bocanada de su primera novela. Cuajado literariamente en la encrucijada generacional del 36, el áspero autor de "La familia de Pascual Duarte" escogía un camino que desde entonces aparecería lleno de sugerencias para la juventud que le reconoce como maestro.

En su quehacer novelístico se entremezcla el legado de Baroja—o sea la desabrida denominación de lo circundante y el gusto empecinado por la observación en crudo—con un frenesí vital que le empapa de pasión y le hace desmesurarse a veces de su auténtica medida creadora. Afortunadamente para él mismo, su vehemencia está engastada en surcos de gracejo, que remedian en muchas ocasiones la efusión violenta y apasionada con una complacencia por el giro popular, por el tropo graciosamente avieso, por la paráfrasis socarrona y bizqueante de picardía. Es precisamente esta amalgama de violencia y de casticismo—un casticismo inteligente, depurado por la sensibilidad moderna del escritor—la que ha facultado a Camilo José Cela para interpretar dispendiosamente los vericuetos de esa España descarnada, de tierra adentro, hostil a sí misma, indócil a la reencarnación histórica, zarrapastrosa y espléndida, que aún duerme su mayorazgo de siglos entre barranqueras y boñigas y cuya ronca palpación nadie mejor que él podía transfigurar en arte.

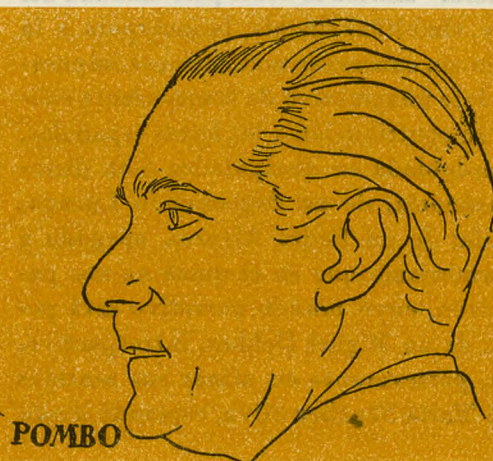
Su obra posterior a 1942 no contradice nuestra esperanza de que en Cela cristalice la más culminante aventura de la novelística posterior al 36. Su triunfo de veintiséis años fué quizá prematuro, y no porque los elogios



ESCRIBA



GARCIA
SERRANO



POMBO



RUIZ
IRIARTE

le dispensaran de algo tan insobornable como la exigencia con la propia obra, sino porque algunos de ellos, acaso los menos generosos, le torcieron al cultivo sistemático de lo desagradable, dejándose llevar—"Pabellón de reposo", 1943—hacia una encrucijada de desproporción y de estridencia, de la que pronto consiguió liberarse. El principio estético de que el escritor afecto a una postura de realismo ha de ser neutral en su examen, despojándose de prejuicios de transcripción ante el desfile de la vida, le servirá a Cela para asombrarnos con obras repletas de apasionada serenidad, que le confirmen en su puesto avanzado de la literatura contemporánea.

LA NOVELA, EN AUGE

El escalafón novelístico de la generación del 36 se redondea, a mi juicio, en sus categorías más logradas, con los nombres de Carmen Laforet, Vicente Escrivá, Rafael García Serrano y Manuel Pombo Angulo. Veremos, sucintamente, de qué modo cada uno de estos novelistas ha realizado íntimamente la circunstancia nacional común a todos ellos.

La barcelonesa Carmen Laforet, galardonada a los veintitrés años por el escrupuloso jurado del Premio Nadal, provocó con su novela "Nada" una expectación tan sólo comparable a la suscitada por Camilo José Cela poco tiempo antes. Un silencio de más de cinco años ha desvaído ligeramente el éxito fascinante de su única novela, especie de crispada autobiografía, en cuyas páginas se estremecen la ternura y el dolor. "Nada", aunque no halle continuidad en la aportación pendiente de Carmen Laforet, todavía representa en la Antología de la novela contemporánea un trecho rezumante de penosa sinceridad, que aporta emociones casi documentales sobre el egoísmo frenético de unos seres estancados en el tiempo oscuro de sus odios y el desvalimiento de una muchacha—Andrea—necesitada de consuelo.

Vicente Escrivá, valenciano, provisto de excepcionales condiciones para el cultivo de todas las variedades literarias, tentó en 1944 la línea clara del ambiente levantino para su primera novela—"Una raya en el mar"—, a poco de habilitarse literariamente por las trochas de la biografía y el ensayo. Un favor consistente y seguro, que todavía hoy perdura, acogió esta novela que recuerda, en la opulencia de los sentimientos y en la fluidez fastuosa del estilo, las de su paisano y tocayo Blasco Ibáñez. Cuando todo parece indicar que el joven novelista insistiría en la semejanza, la aparición de "Un hombre en la tierra de nadie", su segunda novela, les hizo ver a todos sus lectores que si alguna semejanza había decidido buscar, era que se debía a sí mismo. "Un hombre en la tierra de nadie" es, por lo tanto, un mensaje cargado de autenticidad, un mensaje quizá desdeñoso del favor extenso del gran público, pero que a la larga vibrará como una flecha reciente en todos los corazones. No en balde, ese "Hombre en la tierra de nadie", al que Escrivá conduce con dolorida ternura por las páginas de su novela, es ni más ni menos que el español medio, zarandeado desde la lejanía de su infancia por mil fuerzas incomprensibles, sometido a un destino chato contra el que no vale rebelarse y al que la gran definición de nuestra guerra obligará finalmente a situarse en uno u otro campo. Esta novela—como todas las buenas novelas—quizá no tenga tesis, pero enuncia con patética valentía la indecisión angustiada de muchos españoles postrados por el clima insano de la anteguerra.

La incorporación de Rafael García Serrano a este balance de narradores, nos consiente establecer un paralelo entre los novelistas ya citados y el autor de "Eugenio o la proclamación de la primavera", de la "Fiel Infantería", de "Cuando los dioses nacían en Extremadura". Mientras los escritores aludidos tratan de establecer coordenadas que resuelven su posición de disconformidad con lo anodino, con lo inservible, con lo bufo, con lo corrompido de las épocas canceladas, Rafael García Serrano, "a contrario sensu", levanta la canción de su fe con vocablos que ya han florecido en una dimensión de victoria o que están urgiendo la promesa de un tiempo nuevo, merecido por la sangre de la juventud.

Enfajada por el éxito editorial más definido de 1948, la última novela de Manuel Pombo Angulo—"Hospital general" unifica la doble personalidad del autor, novelista y médico a la vez—, y, simultáneamente, la incorpora a la tendencia realista de su generación, no sin conservar matizaciones impuestas por una sensibilidad y con un fino lujo imaginativo de transparente calidad literaria, que ya habían definido su contribución a las letras españolas.

Y queda la esperanza múltiple, desdoblada en discipulados o en directrices propias que aspiran a la permanencia, de un Segismundo Luengo, zamorano, en la línea crujiente de Cela; de un Pedro Álvarez, apegado a una tradición literaria teñida de costumbrismo que en él quizá no nos parezca tan consumida; de un Adolfo Lizón, cuyo mundo narrativo está poblado de sombras heridas por la lepra; de un Miguel Delibes, introspectivo, acuñado por crispaciones de angustia, perseverante en afinar sus sentidos para el tacto de la muerte; de un José María Sánchez Silva, esperado desde

hace tiempo en el Arte Mayor de la novela, después de apurar su maestría en el cuento; de un Juan Sebastián Arbó, novelista asiduo de las tierras del Ebro; de un Alvaro de la Iglesia, humorista excepcional, creador de dimensiones nuevas para la sonrisa.

Y DE TEATRO... ¿QUE?

Este capítulo debe cerrarse pronto con la cremallera de la desilusión. Aún no hemos acabado de abrirlo cuando nos desaparece de las manos, absorbido, como por un sumidero, por su propia delgadez. Los pocos nombres reales y consistentes que han hecho teatro y que se integran generacionalmente en el 36—admitamos por un momento, sólo por un momento, que Agustín de Foxá y Joaquín Calvo Sotelo participen de este último supuesto—, no han sido escoltados masivamente por un séquito fervoroso que hubiera podido dilucidar así el tercer lance de su generosidad creadora. Intentos aislados de José Vicente Puente, de Vicente Escrivá, de Manuel Pombo Angulo; ensayos para minorías de José Gordón, de Julián Ayesta—talento por cierto cuyo eclipse nos preocupa—, de Eusebio García Luengo y, especialmente, la persistente posibilidad, nunca del todo consumada, de un Víctor Ruiz Iriarte, el más cumplido talento de entre los dramaturgos jóvenes, no desquitan de la renuncia casi global del resto de la generación.

Mejor será no meterse en considerandos: basta con apuntar un diagnóstico que en este momento se me ocurre. Sencillamente, el hecho de que la creación teatral requiera un grado mayor todavía de madurez que el cultivo de la ficción narrativa, del mismo modo que ésta necesita una sedimentación de que el quehacer poético está perdonado. Los poetas del 36 germinaron antes que los novelistas, y éstos, a su vez, se han mostrado con antelación a los autores teatrales en potencia. Sin embargo, un lapso de diez años, ¿no será demasiado suficiente para esa maduración?

Corramos de una vez la cremallera.

EL ESTADO MAYOR PENSANTE DE LA GENERACION DEL 36.

Ojalá se le dispense al autor la pereza de no haber hecho una enumeración exhaustiva de los creadores y las creaciones del 36 acá. Y ojalá, sobre todo el lector, entienda como premeditado el silenciamiento en las líneas que anteceden de unos nombres fundamentales, cuyo impacto vital se halla a la cabecera de la generación descrita.

Los pirotécnicos reservan siempre para el final sus más bellas archivoltas de luz y hasta los titiriteros cierran siempre el programa con los mejores volatines. También este premeditado evadir la cita de unos nombres angulares tiene mucho de trapisonda escénica, que a nadie seguramente habrá engañado. Porque por mucha que haya sido mi prolijidad en el itinerario que aquí se concluye, el lector asiduo de los temas españoles habrá notado algo así como un desvertebramiento bajo la carne creadora ofrecida a su tacto.

Respondo ante notario de que son efectivamente vértebras de la generación del 36 los nombres con que finalizo mi trayecto: Eugenio Montes, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Juan Aparicio y Pedro Laín Entralgo.

Con ellos he citado a la porción más denodadamente pensante de la generación del 36. Y, en realidad, más que a una porción estoy citando a la generación del 36 misma. (No importa que la plenitud intelectual de alguno de ellos se realizase en un punto cronológicamente anterior al 18 de julio: todos los ejércitos tienen sus vanguardias.)

Y estoy hablando de la generación del 36 misma, en primer término, porque su enjundia y su solidez como manera *diferente* de pensar está repartida entre esos cinco nombres y corresponde a ellos, quieran o no quieran, la responsabilidad del debate frente a los que tratan de negarla. En segundo término, porque una resuelta esperanza común a toda la juventud del 36 les ha comprometido en algo más que en un magisterio estético. Y, finalmente, por si se estima escasa la violenta angustia agazapada en esas dos razones, porque nuestro instinto de conservación nos dice que para lograr la permanencia y proyectar un tiempo concreto sobre la pantalla del futuro no basta con crear. Es preciso también pensar en lo que se crea y para qué se crea. "En el puro pensamiento—ha dicho Ortega—es donde imprime su huella sutilísima el tiempo emergente." La generación del 36 puede realizar el proceso contrario, esto es, imprimir la huella de su pensar en el futuro.

Y dejo a estos cuatro nombres en el su-
cinto esquema que se ve. Desarrollarlos, en su actual dimensión española, requeriría una atención más densa que la que puede caber en una ojeada de conjunto.



Viaje al desierto

Por

FERNANDEZ FIGUEROA

Según el país de donde se viene, así se ve el país a donde se llega. Porque hombre no tiene singular. Son siempre miles de ojos los que miran.

ANTES de este viaje yo tenía de Africa una noción, adquirida en mis años de juventud, que se resumía en un nombre: Marruecos. Para mí, y creo, salvo raras excepciones, que para el resto de los españoles, Africa era Marruecos o apenas era nada: si acaso un vago rumor de selva virgen... Era la guerra de Marruecos, con todo el cortejo de tiros, blocaos, combates, retiradas y victorias que estas palabras traen consigo. Annual, Montearruit, el Barranco del Lobo, Alhucemas, los Castillejos. Todavía hoy podrán contarse con los dedos de la mano los españoles que no recuerden la arenga frenética de Prim, alzado sobre los estribos del honor nacional. "Soldados: Podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras, pero no esta bandera, porque es de la Patria!" Era la guerra de Africa. El clavo ardiendo al que España se había agarrado para no hundirse definitivamente en el mar muerto del agua pasada que no mueve molino.

Dice Eugenio Montes que "hay países, como Portugal, que han nacido para ir por esos mundos de Dios. Otros, como Bélgica, parecen haber nacido para que esos mundos de Dios pasen por ellos". Pongamos donde dice Portugal, España, y Africa donde dice Bélgica, y esperemos a ver lo que pasa. Pasa lo que tenía que pasar. Una música de cornetas y tambores. Reclutas bisoños. Banderas al aire. Pasa España hacia sus bodas de sangre con el futuro. Estoy tratando de decirlo desde el principio. Africa es a la sed campeadora y colonizadora de los españoles lo que Dios a su sed religiosa: el venero de origen, la fuente de nacimiento. Pero esa sed no se sacia en Marruecos. Por arriba sí, Africa limita con nosotros—no sólo con España, sino con el mundo entero que habla español—por la retirada de Annual. Limita con el desastre. Annual costó a España veinte mil muertos, y ésa, la muerte, es una frontera imborrable para los pueblos con historia. (Que en eso se distinguen los que la tienen de los otros, en la memoria de sus muertos.) Pero por abajo no. El sur está mucho más dentro y tiene un nombre enigmático, como la aventura. A. O. E. Por el sur, España limita en Africa con la historia por escribir.

A. O. E.

Para que el lector no se arme demasiado lío le remito al gráfico. En él observará cuatro zonas diferentes, rayadas con distinto trazo. Reunidas las cuatro forman el A. O. E., abreviatura genérica de Africa Occidental Española. Cómo se ha llegado a esta división y subdivisión sería muy largo de contar. Bástele

saber al lector que su área aproximada es en la actualidad de 300.000 kilómetros cuadrados y que hubo un tiempo, asombrosamente reciente, en que esa área medía más del doble. Dejemos aparte, por el momento, la primera y más pequeña de dichas zonas, el minúsculo enclave de Sidi Ifni, y ocupémonos de las otras. Su denominación, extensión y población es como sigue:

Zona sur del Protectorado (Protectorado de Marruecos). 26.000 kilómetros. 12.000 habitantes.

Zona de libre ocupación. Conocida también por la Seguía el Hamra. 82.000 kilómetros. 13.000 habitantes.

Colonia de Río de Oro. 190.000 kilómetros y 25.000 habitantes. (A éstos habrá que sumar, dado el régimen nómada de los nativos, otros 30.000 en las épocas de pastos, cuando el régimen de lluvias les obliga a desplazarse en su busca de un punto a otro del desierto.)

En rigor, estas dos últimas zonas constituyen el Sáhara español propiamente dicho y son la única colonia del A. O. E., puesto que la tercera, la zona sur del Protectorado, pertenece, como indica su nombre, a Marruecos, y la cuarta, el territorio de Sidi Ifni, es de

soberanía nacional: una provincia más de España. Es decir, que "constituyen entidades legales independientes y se rigen por diferente régimen a los efectos de su gobierno y administración", según se especifica en la Orden de 12 de febrero de 1947. Una Orden como quien dice de ayer. Porque lo característico de la política española en Africa ha sido, desde muy antiguo hasta muy recientemente, no tener política. Sólo así puede explicarse el trato de que fuimos objeto en los numerosos "convenios" concertados con Inglaterra y Francia a lo largo de los últimos cien años—cada uno de los cuales sirvió para mermar otro poco nuestra soberanía—y las circunstancias de inferioridad incluso diplomática en que tales tratados se llevaron a efecto. Persona tan poco sospechosa como D. Alvaro de Figueroa, conde de Romanones, lo reconoce en uno de sus últimos libros, "Notas de una vida", al dar cuenta de sus conversaciones con Poincaré, Presidente de la República francesa, a raíz de la para nosotros desgraciada Conferencia de Algeciras de 1912. Pero esto es harina de otro costal. Limitémonos por hoy a hablar de lo que hay, y no de lo que pudo haber o hubo.

Y lo que hay es esto que se ve en el plano. Un puñado de tierra a la vera del Atlántico, sembrada de sacrificios e inquietudes españolas. Reducido a términos de política económica y estratégica, algo que sólo en el porvenir podrá valorarse en sus términos justos; sin esperar a que—según afirma Scott Keltie—"cuando el mundo esté tan lleno de habitantes que todos los países hayan sido utilizados, el Sáhara quedará como último recurso". Ya mismo existe una riqueza de la máxima importancia, a la que el Gobierno español está prestando toda la atención que merece. Esta riqueza es la pesca. Puede asegurarse que el banco saháríco es uno de los primeros del Océano en valor ictiológico, particularmente en el trozo de costa que se extiende entre Cabo Blanco, punta extrema de nuestra colonia, y Cabo Bojador, a mitad de camino de Cabo Jubi y Villa Cisneros. Abundan los percebes, las almejas, el mero, el congrio, la corbina, el bogavante y la langosta. Esta, sobre todo, en cantidades de verdadero asombro. De un barco francés se dice que llegó a cargar, antes de la guerra pasada, hasta 40.000 ejemplares.

Por lo que se refiere al comercio, la realidad es que apenas sobrepasa las transacciones de orden interno, llevadas a efecto en los zocos o mercados que han nacido al calor de las guarniciones y destacamentos militares—si puede darse la denominación de guarniciones a los fortines donde los Grupos Nómadas—que son los encargados de la vigilancia en el territorio—viven una vida de austeridad que muchas órdenes religiosas querrían para sí.

FISONOMIA DEL SUELO

No necesito esforzarme en demostrar por qué. El clima y la miseria vegetal y animal del desierto son de tal índole que no consienten mayores lujos. En general dominan los arbustos y las plantas pobres y raquíticas, de escasa vida. "Hay muchas especies que aparecen con la lluvia y desaparecen con ella." Sin embargo, a todas las une un lazo común, que es el mismo que hermana a los hombres: "la lucha contra la sequía pertinaz del Sáhara".

El terreno no siempre es bajo, llano y arenoso—con arena hasta el tobillo—, como se supone. Ni siquiera, salvo grandes manchones, es así. Lo corriente son las colinas chatas y oscuras, los pedregales, los sistemas montañosos y las depresiones bajas, incluso más que el nivel del mar.

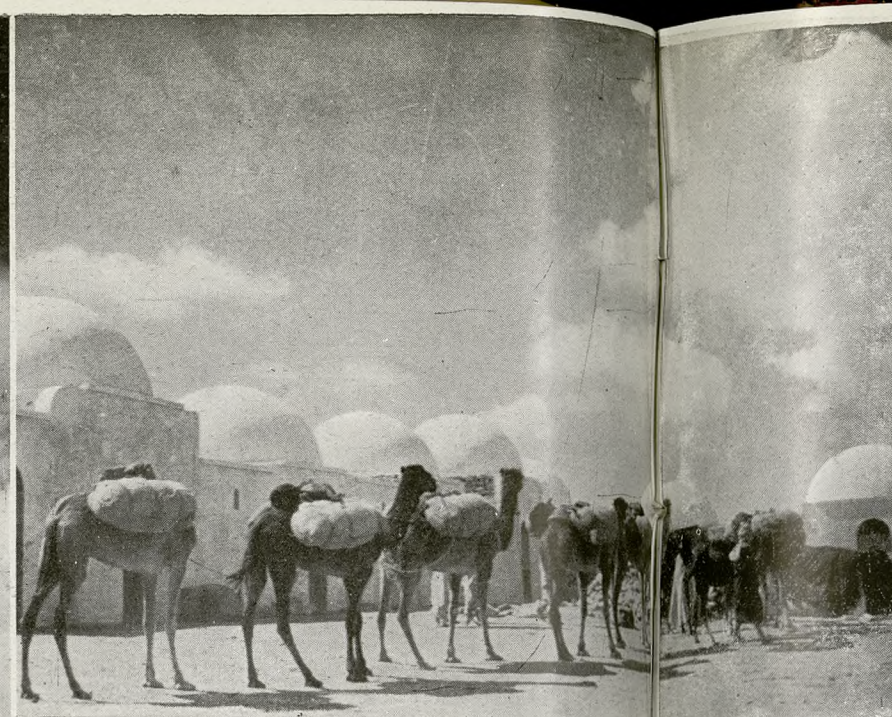
Los ríos suelen ser fósiles, de caudal no constante, ofreciendo más bien el aspecto de ramblas arenosas. Ejemplo típico el de la Seguía el Hamra, que da el nombre a la zona de libre ocupación arriba mencionada. Otros, por el contrario, son de cauce corto y régimen de aluvión. No ofrecen, desde el punto de vista de su utilidad, el menor interés en una tierra donde cada accidente y circunstancia es aprovechada hasta límites extremos por los indígenas en su lucha contra la inhospitalidad del medio.

En este sentido, los animales se adaptan mejor que las plantas a las duras condiciones de vida que el desierto impone; sin duda por la facilidad de desplazamiento, que les permite una mayor movilidad y autonomía, y por los órganos especiales de que la naturaleza les ha dotado en previsión de la falta de agua y de la escasez de pastos. Así, el antílope cuenta con una bolsa en su vientre y el camello con su joroba, de los que respectivamente se alimentan en los días de hambre forzosa. En relación con su altura y tamaño, por lo general, todos los animales del desierto poseen buenas defensas contra el enemigo número uno: la sed, y sus miembros son ágiles, largos y vigorosos, aptos para recorrer grandes distancias. Entre ellos merecen destacarse la hiena; el jabalí (*hal-luf* de los moros, poco abundante ya); el guepardo, más pequeño que el leopardo normal, pero de su misma familia; el avestruz; el arui, especie de cabra salvaje; el antílope; la gacela, de color café con leche oscuro, muy generalizada; el zorro; el conejo; la perdiz; la cabra y la oveja, ambas de escasa altura en comparación con las de la Península, y el camello. Los tres merecen capítulo aparte.





Oficial español al frente de un destacamento de Grupos Nómadas, durante uno de sus recorridos o "nomadeos", atravesando la cadena de dunas más extensa del Sáhara español.



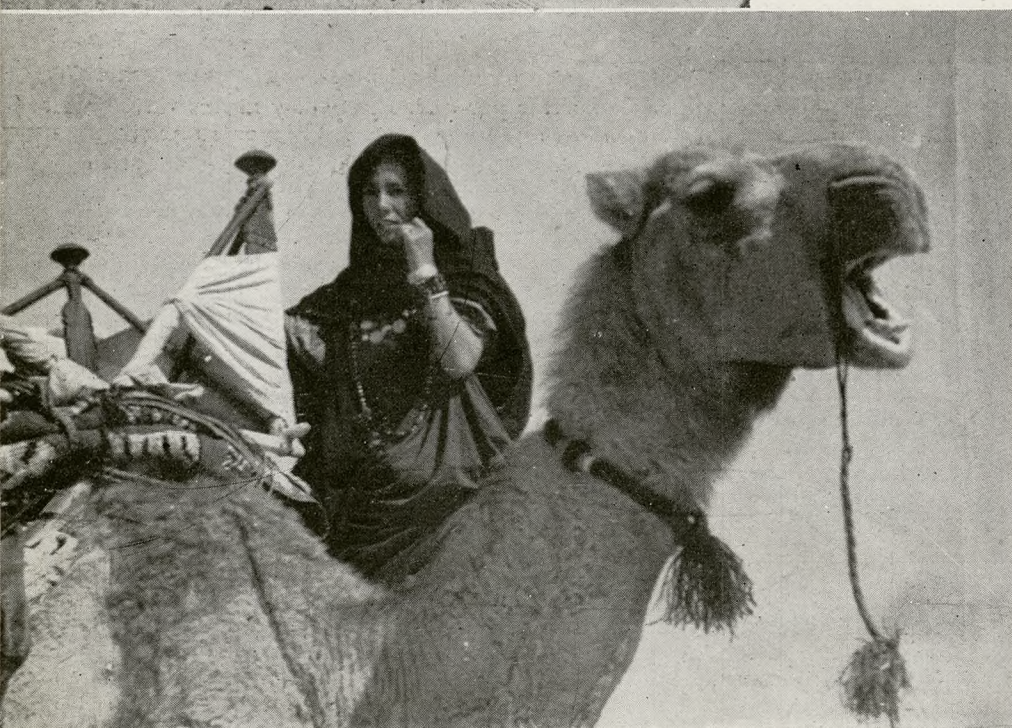
Caravana de camellos de carga, en el zoco o mercado del "Aaiun". Al fondo, obsérvense las cúpulas semiesféricas características de la capital del Sáhara español.



Caravana de saharauis movilizada en busca de pastos para sus camellos. Como podrá verse en la fotografía, no falta el "queb" (perro pequeño y casi siempre famélico, que habitualmente, a falta de otra cosa, se alimenta de huesos, ratas, etc.).



Rebaño de camellos esperando turno para beber en uno de los pozos del desierto. La operación dura muchas horas, porque el agua se saca cubo a cubo, y cada uno de estos camellos está dispuesto a beberse hasta veinte.



Camello "barracado", en disposición de que la mujer indígena suba a la "rahala" o montura colocada sobre su joroba, antes de emprender uno de los desplazamientos a que la dura vida del desierto obliga.

EL CAMELLO

Es fácil verlos pastar y moverse juntos en un solo rebaño, que recibe entonces el nombre de "legunem" (cabras, ovejas y camellos). Sus pieles y lonas son el principal producto de exportación del territorio y sirven para tejer con ellas la "jaima" o tienda típica del desierto, la vivienda portátil del nómada, de que hablaremos más adelante.

La oveja suele ser blanca con manchas negras y de lana poco abundante. La cabra, color carbón. El camello, blanco, café con leche, gris, amarillo, leonado... según la raza, el país e incluso la estación del año. En realidad, por lo que se refiere al Sáhara español, no debe llamarse camello, sino dromedario, puesto que sólo tiene una joroba. No obstante, por seguir la costumbre y dadas sus muchas virtudes, le continuaremos llamando camello. El es el gran aliado natural del nómada, la joya que si se pierde lleva la ruina consigo, el *barco del desierto*, como se le ha calificado también con propiedad. El perro fiel tras la sombra del hombre. Un proverbio saharauí, de entre los muchos que le cantan, resume muy bien esta estrecha alianza entre la bestia y su señor. Dice: "Los camellos no engordan sino cuando caminan sobre las huellas de su amo." Los naturales del país le cuidan como a las niñas de sus ojos, y, en su estima, acaso sólo la mujer pueda equipararsele. "Entre todas las cosas que Dios ha dado al hombre, dos son las más hermosas: el rostro risueño de una joven virgen y un hermoso camello", reza otra sentencia indígena. Sin exageración, el camello en el desierto lo es todo: pies, manos, mula de carga, brújula y, por último, despensa. La leche de la hembra sirve como bebida a toda una familia; de su piel se hacen sandalias, y el pelo, como dijimos anteriormente, es utilizado para tejer las lonas de las tiendas; la carne, bien recién matada, bien puesta a secar, constituye a su vez uno de los más succulentos platos para los nativos. Hasta tal punto están vinculados el camello y el hombre, que sin aquél éste se movería como un ciego y un cojo de las dos piernas en medio de la Puerta del Sol. Una leyenda oída relatar a D. Manuel Mulero da clara idea de hasta dónde es cierto lo que digo. "Un *Erguibi* que encontrábase enfermo de gravedad, llamó al médico (tebib) para que le asistiese, y al preguntarle cuál sería el premio de sus servicios, el médico contestó que lo estimaba en un camello. El enfermo, que no poseía más que uno, respondió que prefería que le dejase morir, puesto que, aunque sanase, su vida dejaría de tener interés, ya que le privaba de la contemplación del animal."

"Un *Jagut*, propietario de rebaños a cuyo cuidado había dedicado toda su existencia, cayó igualmente enfermo de gravedad, y en las postrimerías de su vida fué rodeado de todos sus hijos, que le instaron a rezar y a que les diera los encargos que considerara oportunos. Permaneció el moribundo callado un buen rato, hasta que a nuevas instancias contestó que lo único que deseaba era que trajesen a su presencia a sus mejores camellos, y una vez conseguido expiró, repitiendo la palabra Azuzal... Azuzal."

Lo único que el camello no soporta es que se le confunda con un caballo, cosa que los europeos hacen con excesiva frecuencia. Entonces, el animal gruñe, muerde y se defiende como puede, dando muestras de desgana y rabia. Los saharauis suelen decir, por esta razón, que "pierde grasa a la sola vista de un cristiano". En realidad, se le pasa pronto, aunque siga echando por la boca el malísimo olor que le caracteriza, así como su mal humor tradicional. Sobre esto en particular, y en general sobre el camello, lo mejor que yo he oído se lo oí, en Cabo Juby, al comandante Alonso. "La psicología del camello—me dijo—es muy parecida a la del español: reclama por todo, pero lo hace todo, y bien: Se le carga, gruñe; se le descarga, gruñe; se le "barraca" (se le arrodilla), gruñe; se le pone en pie, gruñe... Pero, una vez montado, sale andando y no para, si es necesario, hasta caer rendido. Hasta que un día se acuesta y ya no hay quien le levante. Es que ha muerto."

AGUA Y VIENTO

Los otros dos elementos naturales que el saharauí ha de tener presentes cada día son el viento y el agua. Al primero, cuando es cálido y sopla del sudeste, "Irifi", como enemigo. Al segundo, al agua, como indispensable. Con el camello,

ella es el aliado que no puede perderse de vista un segundo: un segundo que en el desierto equivale a una semana, por ejemplo: el tiempo que dura lleno un "guirbe" (recipiente construido con piel de cabra, donde los nómadas transportan el agua durante los desplazamientos en busca de pastos para sus ganados o huyendo de las inclemencias del clima).

Gracias a su facultad para orientarse, el hombre del desierto sabe con la suficiente anterioridad y precisión dónde y a qué distancia va a encontrar un pozo, si previamente el "Irifi" no le ha cegado o le ha hecho evaporarse. Hasta tal punto es de temer este viento. En las ocasiones en que sopla a toda vela, llega a hacer desear la muerte. Seca la garganta, arrastra la arena con una violencia que da miedo, evita la visibilidad y deshidrata. Por evaporación, llega a perderse la mitad del agua contenida en un "guirbe". Esta cifra, que cuatro hombres se bebieron en un día, es suficientemente revladora: sesenta litros. Bajo el "Irifi", el desierto se convierte en una nube de fuego y desolación. El propio camello se niega a andar, se echa, mete las patas en la arena y así espera. No hay más defensa contra el viento que aguardar a que pase.

Cierto día, una familia de nómadas se encontró, por sorpresa, en medio de un "Irifi" apacentando su rebaño. El pozo de agua al que se dirigían estaba cegado. No había otra solución que buscar algo de beber donde fuera, o morir. Cuando ya la situación se hizo insostenible, fueron matando sus cabras una por una y bebiéndoles la sangre, hasta que se acabó la última. Aquello les salvó de perecer, pero no de la miseria. En sesenta horas escasas el "Irifi" los había dejado en la ruina y desnudos.

Naturalmente, esto no sucede cada poco. Ni tampoco los pozos se encuentran siempre cegados. Los hay de diez, doce, quince y hasta sesenta metros, como el Bir Enzaran, construido a conciencia, que data de la época preislámica; pero lo común es que sean superficiales (*aaglas*) y broten por generación espontánea en el lecho de los ríos; es decir, sin más esfuerzo que el de escarbar la tierra húmeda. De una u otra forma, ellos condicionan durante los nomadeos las etapas de recorrido e incluso las costumbres de los naturales del país. Alrededor de su eje giran los hombres, los animales y el desierto entero. Gira la vida, salobre pero apetecible, como su agua.

LOS HOMBRES AZULES

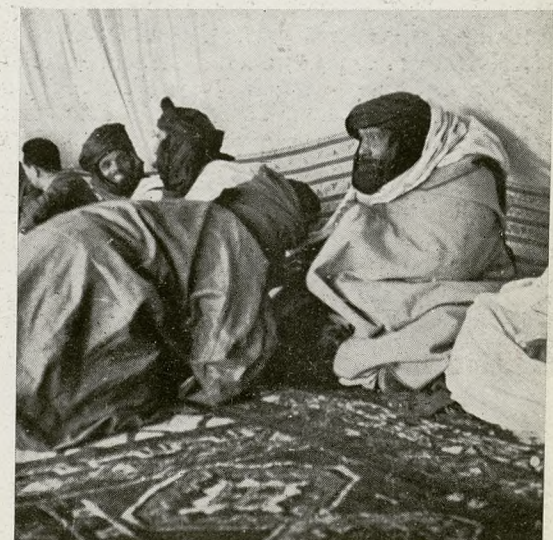
Se llama así a los habitantes del Sáhara español, por ser ese el color predominante de sus túnicas o "chilabas". Color que en este desierto, donde el asco brilla por su ausencia, ha llegado a ser también el de la piel de los naturales, por efecto del sudor y de no utilizar el agua más que como bebida. Ya hemos dicho que su casa es la tienda, y su existencia, de una extrema austeridad. Los objetos de uso común se caracterizan por su rusticidad y simpleza: "una alfombra, algunos cojines, sacos de cuero, cofre de madera—que sirve de armario—, cacharros para el agua, la leche y la manteca, el mortero, la tetera, el martillo del azúcar, marmitas, al-

guna vasija y, entre los utensilios femeninos, un pequeño saquito de tapadera cónica, donde guardan las alhajas" y potingues con que aderezarse la cara y los tobillos. A la hora de cargar el camello y partir, todo debe ser liviano y exigir el menor esfuerzo posible.

Son muy dados a fiestas y bailes, y escasamente bélicos. Viven en tribus, a veces por familias, y obedecen la autoridad del jefe, generalmente de origen



Avestruces de la granja del "Aaiun". Su voracidad es tal, que uno de ellos llegó a comerse la trenza de un "goyete" (chiquillo saharauí), amén de botones, colillas, trozos de cristal, huesos de aceituna, etc. Sus plumas desaparecen poco a poco, porque no hay soldado que escriba a la familia y no les arranque una como recuerdo...



El "Sultán Azul" —recientemente venido a España—recibiendo las manifestaciones de afecto de los nativos de Sidi Ifni, donde en la actualidad vive. El "Sultán Azul", gran amigo de los españoles, es nieto del famoso Che Ma el Ainin, fundador de *Semara*, la Ciudad Santa del desierto, arrasada por los franceses en 1913, durante sus "racias" de castigo.

religioso. En este aspecto, los saharauis pueden llamarse de tú con los moros de Marruecos y con el resto de los pueblos árabes: su islamismo tiene hondas raíces. Se remonta al año 660 de Jesucristo, "aunque en realidad no tuvo carácter fijo hasta el año 1038 (430 de la hégira)", y después, cuando el Chej Ma el Ainin, abuelo del Sultán Azul de Sidi Ifni, que en fecha todavía reciente visitó España, se alzó con el cetro religioso en esta parte del desierto y más al norte. Tenía un gran carácter y una voluntad vigorosa, y muy pronto su prestigio rebasó las fronteras, llegando a oídos de los sultanes de Fez, quienes le consideraron, a partir de entonces, aliado indispensable en sus luchas territoriales y políticas con los franceses. Su nombre de cuna fué en realidad Sidi Mustafá; pero su madre le puso Ma el Ainin, que quiere decir "agua de los ojos", por ser el único varón de sus 32 hijos. Según otros, el nombre se debe a defecto ocular congénito, que le hacía lagrimear continuamente.

Adquirió fama de asceta y construyó, gracias a su energía, sabiduría y bondad y a la ascendencia que tenía entre los saharauis, la ciudad de Esmara (*junco*), llamada también Ciudad Santa y Ciudad Negra, por el color de la piedra que se empleó en su edificación, traída desde Mogador a Cabo Juby en barco, y transportada con carretas y caravanas desde aquí al cauce del Uad Uein Seluan (Río del Impasible), lugar destinado a su emplazamiento. Como represión por su alianza con los Sultanes, los franceses la destruyeron, aunque ya Ma el Ainin no vivía, en 1913, permaneciendo abandonada y muerta hasta el año 1934, fecha de su ocupación por España.

Aparte las causas que han dado a su piel esa pigmentación azul—un color, después de todo, poético—, el saharauí es un gran tipo humano, amigo de sus amigos, de una singular perspicacia, capaz de orientarse, como los gatos en la noche, en medio de la página en blanco del desierto, de su monotonía y agobiante falta de puntos de referencia. Donde nosotros no percibimos nada, él oye crecer el agua y ve mudas huellas. Posee, como pocos, la llave del secreto: el instinto de conservación. Y no necesita más que un camello para subsistir. Luego, vendadle los ojos, engañadle, abandonadle en un paraje donde nunca haya pisado ser vivo... Dejados solos. El hombre delante, el camello detrás, unidos por el débil hilo de la rienda o "hesama", saltando de pozo en pozo, llegarán a donde se lo propongan. Sin prisa ninguna, ¿para qué allí?, pero llegarán. Les guía la conciencia de su insignificancia. Lleguen a donde lleguen, es muy difícil que nadie les esté esperando. Quiero decir que les guía la conciencia de Dios.

Y esto devuelve este reportaje al punto de partida, hace a este reportaje morderse la cola. Pero la verdad no tiene más que un camino. No es un azar que España haga en el orden exterior una política proarabista, ni que las peripecias del mundo cultural y moral árabe le afecten en una medida que sólo los lerdos pueden desconocer. En última instancia, contra lo que piensen los pueblos anglosajones, por otros conceptos tan respetables, una política es un gobierno de almas, y hay almas a las que se gobierna mejor con el pan de Cristo que con el pan de trigo, con su sangre que con el vino imparcial, insalubre e insípido de la democracia. Tal, el alma de los españoles. Tal, la de los solitarios pobladores del desierto. ¿Por qué? Porque, inconsciente o conscientemente, un mismo imán guía sus pasos por la tierra y porque en los oídos les suena una misma música celestial. La trayectoria última de su vida cae fuera de la parábola normal de caída de los cuerpos pesados. Obedecen una ley de gravedad que les tira, en vez de los pies, hacia abajo, del corazón, hacia las estrellas.

¿Tengo razón? ¿Voy descaminado? Al menos yo intento explicar con este argumento un hecho de observación que sin él no la tiene, comprobado personalmente por mí en Agadir, Marraquech, Fez, Mogador..., durante un mes de viaje por la costa occidental y norte de la costa de Africa: cómo los extranjeros se encuentran en ella como gallina en corral ajeno y cómo los españoles no. Una sola frase—y ahí están mis compañeros de Prensa y de viaje que no me dejarán mentir—, una vulgar y sencillísima frase nos sirvió a lo largo de todo el trayecto de "slogan" de propaganda. Esta frase,

Tiendas de campaña en uno de los destacamentos españoles de la colonia de Río de Oro.



Soldado saharauí, perteneciente a los Grupos Nómadas, visto por el pintor Tauler, durante una reciente visita a aquellos territorios, comisionado por la Dirección General de Marruecos y Colonias.

traducida al lenguaje común y pronunciada al tiempo de juntar los dedos índices de ambas manos, era: "Árabes y españoles, iguales"; es decir, identificados, unidos. Yo lo aprendí en mis tiempos de oficial de Regulares de Ceuta, y desde entonces no he encontrado otra que resuma mejor el testamento de Isabel la Católica, la política a seguir en Africa por España. Indefectiblemente, los indígenas contestan: "Aíua". Es decir, de acuerdo, muy bien. O en otros términos: "A ver cuándo nos dejan en paz y solos".

Pero no quiero concluir estos que podría titular "Apuntes para la historia de dentro de diez años", sin añadir unos renglones sobre el aire enternecedor de españolización que se respira en Sidi Ifni y nuestros

GRUPOS NOMADAS

Su creación data de fecha reciente, y responde, como es natural, a las exigencias del servicio. Vigilancia de fronteras, información sobre ganado, campos de pastos, pozos, estadísticas, control de nómadas, persecución de delincuentes... Labor de policía, en resumen, que cumplen recorriendo el territorio en todos los sentidos a joroba de camello, y que recibe el nombre de *nomadeo*. Requiere un perfecto conocimiento del animal que se monta, vocación, espíritu de sacrificio y una gran capacidad de resolución por parte del jefe del Grupo, quien se verá obligado, en numerosas ocasiones, a actuar de maestro, juez, arquitecto, etc., y siempre de modelo y guía. Hablando de esta afanosa labor sorda del oficial colonial, decía Lyautey, el mariscal francés a quien debe su país el tesoro de Marruecos: "No hay uno solo entre los tenientillos, jefes de destacamento o de reconocimiento, que no desarrolle seis veces más iniciativa, más esfuerzo, más voluntad, más personalidad, que un oficial en Francia durante toda su carrera."

Salir a *nomadeo* es echar una moneda al aire: puede salir cara o puede salir cruz. Lo que no falla es la incomodidad. El cansino paso del camello, la fatiga, la sed, la sobriedad del equipo personal, en el que hay que tener siempre a punto la tienda de campaña. Consta de dos paños... El primero, tejido con pelo de camello y cabra, como recordará el lector, se coloca arriba y recibe el nombre de "jaima". El segundo, debajo, y recibe el nombre de "venia". La razón de esta superposición es crear entre ambas lonas una cámara de aire quea minore la humedad de la noche y el calor del día. El resto del equipo debe bastar a proveer



Diversos tipos de soldados de Grupos Nómadas, pertenecientes al de la *Segui el Hamra*, cuya cabecera o Plana Mayor radica en Semara. Como puede verse en este mismo reportaje, sus virtudes humanas son extraordinarias, y su sentido de la observación y la orientación difícilmente superables en el desierto. A ellos corresponde la labor de policía, vigilancia, información sobre campos de pastos, estadísticas, etc.

las exigencias mínimas de la vida del soldado durante la marca, y es, por lo que afecta al dromedario, el siguiente: la "rahala", montura que se coloca sobre la joroba, sujetándola por la cincha, etc.; la "hesama", cuerda que pende, prendida por una anilla, de la nariz del camello y sirve de rienda; el "dabbus", o palo, especie de fusta con la que, dándole pequeños golpes en el cuello, se guía al animal y, finalmente, colocado detrás de la "rahala", el "guirbe", la piel de cabra, odre para agua, con el cual debe saciarse la sed entre pozo y pozo, distante, por lo común, uno de otro, cincuenta, sesenta y hasta cien kilómetros. En cierta ocasión, una de las partidas del Servicio Geográfico y Cartográfico del Ejército, a cuyo cargo corre el levantamiento del plano de nuestro Sáhara, llegó a efectuar un recorrido de 340 kilómetros y diecisiete días sin encontrar un solo pozo aprovechable.

Los Grupos se dividen en Secciones, destacadas sobre los puntos estratégicos —Tantán, La Güera, Cabo Juby—, y la cabecera o Plana Mayor la tienen en El Aiun, capital a su vez del desierto español. Surgido en época aún próxima, en uno de los remansos de la Segui el Hamra, El Aiun es un pintoresco poblado, con ribetes de ciudad moderna. Su originalidad consiste en el estilo de los edificios, cuyas cúpulas semiesféricas y blanquísimas recuerdan las del Oriente Medio. Semeja, visto desde el aire, una cesta de huevos puesta al sol.

SIDI IFNI

Es la más pequeña de las cuatro zonas señaladas en el gráfico, un diminuto rectángulo contra la costa, y la única de ellas de soberanía nacional. En Ifni—el Ait Ba Amrán de los indígenas—, durante este viaje, nosotros hemos llegado a la conclusión de que todo es infantil, chico, porque no puede ser de otro modo: los límites, los animales, las huertas..., pero, por lo mismo, emotivo y mimoso. En Tagragra, puesto militar del interior, yo he visto pasar revista casi nominal a los alhelíes, las rosas, las dalias, las margaritas, los gladiolos, los pensamientos y los claveles, y esto no se olvida tan fácilmente. Porque quien la pasaba no era una mujer, era un hombre hecho y derecho, modelo de africanistas, con tres estrellas en la bocamanga. Un capitán de esos que desataron la lengua a Lyautey. Era un español que habría oído decir seguramente a su Comandante, como yo se lo oí al mío en la guerra, que no se es Oficial de tropas marroquíes mientras no se está dispuesto a beber con los soldados veinte vasos de te y a fumar en común la pipa de kiff que pasa de boca en boca.

La soberanía de España allí se remonta a 1476, cuando Diego García de Herrera funda la factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña; pero su incorporación definitiva no se lleva a efecto hasta el día en que se realizó el desembarco del Coronel Capaz en 1934, el 6 de abril exactamente.

EXTENSION SUPERFICIAL DEL AFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA COMPARADA CON LA PENINSULA

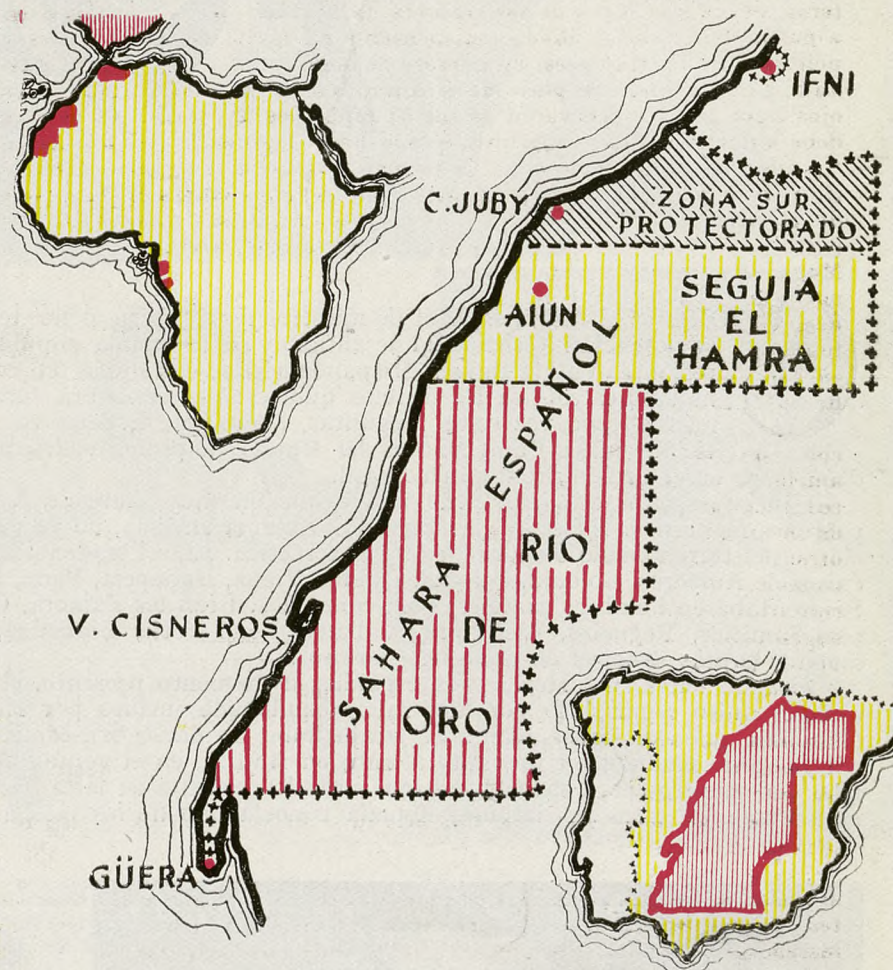


Gráfico comparativo del A. O. E. en relación con España. En él pueden apreciarse las diversas zonas mencionadas en el reportaje.



PANORAMA DEL FUTBOL ESPAÑOL

Por FIELPENA

COMO es el futbol español de nuestros días? ¿Sigue o no teniendo su potencia internacional de antaño y su fisonomía popularizada, resumida en "la furia"? Hispanoamérica, con quien el contacto ha sido escaso en los últimos quince años, se habrá formulado más de una vez estas preguntas, ahora que España va a participar en los Campeonatos del Mundo de profesionales que tendrán lugar en el verano próximo en Brasil.

El juego español está sufriendo una evolución muy marcada hacia los patrones modernos. Hasta 1947 subsistió el sistema antiguo, no ya de situación en el terreno, sino de concepción en la táctica. Era el tradicional de los éxitos de Amberes, Bolonia, Colonia, Dublín, Viena, Budapest, París, Lisboa. Se asentaba en hombres geniales, bien conocidos. Eran los Zamora, Quincoces, Samitier, Regueiro, Alcántara, Vallana, René Petit, Gorostiza, Sesú-maga y tantas decenas de nombres gloriosos.

Mirando hacia su historia y de espaldas al momento presente, el futbol español quiso seguir solo por una ruta abandonada incluso por Italia, el otro país defensor de lo añejo. El viraje hubo de darse bruscamente. La derrota ante Irlanda por un tanto a cero, en Madrid, en el verano de 1946, hizo ver que algo marchaba mal y que no todo consistía en falta de valores individuales. Seis meses después, España conocía uno de los más amargos

fracasos, al perder su imbatibilidad en tierras portuguesas nada menos que por cuatro tantos a uno. La vieja supremacía ibérica parecía esfumada.

La inolvidable visita del entonces campeón argentino San Lorenzo de Almagro completó la serie de factores que llevaron al cambio. Los maestros argentinos enseñaron cómo puede ser fácil lo difícil y cómo es posible vencer sin galopar continuamente. La afición española de Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla y La Coruña se rindió a su juego en su racha de triunfos, únicamente frenados por la derrota ante el Real Madrid. De improviso, los técnicos españoles comprendían deslumbrados que el futbol español se había quedado antiguo e ineficaz, y que no podía imponerse a conjuntos en otra época vencidos.

Así llegó la transformación. Hoy, el sistema español es el de la W M, con la variante del juego de pares. Con él, en reacción pasmosa, ha logrado maravillar a los que le señalaban, como mínimo, un lustro de adaptación. De Lisboa arrancó el empate y en Dublín y París logró este año rotundas victorias por 4-1 y 5-1. Y no se olvide que Inglaterra, tan sólo tres semanas antes, sólo había vencido en el mismo Estadio olímpico de Colombes por 3-1. Para remate, España ha conseguido en el pasado julio, por medio del actual campeón de Liga, el veterano Barcelona, la I Copa Latina, disputada con los campeones de Italia, Francia y Portugal.

Es así claramente otra la fisonomía del futbol nacional, con acusada mejora del conjunto. La calidad individual, sin embargo, es algo menor, pero compensada con creces con la abundancia. Los "magos" de otros tiempos siguen siendo insustituibles, y a la hora de formar la Selección española cualquier jugador encuentra otro que le dispute el sitio con idénticas posibilidades. Pero antes eran cuatro o cinco hombres de clase y el resto más bien mediocre. Y más aún: existían cuatro equipos muy buenos y los demás vulgares. Ahora pueden ser formados dos Selecciones muy semejantes, como se ha probado en el pasado marzo contra Portugal. Y no hay grandes diferencias entre los catorce clubs que integran en la actualidad la Primera División, saltando la llamada "sorpresa" casi todos los domingos al ser frenado el "histórico" por el novel.

Cara a los campeonatos mundiales, España siente la ilusión de rehabilitar en Río de Janeiro su pasado prestigio. En 1934 pudo ser el campeón si el sorteo no la hubiera enfrentado con Italia, y si los colegiados que dirigieron en Florencia los dos partidos de cuartos de final hubieran sentido menos la aplastante presión del ambiente. Ahora, en un certamen donde estarán los grandes maestros de Argentina, Uruguay y Brasil y los de Inglaterra e Italia, la Selección española siente la emulación avivada y confía en no defraudar a quienes mucho aguardan todavía de ella.

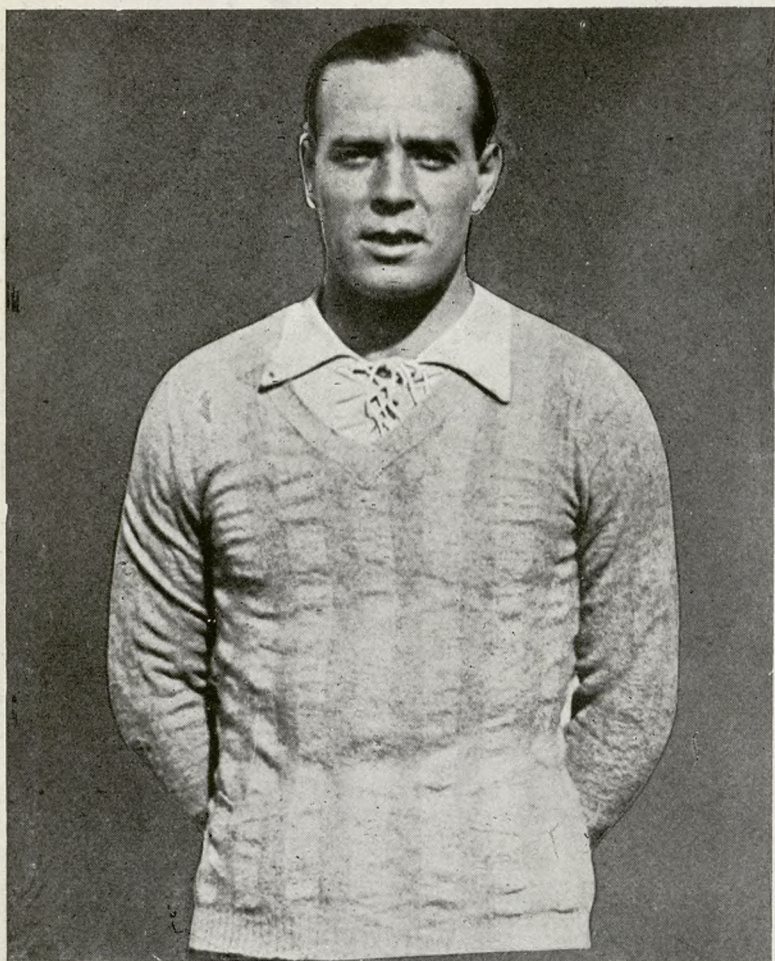
CREACION DE LA ESCUELA DE PREPARADORES

La calidad técnica en el futbol es obra siempre de dos factores, el jugador y el preparador. En España se había descuidado con exceso el último. Ahora se ha reconocido su influencia. Se ha constituido la Escuela Nacional de Preparadores, con clases y cursillos, que expide los títulos para ser entrenadores de clubs. Para los antiguos se declaró obligatoria la asistencia a un cursillo extraordinario, celebrado en el pasado julio en Burgos, sin que los que no asistiesen, perteneciendo a clubs de Primera y Segunda División, pudiesen entrenar en ellos en la temporada que ha comenzado.

Establecido el contacto, se tiende a un único sistema de juego, aunque con variantes inevitables, según las características de las zonas norteña, catalana, meridional o central. Ello facilitará la labor del seleccionador Guillermo Eizaguirre, el antiguo guardameta internacional del Sevilla, al que asesora un Comité técnico, formado por tres figuras de calidad, Gutiérrez Alzaga (Vizcaya), Lasplazas (Cataluña) y Teus (Castilla).

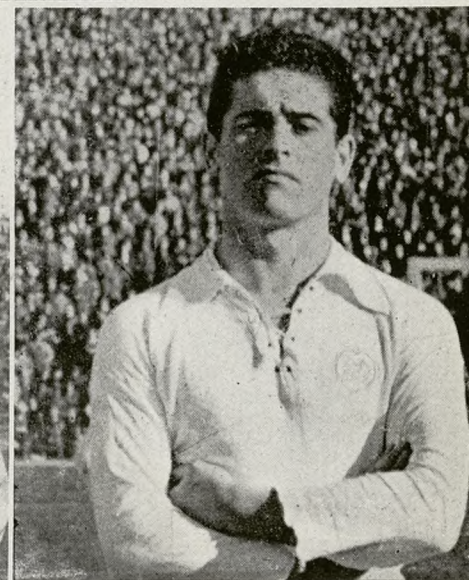
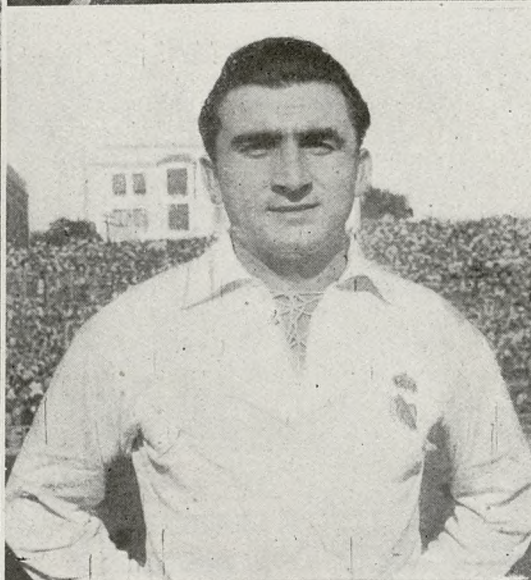
Igualmente se ha celebrado un cursillo de unificación de criterio de los árbitros de categoría nacional, que habrá de contribuir también a la mejora.

Ofrecemos en esta página los rostros de los viejos campeones del futbol español que, universalmente conocidos, ganaron para España los trofeos de numerosos encuentros internacionales. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Zamora, Samitier, Quincoces, Alcántara, Gorostiza y Regueiro.





De arriba abajo: 1.^a La Selección española que venció ampliamente, en Du'lin y en París, durante la pasada temporada, a las Selecciones de Irlanda y de Francia. 2.^a El F. C. Barcelona, campeón de Liga, que derrotó en el Estadio de Chamartín al Sporting de Lisboa, en la final para la I Copa Latina, en la que intervinieron los campeones de Francia, Italia y Portugal, conquistando con ello el preciado trofeo. 3.^a El Valencia C. F., campeón de España y galardonado, por tanto, con la Copa del Generalísimo. 4.^a El equipo del Atlético de Bilbao, el Club con más títulos nacionales obtenidos, finalista de la Copa de S. E.



He aquí cuatro rostros bien conocidos del fútbol español. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Ignacio Eizaguirre, el único "indiscutible". Pahiño y Muñoz, los internacionales que costaron al Madrid 2.200.000 pesetas, y Alsúa II, el traspaso más caro de la pasada temporada.

PAHIÑO Y MUÑOZ, LOS JUGADORES MAS CAROS.

El jugador en España está bien retribuido, en general. Aunque hace cuatro años se fijaron unas tarifas máximas de sueldos, el aumento del coste de la vida ha llevado a dejarlas, de hecho, sin efecto. Hoy el promedio de remuneraciones en Primera División es de 2.500 pesetas mensuales, pero a ellas hay que sumar las primas por partidos ganados, o empatados fuera (alrededor de 200 por cada uno); las primas extraordinarias en partidos que se juzgan decisivos—y que llegan, a veces, a las tres mil por jugador—y las cantidades que como premios se entregan si se alcanza el primero o segundo puesto de la Liga o Copa, y que suelen ser de cinco a ocho mil pesetas por jugador.

El jugador que tiene mayor sueldo actualmente en España es el marroquí de color Ben Barek, internacional en el equipo de Francia, y que figura en el Atlético de Madrid desde 1948. Percibe 3.500 pesetas, aparte primas.

El precio de las transferencias sigue tendiendo al alza. Hasta el momento la cifra "record" de traspasos continúa en poder del Real Madrid, que abonó al Celta de Vigo en la pasada temporada por los jugadores internacionales Pahiño (delantero centro) y Muñoz (medio volante), 2.200.000 pesetas por una duración de cinco años. El Club recibió 1.100.000 pesetas y cada jugador 550.000 pesetas. Son los dos hombres más caros, y puede presumirse que se valoraron igual en el lote. Han supuesto, pues, 1.100.000 pesetas cada uno. Sin embargo, es de esperar que pronto sea rebasada esta plusmarca.

El otro traspaso más sensacional fué el de los internacionales franceses Domingo (guardameta) y Ben Barek (interior) al Atlético de Madrid. Pero en éste no ha sido posible conocer el real costo porque se pagó, en gran parte, al Stade Français, de París, por medio de visitas del Atlético. Aunque sólo como dato, podemos suponer que entre los dos se llegaría a algo más del millón de pesetas.

En la presente temporada sólo se ha hecho una transferencia cara, la de Alsúa II, de la Real Sociedad de San Sebastián, al Real Santander, en 800.000 pesetas, por cinco años. Como consecuencia de estos fuertes desembolsos, los clubs prefieren seguir el sistema de obtener jugadores modestos y "hacerlos" en sus propios talleres.

UN GRAN PASO SOCIAL: LA MUTUALIDAD

Si el Movimiento Nacional puede enorgullecerse de haber hecho de España el país más avanzado en protección social, las autoridades

El seleccionador nacional, Guillermo Eizaguirre, que formó el equipo con que España obtuvo brillantes victorias en los últimos partidos internacionales en Dublín y París.





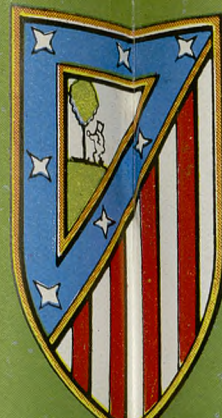
R. MADRID C. F.



C. D. MALAGA



R. C. D. VALLADOLID



ATLETICO DE MADRID



R. SOCIEDAD S. S.



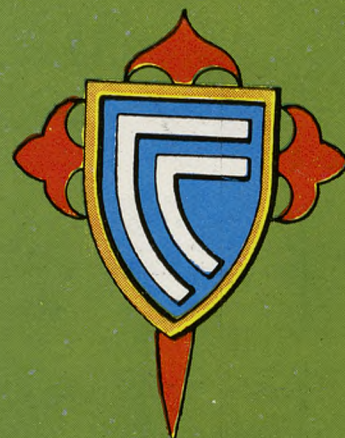
VALENCIA C. F.



R. C. D. LA CORUÑA



ATLETICO DE BILBAO



C. CELTA DE VIGO



R. C. D. ESPAÑOL



SEVILLA C. F.



R. OVIEDO C. F.



F. C. BARCELONA



C. G. TARRAGONA

deportivas no podían permanecer en su esfera al margen de esta trayectoria. Dos grandes reformas se han realizado, de claras repercusiones sociales: una en lo jurídico y otra en lo económico-social.

Abuso de la pasada legislación era el llamado derecho de retención, que dejaba a un jugador al firmar una licencia, si no se pactaba lo contrario, sometido de por siempre a un club y sin poder rescindir sus servicios contra la voluntad de éste. Ello originaba frecuentes casos de rebeldía, disponiendo el Reglamento—solución antijurídica—que si en tal situación permanecía dos años sin jugar, quedaba en libertad absoluta. La cláusula de retención figuraba en los contratos oficiales, y para que no rigiese había de excluirse expresamente.

Hoy el jugador sólo estará ligado por el tiempo que libremente contrató, y en caso de no especificarse ninguno, la duración tendrá un máximo de cinco años, que todavía es menor en categorías inferiores. Igualmente, aunque no se pacte, tendrá derecho a un partido de beneficio cuando lleve ocho temporadas en un club.

Pero la reforma más importante ha sido la creación de la Mutualidad de Futbolistas Españoles, que no solamente abarca de modo obligatorio a todos, sino también a los árbitros, preparadores y empleados administrativos de los clubs. Ella da derecho a asistencia medicofarmacéutica mientras dure la curación; al apoyo económico durante ésta con una cantidad, en el caso de que el club no pueda prestarlo por ser jugadores aficionados, esto es, que no perciben sueldos, y a la indemnización correspondiente, si resultaron perjudicados para el futuro.

El cuadro de indemnizaciones por incapacidades, inspirado en la legislación de Accidentes del Trabajo, establece que se abonarán 5.000 pesetas por incapacidad temporal superior a seis meses; 15.000 por incapacidad permanente parcial; 30.000 por incapacidad permanente total, y 50.000 por incapacidad permanente absoluta. Si el jugador fallece como consecuencia de lesión o accidente, recibirán sus beneficiarios 30.000 pesetas, además de los gastos del sepelio.

Para recibir estas asistencias es preciso que la lesión se haya producido en partido oficial o amistoso, autorizado o con ocasión de desplazamientos para su celebración. A este efecto, se han contratado los servicios precisos en sanatorios y hospitales.

La Mutualidad se sostiene con las cuotas obligatorias de clubs y asociados, subvenciones de la Federación Española, importe total de las multas impuestas en encuentros de campeonato y donativos. Desde su funcionamiento en la pasada temporada se han entregado indemnizaciones por incapacidad permanente parcial en dos casos y atendido a numerosos de asistencia médica.

EL MEJOR ESTADIO DEL CONTINENTE

España posee el mejor estadio del Continente europeo, el construido en Chamartín por el Real Madrid en sólo dos años e inaugurado en diciembre de 1947. Ofrece la particularidad de tener uno de sus tres pisos bajo el nivel del suelo, con mayores garantías de solidez, facilidad de construcción y menor coste. Es capaz para 75.000 espectadores, pero está proyectado para 100.000 cuando se cierren totalmente los dos últimos pisos, hoy abiertos en el ala este.

La Coruña ha construido otro gran estadio, en 1945, junto al viejo de Riazor, capaz para 50.000 personas, también ampliable. Castellón hizo el estadio Castalia, orgullo de la ciudad, y Málaga, el de La Rosaleda. Se han realizado grandes ampliaciones en los del Metropolitano (Madrid), San Mamés (Bilbao), Las Corts (Barcelona), Mestalla (Valencia) y Nervión (Sevilla). Valencia tiene proyectado el Gran Mestalla, para 60.000 personas. Barcelona utiliza en los grandes acontecimientos el de Montjuich, de 65.000 localidades.

Puede citarse también la espléndida Ciudad Deportiva de Burgos, en la que figura un campo de futbol.

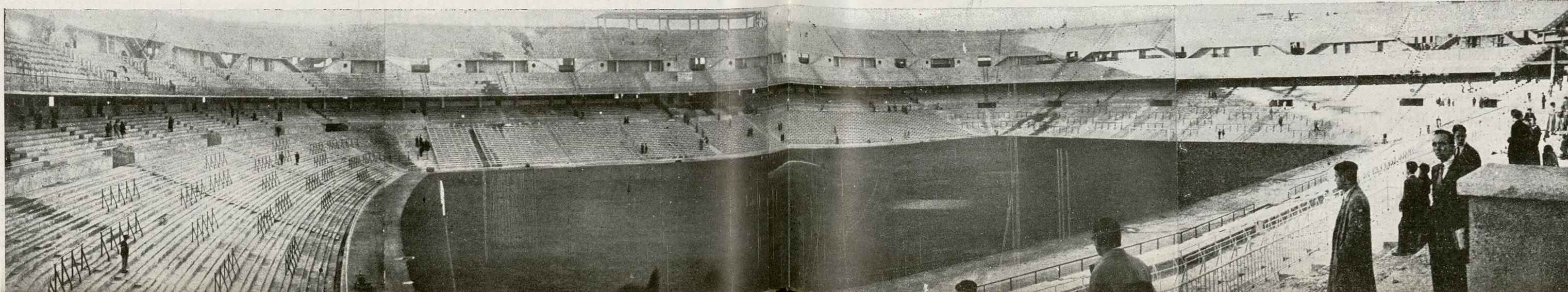
El número de aficionados ha rebasado todos los optimismos. Ha aumentado en un triple, por lo menos, desde 1936. El Madrid es el club con más socios: 50.000. Le siguen el Barcelona y el Atlético de Madrid, con 45.000 y 30.000, respectivamente. Son los tres clubs económicamente más fuertes.

Pese a los impuestos que absorben el 45 por 100 de las ganancias, el futbol tiene aún fuerza para auxiliar a deportes modestos, a través del cupón deportivo, que se abona englobado en las entradas de partidos, y que se entrega a la Delegación de Deportes (Comité Olímpico Español) para subvenciones.

CERCA DE DOS MIL CLUBS

Geográficamente, el futbol español está dividido en quince Federaciones Regionales, con un total de 1.957 clubs. La Federación Sur, que comprende las ocho provincias de Andalucía, es la que ha conseguido en los últimos tiempos situarse en cabeza, con 480. Le sigue la Catalana con 413. Las demás, pueden catalogarse en dos grupos. Uno, lo integran las que exceden la centena y que, salvo fases anormales, continúan un ritmo ascendente de inscripciones. Son la Astur-Montañesa, con las provincias asturiana y santanderina, más las de Burgos, Palencia, Zamora y León, con 177; la Castellana, que, además del reino de Castilla la Nueva, abarca a Valladolid, Segovia y Avila, con 153; la Gallega, de las provincias de este nombre, con 152; la Valenciana, con Valencia y Castellón, con 133, y la Tinerfeña, abarcando cuatro de las Islas Canarias, con 128. Las restantes Regionales comprenden otro grupo, ya de vida más difícil o decadente. Son la Vizcaína, integrada únicamente por esta provincia, con 82; la navarra, que sólo comprende esta provincia, con 81; la Balear, del archipiélago de este nombre, con 76; la Murciana, que abarca el antiguo reino de Murcia y la provincia de Alicante, con 67; la Guipuzcoana, que, además de esta zona, se extiende a Logroño y Alava, con 64; la Aragonesa, con el reino de Aragón y Soria, 61; la Hispano-Marroquí, para todo el sector del Marruecos español, con 54; y la de Las Palmas, que tiene jurisdicción sobre tres de las Islas Canarias, con 30.

El total de jugadores españoles se eleva a muy cerca de los 30.000, de los que sólo 3.500 son profesionales declarados. Los clubs adscritos a la Federación Española se dividen en dos categorías: nacional, que comprende los de Primera, Segunda y Tercera División de Liga (136), y regional, los restantes. En la actualidad parece virtualmente acordada la ampliación a 16 de los Clubs que compondrán la Primera División, en la próxima temporada, al igual que los dos grupos de que ya consta la Segunda.



Cubana



YOLI ROVIRA AIZCORBE



FRANCIS SARMIENTO DE RODRIGUEZ ILANO



SILVIA HERNANDEZ DE GARCIA RIVERO



SILVIA
ARMISEN

Por J. MITJANS

LA Habana tiene dos características, a las cuales hay que referirse cuando se quieren sintetizar sus peculiaridades definidoras. Así como la torre Eiffel y las modas femeninas simbolizan París, el Big Ben y la niebla son Londres, la estatua de la Libertad y el Empire State representan New York, el faro del Morro y una mujer hermosa personifican La Habana.

Y esto que escribo sobre las mujeres habaneras, amables lectores, y lo que pienso escribir a continuación, no son frases de clisé para entrevistas relámpago a viajeros prominentes; es la verdad llana y sincera, la única que cuadra ante el riesgo de ofender con exageraciones el finísimo sentido de la ironía de los cubanos.

Claro que no vamos a hablar de la farola del Morro. Para eso están las agencias de turismo... y los turistas. Me limitaré al tema de las mujeres de esta tierra, de la que dijo Cristóbal Colón que "es la más hermosa que ojos humanos vieran", con el aliciente postcolombino de que nuestra isla está adornada con una admirable proporción de mujeres hermosas.

A aquellos de mis lectores que hayan estado en Cuba les ruego que convengan a los incrédulos sobre los legítimos motivos de mi exaltación.

En mis andanzas de viajero constante he hecho alto en muchas latitudes y aprendí a captar la belleza bajo muy distintas formas y latitudes. Comprobé la elegancia y refinamiento de la mujer argentina; admiré el rítmico andar de las nativas de Port of Spain; las anchas risas de las mulatas de Cartagena de Indias; los ojos que atisban desde las rejas las calles soleadas de Santos; pero al llegar a Cuba, ¿cómo poder explicar a ustedes mis impresiones? ¿Desconcierto? El concepto es pobre para dar al menos una idea aproximada de mis sentimientos ante aquel derroche de belleza femenina. Pensé primero en una coincidencia: "Hoy debe de ser el día de las hermosas" —pensé—, cosa que inexplicablemente suele suceder en cualquier parte. Usted, lector, lo habrá experimentado. Uno se levanta una mañana cualquiera y desde que sale de su casa comienza a tropezarse con mujeres bonitas. También hay los días contrarios en que el encontrar una mujer bonita es sólo un nostálgico incidente



ESTHER COSTALES OTERO



CARMELINA ROSELL



MARISABEL SAEZ

aislado. Pero en La Habana, lo raro es encontrar una mujer joven que sea fea.

Mis amigos cubanos dicen que yo exagero. Sé que ellos lo dicen por un exceso de modestia mientras sonríen, como diciendo: "No hay que exagerar los propios méritos." Simpática cualidad de esta gente feliz a quien Dios le ha regalado veinticuatro horas de belleza cada día.

Belleza en su cielo incomparable, de sus campiñas edénicas, de sus nostálgicos cantos guajireros, y, sobre todo, en sus mujeres, hechas en armonía con el cielo, con las campiñas, con el Caribe, con toda la atmósfera cálida y sugestiva de este paraíso tropical, hecho por Dios en un momento en que se sintió más pródigo de sus dones, más divino.



¡Indios de Otavalo!
¡Paraíso quíchua!

El indio es buen mozo
y la "longa" linda.
El con trenza negra
y camisa limpia,
poncho colorado
y humilde sonrisa.
Ella, pudorosa,
bajando la vista,
luce sus collares,
rústicas sortijas,
cruz de Caravaca,
bordada camisa,
el "anaco" azul,
blanca mantellina...
y el "guagua" a la espalda,
que llora o dormita.

A la madrugada,
—la laguna fría,
nubes pegajosas,
garzas fugitivas—,
van a darse el baño
el indio y la india.
"¡Achachay!", ¡qué hielo,
en las aguas frías!
"¡Arrarray!", ¡qué fuego,
con friega de ortigas!

Todas las mujeres
hila que te hila:
el uso, la rueca
y las manos listas.
Todos los varones,
de noche y de día,
teje que te teje
en sus casas mismas.
—"Cashimires buenos.
Cumpre, patrunsita"—.
Mozos de Otavalo,
con su mercancía,
Ecuador abajo
y Colombia arriba.

INDIOS DE OTAVALO

Por

ERNESTO LA ORDEN



Sábado de feria.
Con la mañana
hierven las dos plazas
de color y vida.
Piñas y aguacates,
cerdos y gallinas,
"pondos" y tinajas,
aguardiente y "chicha",
caña y raspadura,
ponchos y cobijas...
Fotos en colores,
los "gringos" turistas.

Indios de Otavalo,
criaturas mínimas,
hermosas y dulces,
serias y festivas.
Día de "Finados",
se hace la comida
en el cementerio,
junto a la familia.
"Baile de convidos"
en Pascua Florida,
y para San Pedro
"Danza de Castilla",
con los "capitanes"
de barbas postizas.

Patrona del pueblo
—¡quién lo supondría!—
es la Virgen Negra
que en el Bruch habita.
Monserrat andino
con parroquias indias.
¡Milagros de España!
¡Gozos de María!

¡Indios de Otavalo!
¡Paraíso quíchua!
¡Que os bendigan Dios
y la "Morenita"!



Otavalo, el "paraíso quechua", paraíso agrícola y forestal, en la República del Ecuador, es una de las regiones de la América de hoy, en que la fusión de lo aborigen y lo español dió un fruto de verdadera Arcadia americana. Los indios de Otavalo, que no han perdido ninguna de sus pintorescas características originales, han adquirido de la civilización española las creencias patriarcales y el hábito de la limpieza. En pocas comarcas americanas se encontrará una población tan saturada de tipismo folklórico, de costumbres honestas y destreza en nobles oficios—artesánias de tejedoras y alfareros—como en este paraíso forestal de Otavalo, donde se celebran las fiestas del santoral cristiano con el mismo rigor que en los pueblos de Castilla. Una de las más típicas costumbres entre los indígenas de Otavalo es la de sus mercados. "Ecuador abajo" y "Colombia arriba", llegan a la capital del cantón los indios agricultores, los indios tejedores, los indios alfareros, con el fruto de sus esfuerzos manuales y de sus tradicionales artesanías, o bien con el fruto de sus huertos feraces. Llegan ellos con sus ponchos colorados, ellas con pamelas y mantellinas de colores vivos, y la feria adquiere una gracia ingenua y pintoresca por la variedad del colorido y por la gracia con que los vendedores ofrecen sus mercancías; en su mayor parte son frutos y legumbres del "paraíso quechua". Telas tejidas en telares indígenas con lanzaderas europeas. Pucheros contruidos sobre modelos indígenas pero pulimentados con ese viejo torno de alfarero que desde las tierras lejanas de la Vieja Castilla llegó hasta los Andes con el Evangelio y el Padrenuestro.



artística o vulgar, el repujado, la confección de abanicos o la talla de cristales finos. Y también se dan casos, bastante frecuentes por esas provincias de Dios, en que es todo un pueblo, como ocurre con las encajeras de Almagro o los botijeros de Andújar, el que se dedica a vivir de una especialidad artesana. Y lo mismo en el caso de las familias que en el de los pueblos, se diría que la experiencia de las generaciones es transmitida por herencia y acumulada como un tesoro de conocimientos imposibles de explicar en un tratado ni de concretar en una teoría. Es una sabiduría infusa que pudiéramos llamar innata, ya que no se aprende por medio de reglas fijas, sino que se recibe como

¿DE dónde le viene al artesano español esta destreza, esta maestría y primor, este profundo sentido de la belleza decorativa—arte menor, sin duda, pero arte—, en que con el perfecto dominio de las materias nobles consigue obras de una perfección que raya en lo maravilloso? Nos inclinamos por una herencia ancestral, una tradición de familia en muchos casos. Pues en España son frecuentes esas "dinastías" de alfareros, de forjadores, de torneros, de tallistas, en que todos los individuos de una familia, desde varias generaciones, se dedican a la forja de metales, la talla de madera, la alfarería



EL ARTESANO ESPAÑOL FRENTE AL MAQUINISMO

una predisposición fisiológica y se adquiere con el tiempo, por saturación, en la convivencia de hijos con padres y de aprendices con maestros.

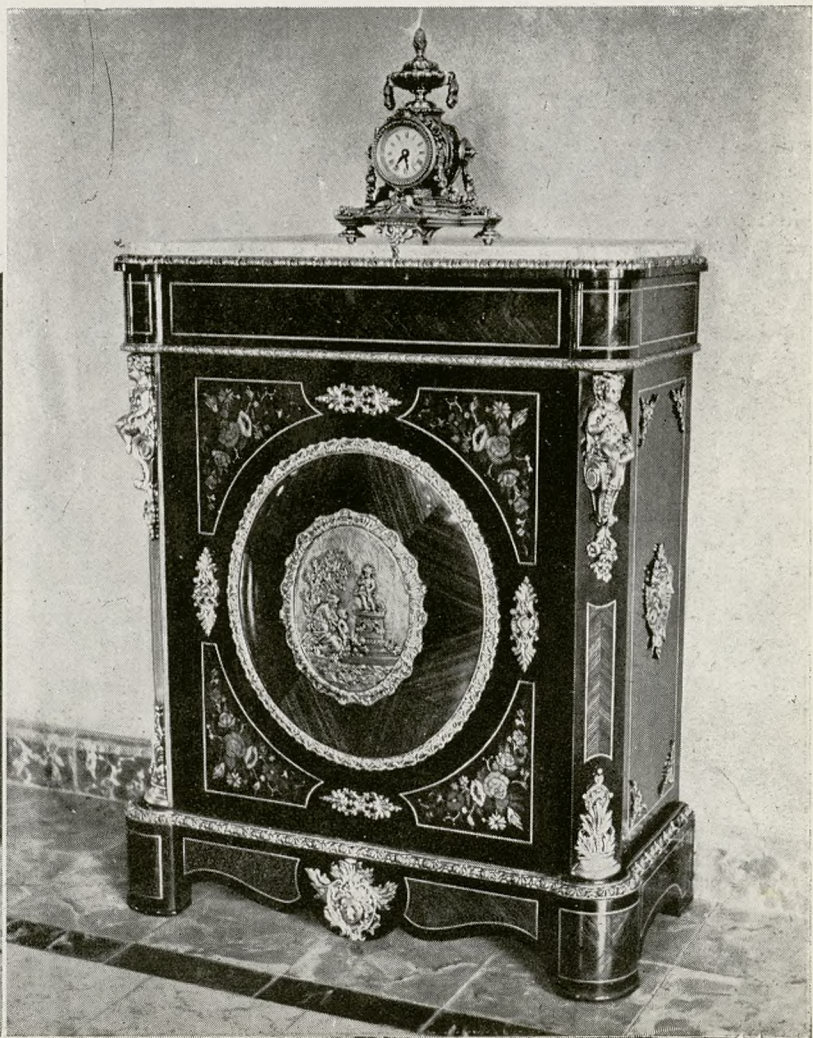
El artesano que logra con la destreza de sus manos esas maravillosas transformaciones de la materia, experimenta una emoción, una pasión creadora, que si no es la del verdadero artista, se le aproxima extraordinariamente. Nos hemos acercado con frecuencia a estos creadores de originales y delicadas obras de artesanía, y hemos percibido, en torno al artesano que da los últimos toques a su obra, esa incomparable felicidad que sólo puede experimentar el auténtico creador al ver su creación lograda.

Esto nos ha hecho comprender que la tarea del artesano verdadero no es la tarea estéril y sin sentido aparente del burócrata, que resulta siempre aburrida porque al final de la jornada no deja el esfuerzo una realidad tangible. No es la del trabajador que realiza burdas manipulaciones, la del peón asalariado sin estímulos interiores o la del obrero "taylorizado" de fábrica moderna—tan hábilmente interpretado por "Charlot" en su película "Tiempos modernos"—cuando presenta al trabajador mecánico de una gran industria no como un ser cabal y consciente de su labor, sino como un ente mecanizado, rueda insignificante del gran mecanismo de la fábrica, simple eslabón de la "cadena" a que están sujetos cuantos han de trabajar para la producción en serie durante horas interminables. Reducida toda la capacidad y actividad de un obrero a la estúpida tarea de apretar siempre la misma tuerca, remachar el mismo clavo o confeccionar siempre la misma pieza, sin que su tarea pueda imprimir a la materia sobre que actúa ni la más mínima proyección de su personalidad, ya que este trabajador carece de toda iniciativa personal.

¡Qué distinto el artesano tallista que a golpes de gubia o escoplo imprime las formas que antes concibió su mente a un trozo de nogal! ¡El alfarero, que mientras hace girar con el pie la rueda del torno primitivo e insustituible, modela con sus manos el barro tierno o la fina arcilla, hasta conseguir un vulgar puchero o un vaso precioso que luego se cocerá en el horno cuando haya sido decorado por el mismo artífice! Y el forjador, y el que talla a mano el fino cristal, y el repujador de láminas metálicas o de lustrosas superficies de cuero, y el que forja a golpes de martillo hierros artísticos.

El artesano—profesión intermedia entre el simple obrero manual y el verdadero artista—, cuando al fin da por terminada una de esas obras en las que ha puesto a prueba toda su destreza y su inteligencia, se siente feliz. Y esa felicidad es tan suya, que no puede quitársela nadie. Es la felicidad que nace en el corazón espontáneamente, como consecuencia de proyectar la propia personalidad en la materia. El hombre que crea experimenta el "dolor deleitable" de realizar, de hacer. El placer de dar forma, que es dar alma también. Siempre es poner un poco de la propia alma y de la propia vida en las cosas realizadas. Y es que trabajar en una libre y personal producción es imprimir a la materia—más noble o más burda—el sello individual de la actividad consciente.

Las variadísimas actividades que en España tiene la artesanía tradicional han logrado en los últimos diez años un desarrollo extraordinario, merced a la organización de la Obra Sindical "Artesanía", que poco a poco, pero con tenacidad e inteligencia, ha conseguido no sólo despertar y alentar todas las vocaciones y capacidades artesanas que pudiesen existir en la nación, procurándoles justa remuneración y estímulos de toda índole, sino que ha conseguido también revivir ancestrales y tradicionales artesanías que habían quedado reducidas a una insignificante actividad o estaban a punto de desaparecer, desplazadas por la producción en serie. Así, con un criterio verdaderamente admirable, se ha revalorizado la producción personal, artesana, y se ha logrado despertar el gusto de los compradores por los productos hechos pieza a pieza, valorando justamente el mérito de la obra en que el trabajo personal y directo del artesano queda condensado en cada obra y conserva no la fría modelación o confección de la máquina, sino la perfección más imperfecta, pero más humana, que en cada detalle ha puesto la dedicación y el primor del artesano.





Encantamiento del Ritmo

Relojes
DOXA

MANUFACTURA DE RELOJES DOXA
LE LOCLE-SUIZA
FUNDADA EN 1889

EL RELOJ DE CALIDAD

36 CRIOS ESPAÑOLES LLEVARON A AMÉRICA LA VACUNA ANTIVARIOLICA



1 1801.—En este año se hacen en Madrid los primeros experimentos para curar las viruelas negras con el "virus salufifero" (vacuna antivariolica) descubierto recientemente en Inglaterra por el Dr. Jenner. La "Gaceta" ha publicado en este año un Real Decreto declarando oficial la entrada de vacuna en todo el Reino. España no se queda atrás en la lucha contra la terrible peste.



2 Las viruelas, ese azote de la Humanidad y sobre todo de la belleza femenina, estaban a punto de ser vencidas por el gran descubrimiento científico. Por eso son "ellas" quienes primero se someten a la prueba de aquella vacuna que defendería su piel. Dice un poeta de la época: "Ya desde entonces la doncella hermosa—no tembló que estragase este veneno—su tez de nieve y su color de rosa".



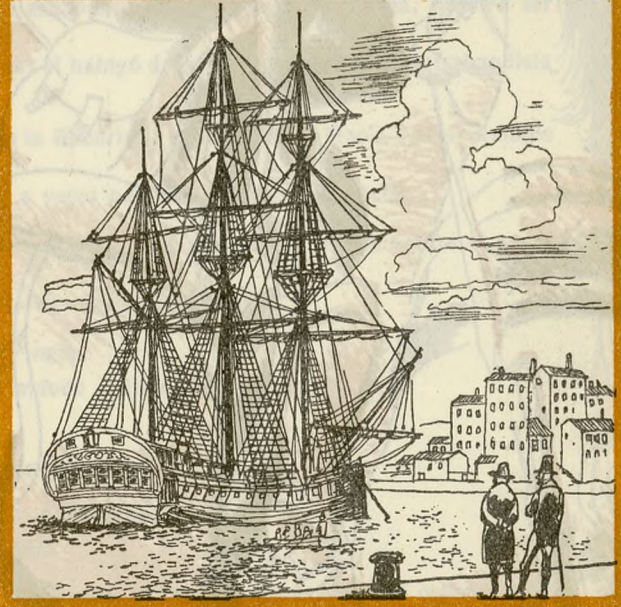
3 1803.—De América llegan informaciones angustiosas. Como una peste medieval o un azote bíblico, se desarrolla la viruela entre los nativos del nuevo Continente. El Rey Carlos IV recibe alarmantes noticias de Méjico, de las Antillas, de Chile, del Río de la Plata. ¿Qué hará España por sus hermanos de Ultramar? Algo inesperado: organizar la Expedición que se llamará de la Vacuna.



4 En España, la vacuna antivariolica está plenamente experimentada. El Rey, profundamente preocupado por las demandas de auxilio que llegan desde las Américas, reúne a sus consejeros para estudiar la situación. Verdaderamente España no está tranquila, no puede estarlo hasta que no reciban cantidad suficiente de vacunas los variolosos—españoles e indígenas—de sus dominios.



5 Carlos IV se entrevista con el Dr. D. Francisco Javier Balmis, cirujano experto y naturalista eminente. Le encarga la organización de una Expedición sanitaria para llevar la vacuna antivariolica a los países de América. Las curaciones empezarán en Méjico, que es donde, al parecer, son mayores los estragos del mal. La humanitaria resolución será cumplida.



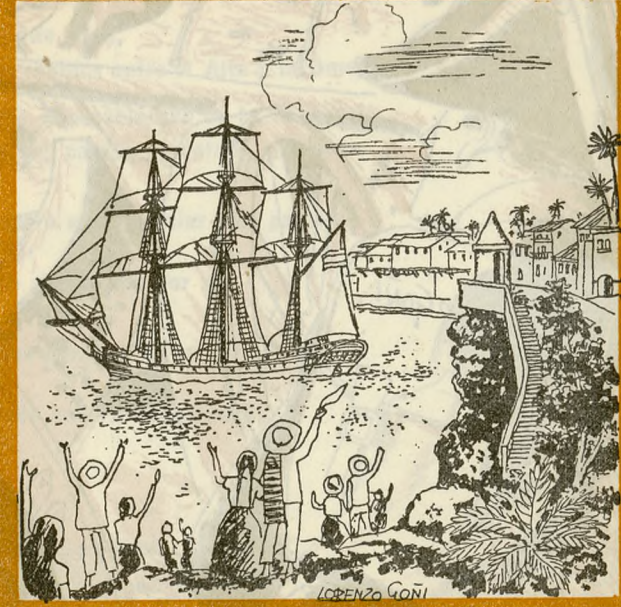
6 En el puerto de La Coruña va a empezar la gran gesta sanitaria del siglo. El velero "María Pita", amarrado al muelle, espera ya el personal de la Expedición: médicos, cirujanos, naturalistas, practicantes. Pero queda sin resolver lo más difícil. ¿Cómo transportar hasta el lejano Continente el virus, que entonces sólo se aplica por un procedimiento rudimentario, de paciente a paciente?



7 Pero el Dr. Balmis es español. Y los españoles, cuando se trata de descubrir América o de salvarla de un cruel azote, lo improvisan todo: tres carabelas o 86 niños de pecho con sus 86 nodrizas, que están ya sobre cubierta del "María Pita". Estos 86 rorros son, sin saberlo, los verdaderos héroes de la gran empresa. Colón llevó al nuevo Continente la civilización; ellos, la salud.



8 Cada cuatro semanas de aquella humanitaria y heroica travesía, las lancetas de los doctores inoculan el "virus salufifero" a una de las tres docenas de infantes. En la tersa piel y la sangre limpia de estos bebés pasa por primera vez el Océano Atlántico el "virus salufifero" que el doctor Jenner sacará de la ubre de una vaca inglesa. Después vendrán de América los conejillos de Indias...



9 Ya está el "María Pita" en el puerto de Veracruz. ¡Ha llegado la Expedición de la Vacuna! Refrescado en Méjico el "salufifero virus", parten secciones de la Expedición Balmis para las Antillas, América del Sur, Perú, Chile y Filipinas. Los poetas de la época cantan la gloria de Balmis: "La América—saluda a su bienhechor, y al punto siente—purifica sus venas—el destinado bálsamo".



POEMA de las INVASIONES INGLESAS

POR
IGNACIO B.
ANZOATEGUI

¡Ay la ciudad abierta!

¡Ay la ciudad confiada que saca por la noche, para hamacar la luna, sus sillas a la puerta!

¡Ay de ti, Buenos Aires, que llega a pretenderte, con sus ojos azules y su piratería, El visitante rubio que ni siquiera sabe saludarte llamando: *Ave María!*

Pero ¿acaso podía triunfar contra el destino de la ciudad predestinada Toda la piratería y los ojos azules de la gringada?

(Dicen que les decían gringos porque, curándose en salud, Añoraban sus tierras por anticipado cantando unas canciones que empezaban: *Green good*).

Ellos venían a conquistar una colonia perdida en cualquier parte de cualquier hemisferio, Y nosotros éramos nada menos que la avanzada—la incómoda avanzada—de un Imperio.

Ellos traían sus uniformes colorinches, de esos que se alquilaban indistintamente para bufones y para soldados, Y nosotros teníamos nuestros soldados vestidos con los colores de los pájaros y con los colores de los enamorados.

Ellos traían su religión recibida de la locura de un rey necesitado y de las aficiones de una reina conocida

Por el sobrenombre necesario de la profesión que se nombra con una palabra prohibida;

Nosotros teníamos la pura religión nacida del agua del Bautismo y del árbol de la Redención

Y teníamos, para defendernos de las tentaciones del espíritu, el Tribunal de la Santa Inquisición.

Ellos traían su tristeza, la invencible tristeza inseparable del crimen de herejía, Y nosotros teníamos, por encima de todo, nuestra alegría.

La alegría de reír cuando ríe la pajarería de la vida presente, Y, con la alegría de la vida futura, la divina alegría de llorar limpiamente:

De llorar de alegría por el viejo pecado Que iluminó la sangre transparente de Jesucristo resucitado.

La alegría de esperar cada día, como un nuevo milagro, la aurora y el clavel Y amar la inutilidad de la mariposa y la servidumbre de la miel:

Amar gloriosamente, con un amor latino, Lo grande y lo pequeño, la novia cotidiana y la conquista del vellocino;

Lo grande por ser grande, y lo pequeño Porque también forma parte del argumento de nuestro sueño.

Por eso, porque nuestro amor tiene razones y el corazón tiene intereses Indiscutiblemente superiores a las conveniencias razonadas y a los intereses ingleses,

Porque la razón de nuestra vida Es la razón irreductible y la medida de la vida es nuestra falta de medida,

Porque tenemos el sentido español de las cosas Y si vendemos trigo a los judíos no les vendemos nuestras rosas,

Porque conservamos todavía

—A pesar de la escuela pública y la radiotelefonía—

El orgullo de creernos un pueblo y no tan sólo un electorado Susceptible de venderse y comprarse por un poco de asado con cuero y otro poco de vino falsificado.

Porque todavía tenemos el orgullo imperial y casero De faltar al respeto al comerciante y de respetar al pordiosero,

Porque no era posible que una ciudad fundada contra el hambre y el fuego Se entregara con las manos atadas al capricho del primer pirata palaciego.

(De un pirata mercader de piratas, que ni siquiera tenía para conquistarla con su prestigio de guapo o con su fama de malo El obligado parche en el ojo y la obligada pata de palo),

Porque no era posible que la sangre española—nuestra sangre española, nuestro ser y sentido—

Malograra la historia de un Imperio por el halago del casamiento con un contrabandista enriquecido,

Porque creíamos en la Penitencia y en la Eucaristía y en la Virgen María y en su amable asistencia,

A veces por motivos de enseñanza y a veces por motivos de experiencia:

Por eso, por la sangre que pide amor de sangre, nos alzamos en armas contra el aventurero

Herederio de todo lo caído y legatario floreciente de Lutero.

(¡Y qué grande sería nuestro odio al inglés Que aceptamos, para rechazarlo, el mando militar de un francés!)

Allí fué la patriada

De mostrar que la honra no se hereda por nada.

Allí el mostrar que puede tanto como el soldado

La mujer destinada y el niño destinado

(¡De pie para escucharlo!, que he nombrado al futuro restaurador del orden de los conquistadores,

Don Juan Manuel de Rosas, probando su caballo sobre los invasores).

Allí la fama ardiente y allí la gloria pura

De quemarse en la gloria de la gloria futura.

Allí la voz que clama por la patria que llega,

Y el cielo embanderado y el alma de rodillas entre el Alfa y la Omega:

De rodillas, como corresponde recibir el espaldarazo de la Caballería,

Sobre todo cuando se lo recibe en pleno campo de batalla contra la herejía,

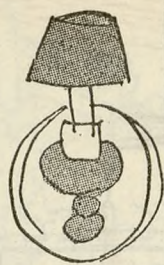
Como corresponde a un pueblo (y vuelvo a pronunciar esta palabra despojada de su sentido electoral),

A un pueblo que nacía bajo un cielo alumbrado por un sol imperial.

¡Ay de ti, Buenos Aires! ¡Ay la firme doncella de la anti-gua cruzada!

¡Que te me estás poniendo demasiado señora acomodada!

GALINDADAS



RESTAURANT

—¡Camarero! En vez del cuchillo tráigame un poco de uranio para ver si puedo partir este filete.

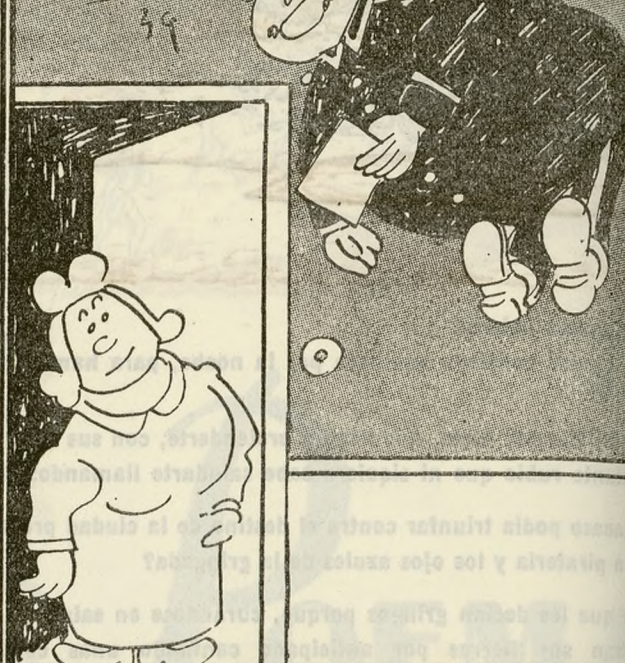
GALLINDO - 49



VIUDA

—En un año me he quedado viuda cinco veces.
—¿Y por eso está usted tan afligida?
—Por eso y porque en el barrio me llaman la bomba atómica.

GALLINDO
39



FACTURA

—No se asuste, señora. Soy el del gas.

ENTRE las muchas catástrofes acaecidas en el mundo en el año 1904, una de ellas fué la de mi nacimiento. Como en la vida todo ocurre por casualidad, yo nací en Ecija, que es un pueblecito de la provincia de Sevilla, famoso por su sol, su aceite y sus bandidos. Sin duda por eso me agradan los días con niebla, las comidas con manteca y los detectives. Al filo de los dieciséis años comencé a publicar dibujos humorísticos en las revistas del género. Luego estudié algunos cursos en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de San Fernando, en Madrid. Mis primeros trabajos estaban fuertemente influenciados por los dibujantes del momento: K-Hito, Bagaría, López Rubio, Apa... Era la época en que, como contraposición al estilo meticuloso y detallista, aunque no exento de jugos caricaturescos, de los Cilla, los Rojas, los Sancha, los Tovar o los Xaudaró, se llenaron las páginas de los periódicos y revistas de dibujos estilizados de tendencia francamente decorativa, con olvido, en muchos casos, de las esencias humorísticas. Tanto decorativismo llegó a cansarme, y así, un día, en rebeldía con la geometría fría y sin gracia, comencé a escandalizar a los aficionados al dibujo con una manera descompuesta, pero recia y graciosa. Conseguí un dibujo en el que todo, árboles, muebles, casas, personas y cosas, parecían agitados por un soplo burlesco. La cosa sorprendió un poco. Mariano Sánchez de Palacios, en un estudio dedicado a los dibujantes del momento, me señaló como portador de un estilo revolucionario. Puede que tuviera razón. Lo que sé es que años después los dibujantes humorísticos franceses e italianos coincidieron con la manera que yo había creado. Ahora mi estilo es más sereno y menos descompuesto que antaño, pero siempre ágil. Me divierte dibujar de prisa y si tuviera que trabajar mis dibujos a fuerza de goma y rectificaciones, la cosa sería aburrida y no los haría. He conseguido algún premio en exposiciones y he creado algún personaje que consiguió cierta popularidad. También soy el inventor de una nueva palabra, la galindada, con la cual defino mis trabajos, palabra que todavía no figura en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, pero todo se irá. Todavía no he matado a nadie y llevo publicadas más de ocho mil galindadas y unas mil quinientas historietas. No tengo dinero. Y esto es todo.

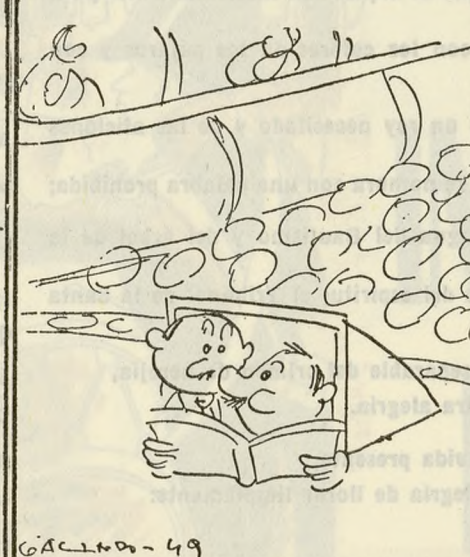
GALLINDO

GALLINDO - 49



TIEMPOS NUEVOS

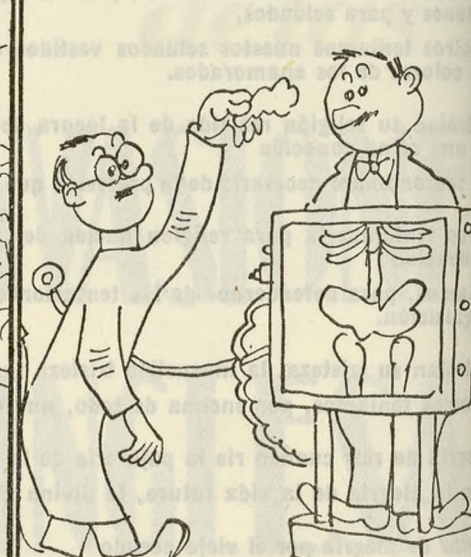
—Tengo dolorido este hombro de los golpes que me está dando mi esposa.
—Pero ¿no está en París?
—Sí, pero tiene radar y no deja quieta la onda.



GALLINDO - 49

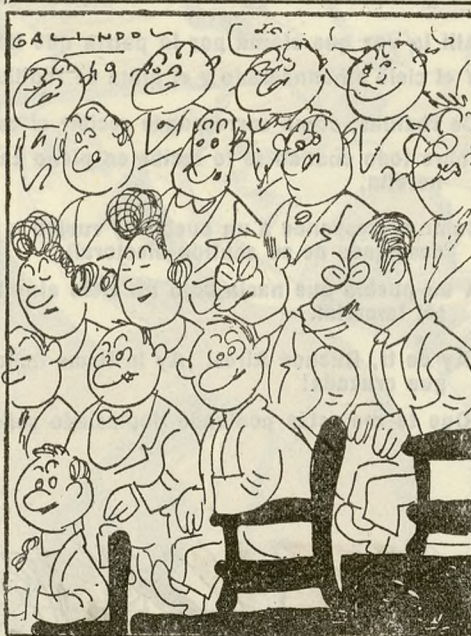
TEATRO

—¿Es ésta la fila cero?



RADIOGRAFIA

—Ahora se va usted a comer este pedacito de lechuga.
—Y usted ¿qué va a mirar?
—La caída de la hoja.



TEATRO

—Caballero, lleva usted toda la representación soplandome en el cogote.
—Perdone. Soy el encargado de la refrigeración.



TABIQUE DELGADO

—Ustedes perdonen. Le estoy enseñando a montar en patinete al niño.



AGRICULTOR

—El año pasado me dió la idea de enterrar un taco de almanaque al lado del árbol.



MONTevideo *de San Felipe y Santiago*

Por ALBERTO INSUA



ESCUDO DE MONTEVIDEO

En 1716 —es decir, hace dos siglos y treinta y tres años— Montevideo no era una ciudad, sino un puerto en la ruta principal del Río de la Plata, del «Mar Dulce» descubierto por Solís.

Las aguas verdosas del Atlántico, cuando sopla el viento del Este, venían a reunirse con las fluviales, densas y parduzcas. Aquel hermoso puerto excitaba la ambición de los portugueses de la colonia del Sacramento, en el Brasil, y la codicia de algunos corsarios de Europa. Era entonces gobernador y capitán general de Buenos Aires don Bruno Mauricio de Zabala, aguerrido militar, apodado «Mano de Plata», pues una que, con medio brazo, había perdido en el sitio de Lérida, la sustituyó con otra de este noble metal.

Era Zabala vizcaíno, de Durango. En las campañas de Flandes y el sitio de Namur se había cubierto de gloria. Poseía, además, fama de hábil político y administrador excelente. Ordenó el



rey Don Felipe V que fortificase y poblase los puertos de Maldonado y Montevideo para impedir los ataques de los lusitanos, que los consideraban pertenecientes a su Corona. La habilidad diplomática de Zabala, respaldada por una flota fuerte de tres naves, puso una conclusión pacífica al conflicto. Pero, previsor y obediente al mandato de su rey, dió principio a la idea de fundar una gran ciudad en el codiciado puerto, construyendo una batería —la denominada de San José— que dejó guarnecida con diez cañones y defendida por unos diez soldados españoles y mil indios «tapes».

Como las fuerzas y los colonos — de Galicia y Canarias—, prometidos desde España para consumir la fundación de Montevideo, tardasen en llegar, Zabala, que era hombre expeditivo, eligió siete familias de Buenos Aires, con un total de treinta y siete personas, y nombró jefe de la expedición al capitán de corazas don Pedro Millán. El día 30 de enero de 1726 quedó virtual y solemnemente fundada la ciudad de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago de Montevideo, y se le con-

En una de las céntricas avenidas de Montevideo se eleva el monumento al fundador de la ciudad, Bruno Mauricio de Zabala, obra del escultor español Collaut Valera.

En una de las céntricas avenidas de Montevideo se eleva el monumento al fundador de la ciudad, Bruno Mauricio de Zabala, obra del escultor español Collaut Valera.



El grupo escultórico denominado «La carreta», obra del escultor uruguayo José Belloni, es uno de los más hermosos monumentos de Montevideo.

cedieron por armas: un campo de cielo, el Cerro —a que debe su nombre— bañado por aguas del mar, acompañado en jefe por una espada dispuesta en faja y vuelta hacia la derecha, y coronado el escudo por la diadema real. Meses más tarde la población aumentó con veinte familias de Canarias que llegaron en el navío «Nuestra Señora de la Encina».

Aquel mismo año, el día de Nochebuena, Pedro Millán procedió a señalar los términos jurisdiccionales de la ciudad y delineó treinta y dos manzanas de cien varas, distribuyendo solares y tierras de labranza entre los pobladores. Y así nació Montevideo.

En 1829, a una centuria corrida de su fundación, sus habitantes no llegaban a diez mil. En 1860 ascendían a cincuenta mil. En 1914 a cerca de cuatrocientos mil. Hoy posee ochocientos cincuenta mil y no tardará en alcanzar el millón.

El progreso urbanístico de la metrópoli uruguaya corre parejas con su expansión demográfica. El Montevideo actual es una de las ciudades más hermosas, florecientes y atractivas de la América del Sur, y el inmigrante español encuentra en ella, amén de la satisfacción espiritual del idioma, modos de vida, tradiciones, devociones y costumbres de tan pura esencia hispánica que hacen fácil y grata su aclimatación. En cuanto a los españoles que visitan Montevideo o pasan en él breves temporadas, es sabido que la mayoría de ellos la abandonan con la pena «de no quedarse» y con el deseo «de volver». Tal nos ocurrió a nosotros. Durante nuestra larga permanencia en Buenos Aires tomamos muchas veces el barco para Montevideo, bien con el propósito de participar en su vida ciudadana—que nos hacían muy amable artistas y escritores amigos—bien para disfrutar en algunas de sus playas de un paisaje maravilloso y de un clima de suavidad edénica.

Montevideo fué para nosotros un remanso. Y pensamos que lo es para cuantos viven en Buenos Aires, ciudad magnífica, cosmópolis espléndida, foco de cultura y emporio de riqueza, pero que, como todas las ciudades que el gran poeta belga Emile Verhaeren llamó «tentaculares», acaba por exigir fugas hacia otras donde el ritmo de la vida es más apacible y más lento.

No es Montevideo—entiéndase bien—una ciudad «de

aire provinciano». Es una cosmópolis, pero todavía, y por fortuna, su cosmopolitismo no ha borrado en ella, sino a lo sumo atenuado, sus facciones hispánicas (¿Los rascacielos «desespañolizan» acaso a Madrid?). Montevideo conserva mucho de su primitivo carácter. Cuando su expansión material impuso el derribo de la última muralla de la antigua plaza española, barrios y edificios íntegros de los tiempos virreinales permanecieron intactos. La llamada «Ciudad Vieja» coexiste con la nueva, en la cual la pauta no es otra que la seguida en la propia España. La edificación en altura conciliando los estilos europeos, todavía un tanto ornamentales, con las formas desnudas y sucintas de Norteamérica.

A fines del siglo XVIII no se contaban en Montevideo más de trescientas casas. Actualmente posee cerca de cuarenta mil, distribuidas en unas setecientas calles, en un perímetro que acaso sobrepuje los cincuenta kilómetros. La ciudad se extiende sobre la costa marítima, uniéndose a los primeros balnearios que se eslabonan al través de esa admirable cadena de playas que la han convertido en un centro turístico de fama universal.

Asentada sobre un promontorio granítico, los vientos del Norte y del Este recorren sus grandiosas avenidas, sus plazas, sus parques y jardines, sus rúas de trazado colonial y hacen de ella una de las ciudades más limpias y mejor ventiladas del mundo. Añádase el horizonte marino. Por todas partes se divisa el mar. «Sus 252 días de sol—escribe uno de sus cronistas—constituyen uno de los tesoros que le ofreció la naturaleza, y, si bien es cierto que Montevideo es hoy día una gran metrópoli continental, conserva aún y conservará siempre el perfume de su tradición, de sencillez e hidalguía, que, como una gracia ingénita, está preservado por el paisaje encantador de su ondulada costa.» Esto es verdad, Montevideo es una urbe marinera, nacida del mar, y proyectada siempre, en sus expansiones urbanísticas, hacia el Atlántico.

La parte de la población que se incluye entre las calles Soriano y Uruguay, así como otros espacios de la ciudad nueva, posee edificios suntuosos, moradas magníficas, en los

En el centro, arriba: Plaza de la Independencia, con la estatua ecuestre de Artigas. Al fondo, el Palacio Zuloaga se yergue imponente sobre la amplia avenida Dieciocho de Julio.



cuales se armonizan las formas arquitectónicas europeas —lo repetimos— con la edificación al modo norteamericano impuesta por su auge comercial.

Montevideo es, por lo tanto, muy clásica y muy moderna. Las calles más céntricas y concurridas son las de «25 de mayo» y de «Sarandí» y, sobre todo, la del «18 de julio»—fecha de la independencia uruguaya, que coincide con la de nuestro Glorioso Alzamiento. Esta Avenida es la predilecta de los montevideanos. A ciertas horas se hace difícil el tránsito por ella a causa de la aglomeración de gentes y vehículos. Casi todas las calles están arboladas. Los parques —tres grandes y muchos pequeños— y las plazas espaciosas completan el ornato, la belleza y la comodidad de la población. Pocos «paseos de invierno» existen en el mundo comparables al del Parque del Prado, que es el Jardín Botánico de Montevideo. Lo atraviesa un riachuelo bordeado de sauces. En su avenida principal hay cuatro hileras de eucaliptos. Su situación lo resguarda de los vientos fríos del Sur. La vegetación de sus jardines es de una exuberancia tropical y muchos de sus árboles son ya casi centenarios.

Pasan de veinte en Montevideo las iglesias y capillas del culto católico, algunas de gran belleza arquitectónica, como las de San Francisco, Aguada, La Concepción, Lourdes y el Reducto. La Catedral, situada en la plaza de la Constitución, es uno de los templos más notables de Hispanoamérica. Sus planos fueron trazados en nuestra Academia de San Fernando. Se iniciaron sus obras en 1803 y se completaron en 1905, ornándose su interior con pinturas de mérito.

En suma, la ciudad fundada por el insigne Zabala, se modernizó sin «desnaturalizarse», sin perder sus encantos de la época colonial y virreinal, que el viajero español encuentra cuando, alejándose de las avenidas céntricas, recorre las calles de la Ciudad Vieja y se detiene ante mansiones próceres y moradas humildes donde todo habla de

En las afueras de la ciudad, el magnífico estadio de Montevideo, que ha sido escenario de reñidos campeonatos internacionales.



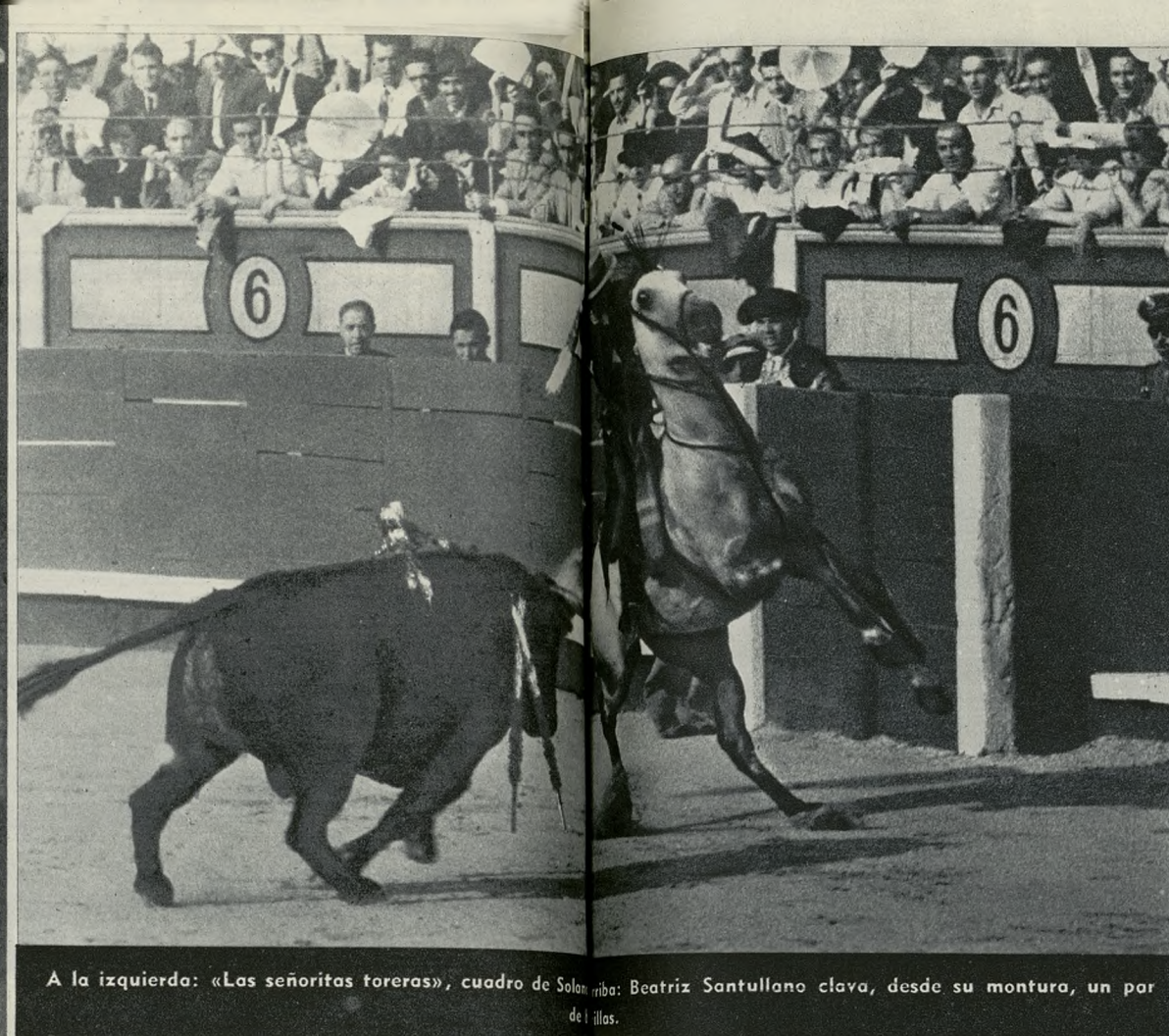
«un ayer» sin rascacielos, sin trasatlánticos, sin automóviles y sin esos aviones formidables que aterrizan en el Aeropuerto Nacional de Carrasco.

Para nosotros —que lo hemos visitado tantas veces, que hemos sentido la vibración de su vida urbana, en lo comercial, lo artístico y lo literario—, Montevideo es, como decíamos antes, una ciudad en la que nos hubiese complacido vivir. Y esto por dos razones: porque todavía no se ha hecho tumultuosa y abrumadora, como Nueva York o Buenos Aires, y porque en la hospitalidad y el temperamento de sus habitantes hemos reconocido a cada paso el sello de nuestra hidalguía. Las treinta familias de pura progenie española que «Mano de Plata» eligió en Buenos Aires para iniciar la vida en Montevideo, los hijos de las Islas Afortunadas que no tardaron en reunirse, los españoles de todas las regiones —con predominio de vascos y gallegos— que desde el período virreinal fueron apareciendo en la nueva colonia, plantaron esa simiente hispánica que la fusión con los pacíficos autóctonos —de que surgió el noble gaucho— y los aflujos, poco numerosos, de razas extranjeras no fueron parte a destruir, sino a extender y acrisolar.

Artigas se llama —¡qué nombre tan español!— el caudillo de la independencia del Uruguay. Y de Zabala, cuyos restos reposan en la Catedral de Montevideo, ha dicho el escritor uruguayo Raúl Montero Bustamante, en una página admirable, que es la biografía sintética del héroe: «Su largo gobierno constituye el más hermoso ejemplo de la administración colonial en el Río de la Plata».



En el centro, abajo: Otro aspecto de la capital uruguaya, que recoge la inquietud de las calles y la traza moderna de sus edificios. Al fondo, el Palacio Legislativo. A la derecha: Bajorrelieve del monumento a Bruno Mauricio de Zabala.



Cuadrilla femenina organizada por Mariano Armengol y la torera Eugenia Bortes (la Beliciana).

No cayó en saco roto la opinión del padre Sarmiento y, en 1811, en ocasión de una corrida organizada para el día 28 de junio de dicho año, por José Bonaparte, se anunció a la rejoneadora asturiana Teresa Alonso. Negó la precisa autorización el ministro del Interior. Pero, en el transcurso de la corrida, el espada Curro Guillén solicitó el permiso al propio José Bonaparte y la asturiana actuó.

Tras Teresa, viene Andrea Cazalla, que rejoneó, vestida de sultana, el 27 de diciembre de 1818. En 1820, exactamente el 6 de agosto, Antonia Fernández rejonea vestida de turca y, el 8 de diciembre de 1822, también vestida de turca, rejonea María Fernández, en competencia con Benita Fernández, que picó vestida de china.

Llegamos a la edad de oro de la tauromaquia femenina, en la que fué astro fulgurante y duradero, Martina García, natural de Colmenar de Oreja. Desde 1836, hasta 1840, las mujeres constituían el principal atractivo en las corridas de novillos. Ellas, por sí solas, formaban carteles que atraían a los públicos y rivalizaban con las cuadrillas de toreros.

En el cartel de la función taurina que se celebró en Madrid el 11 de diciembre de 1836, se leía lo siguiente: «Picarán las valientes y varoniles aficionadas Magdalena García, natural de Zaragoza, y Mariana Duro, que lo es de Valencia, vestidas gallardamente, la primera, de aldeana y, la segunda, de valenciana, a fin de que el público pueda distinguirlas y decidir cuál de las dos es más intrépida. En el desempeño de esta lid, tan poco frecuentada, procurarán acreditar que su sexo, aunque débil y delicado, sabe ser decidido, intrépido y arrojado cuando trata de cumplir con exactitud lo que propone ejecutar, sin que el cuidado de dirigir el caballo ni el manejo de la vara de detener sirvan de obstáculos para presentarse con serenidad ante las reses y castigarlas.»

Verdad es que tal espectáculo no fué corriente hasta entonces, si bien es cierto que ya habían adquirido cierto renombre Manuela Capilla, Manuela García, Carmen Ortiz, Angela Magdalena, María López, Jorja García y Ramona Castelló.

El 15 de enero de 1837 picaron en Madrid la zaragozana Manuela García, en traje de maja, y banderillearon en cestos Martina García, de Colmenar de Oreja, y Manuela Resiando, de Madrid, vestidas de manolas. Ganaron 800 reales para las cuatro y Martina demostró tal arrojo que se convirtió en la maestra, formó cuadrilla y, en una novillada celebrada en febrero de 1838, actúa ya como matadora.

Martina García era, por entonces, el mayor atractivo de los carteles. Tuvo como competidora a la alicantina Francisca Coloma, que duró poco. En cambio, la vida taurina de la de Colomer, fué dilatadísima.

Otras mujeres toreras que adquieren renombre por aquellos años fueron: Antonia García, Rosa Inard, Celedonia Marinas, Teresa Carmona, Josefina Ortega, Teresa Andrés, Manuela González, Paula Martínez, María García, Juana López, Javiera Vidaurre, Rosa Campos y Tomasa Prieto.

El 25 de diciembre de 1837 se celebró una corrida en Madrid en la que Magdalena García picó montada en el mismo caballo que el picador «Seguidillas» y colocados espalda con espalda. En otro caballo picaron de la misma forma Francisca Coloma y el picador «Mangas Verdes» y pusieron banderillas en cestos Martina García y Celedonia Marinas. Ganaban ellas 100 reales y ellos 60. María López y Angela Magdalena banderillearon el 20 de enero de 1839 un toro de puntas y en la función siguiente Francisca Coloma



Arriba: Novillos erales lidiados el 15 de julio de 1900, en la plaza de Tarragona, por la cuadrilla de «Lolita» y «Angelita».—Abajo: Teresa Bolsi, torera andaluza, por Gustavo Doré.



SEÑORITAS TORERAS DE AYER Y DE HOY

Por BENJAMIN BENTURA

NUNCA comprenderemos las veleidades del público. Averigüe Vargas si la fiesta taurina es, como dicen muchos, fundamentalmente viril y trágica o es entretenimiento de gentes desocupadas que sólo tratan de divertirse dando de lado todo lo que de dramático pueda tener el festejo. Tal cuestión está sobre el tapete desde que las fiestas de toros constituyen espectáculo ¡y lo que te rondaré!

Yo ni entro ni salgo en esta discusión, pero confieso que me pondría en grave aprieto si alguien me hiciera el encargo de que trazara una estampa romántica sobre las mujeres toreras, pues, por lo general, tales artistas, más tienen de toreras que de mujeres, dicho sea con todos los respetos que las «honrosas excepciones» merecen.

La intervención de la mujer en la fiesta de toros tiene mucho de teatral y colorinesco y como emboba y entretiene a buena parte del público, ya es razón de peso, aunque haya otras que abogan lo contrario, para que las mujeres continúen interviniendo en las corridas de toros o novillos.

Sólo conozco un libro dedicado exclusivamente a la tauromaquia femenina. Su autor, don Alfonso de Llanos, no trata muy en serio el tema del arte torero femenino y, así, dice: «Para llegar

a la perfección en el arte tauromáquico femenino, se necesita lo que sigue: poseer la finura del Regaterín, la vista de Guerrita, la fuerza del Ostión, la elegancia de Lagartijo, el brazo de Frascuelo, la muleta de Cayetano y el alma de Domínguez; parar los pies como Cara-Ancha, perfilarse como Mazzantini, recortar como el Gordito, quebrar de rodillas como el Gallo, alegrar los toros como Agujetas, picarlos como el Sastre y descabellarlos como el Curro. Pero con todo esto no se conseguiría nada si al mismo tiempo no se tiene la mentira en los labios, la tentación en los ojos, la gracia en la palabra, la veleidad en el carácter, la perfidia por compañera, el interés por norte, el egoísmo por sistema y la coquetería por instrumento y, además, el corazón vacío e intención de mamá política.» No estamos de acuerdo con el autor. Para pescar marido, que es de lo que se trata en el librito de don Alfonso Llanos, no hacen falta tantos y tan complicados conocimientos ni tal cúmulo de maldades. La cosa es, o al menos lo parece, más sencilla.

Crecí que la afición de algunas mujeres por la práctica de la tauromaquia es tan antigua como la tauromaquia misma. Tenemos un documento iconográfico que demuestra esta afirmación en

el monasterio de Santo Domingo de Silos, en cuyo claustro hay una pintura en la que se ve una mujer arrojando un arponcillo a un toro. Era algo de lo que se hacía en los albores de la tauromaquia y no íbamos a esperar que entonces, las mujeres, dieran el pase cambiado como Antonio «Bienvenidas». Hacían lo que veían ejecutar a los hombres y eso bastaba.

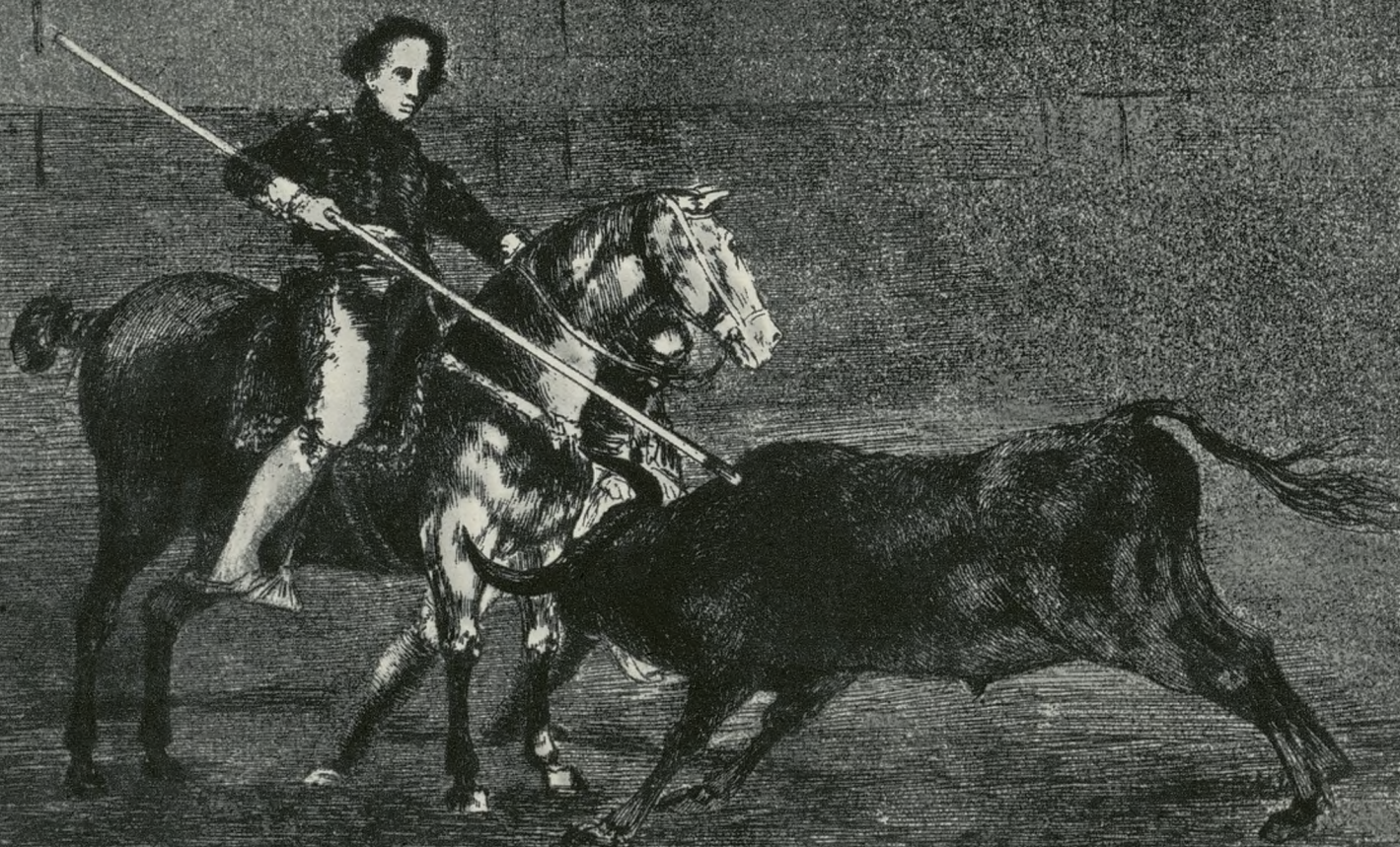
En una comunicación del 25 de junio de 1654, al Consejo de Castilla, se habla ya de una mujer torera, cuyo trabajo es remunerado, y don José Daza, en el capítulo XV de sus «Precisos manejos...», titulado: «Noticias sobre varias señoras y otras particulares mujeres españolas que han toreado con aplauso», tras hacer mención de varias hazañas taurinas llevadas a buen término por señoras cuyos nombres no da, habla de la afición de muchas damas a las faenas camperas a caballo. Cita luego a doña Antonia Bretendona, que picó toros con garrocha larga; a las hijas del conde de Rivadavia, que hacían lo mismo, y a una muchacha que, al despedirse del mundo, ya que iba a profesar en un convento, «se divirtió toda una tarde toreando becerros». Madame Dieulafoy dice, en su libro «Aragón et Valencia» que hubo una doña María Gaucín que dejó el convento para dedicarse a torear por toda España y que, hastiada al fin de tanto aplauso, volvió al claustro, sin que le pusiera inconvenientes la madre superiora. Cosas de Madame Dieulafoy. Una castiza y aguerrida rejoneadora llamada Francisca García, natural de Motril y esposa del banderillero de la cuadrilla del torero navarro Matías Serrano, Francisco Gómez, pidió permiso en 1774 para actuar en Pamplona. Alegó que llevaba diez años ejerciendo tal profesión y que había rejoneado en Cádiz, Murcia, Valencia, Granada y otras capitales; pero las pamplónicas le negaron el permiso que pedía y la esforzada matrona se fué con los reyes a lucir sus habilidades a Estella y Tudela.

Hace referencia Daza a la afición que tenían a alancear y torear las señoras de Jerez de la Frontera y las de los pueblos del ducado de Medina Sidonia y elogia los muchos méritos de Nicolasa Escamilla «La Pajuelera» y de la hija de los piñeros, de Córdoba.

La aparición de «La Pajuelera», que fué inmortalizada por Goya en uno de sus aguafuertes, indignó al padre Sarmiento que, entre otras cosas, dijo a este propósito: «Qué ha sido aquello sino ridiculizar la fiesta de toros. No dudo que apuraría todos los equívocos sobre el significado de toro toreado por una mujer a vista de tanto marido.»



A la izquierda: «Torera en blanco», de Goya (colección Lázaro de Gáldeano).—Arriba: de izquierda a derecha: Las toreras del siglo pasado. Teresa Bolsi, Carmen Lucena (la Garbancera) y María Alegre.



mató un embolado, que fué banderilleado por la asturiana Josefa García y por Ramona Castelló, de San Felipe de Játiva, que hacía su presentación en Madrid.

En 1842, una portuguesa probó a picar en Portugal y fracasó; pero, en cambio, su compatriota María Rosa Carmona, que hacía la suerte de mancornar, se presentó en Madrid el 29 de junio de 1865 con una cuadrilla de pegadores portugueses y sujetó a un embolado como lo hubiera hecho un hombrecito.

El 10 de enero de 1860, la alavesa señora Bericochea, rejoneó un embolado, cambió de traje, picó a la española un toro de puntas y lo mató valiéndose del abanico de chispa.

Las cuadrillas de mujeres, sobre todo la de Martina, siguen actuando. Pican, banderillean, quiebran en silla, dan el salto de la garrocha y estoquean embolados.

El 27 de enero de 1869 se presentan en Madrid las italianas Rosina Lopini y Rosina Pagnini, acompañadas de su compatriota Eugenio Lopini.

Ellas picaron a la española y dieron el quiebro en silla a un embolado y él mató a estoque subido en zancos.

A esta época pertenece Teresa Bolsi, que fué mortalizada por Gustavo Doré en uno de sus dibujos.

Sigue actuando la Martina, que, de 1873 al 74, lleva cuadrilla fija, y arma un regular escándalo en Tarragona la llamada Teresa Kobloski.

En 1886 aparece Dolores Sánchez, «la Fragosa». Dolores se suelta el pelo y adopta el traje masculino de los toreros.

Su cuadrilla es de hombres y entre ellos figura el que luego fué matador de toros Rafael Sánchez «el Bebé» y sus arrestos en nada ceden a los de los más arrojados lidiadores.

Quiso competir con ella Carmen Lucena «la Garbancera» pero era difícil destronar a «la

Fragosa». Aparecen, por entonces, entre otras, Soledad Guerra «la Guerrita», Eugenia Bartes «la Belgicana» e Ignacia Fernández «la Guerrita» y, poco después, la cuadrilla que capitanean como espadas Lolita Pretel y Angelita Pagés y en la que van como banderilleras Julia Carrasco, Justa Simón, Encarnación Simón, María Manubeau y Francisca Pagés, cuadrilla que alcanzó mucha popularidad.

La Real Orden de 2 de junio de 1908 dió origen a que se descubriese que la famosa María Salomé «la Reverte» no era tal María. Dicha orden prohibía la intervención de mujeres en las corridas y, en vista de que se cumplía lo dispuesto, «la Reverte» confesó que era un hombre y decidió actuar en novilladas con su verdadero nombre, que era el de Agustín Rodríguez; pero consiguió pocas contratas.

María Alcázar, discípula y después esposa de Tancredo López, hizo, con poca fortuna, la suerte que creó su marido en Tetuán de las Victorias. Hemos visto actuar a María Luisa Jiménez, esposa del infortunado novillero granadino «Atarfeño», María Alegre, las hermanas «Palameño» y Juanita Cruz» antes de 1936, y hay que hacer mención de las rejoneadoras Juana Breña, Susana Duval, María Aguirre, Carmen Corzana, María Gentis, Beatriz Santullano, Marimén Ciamar y Conchita Cintrón. Las tres últimas actúan en ruedos españoles como rejoneadoras y Conchita Cintrón en plazas extranjeras como lidiadora a caballo y a pie y como matadora. La señorita Cintrón es, sin duda, un caso excepcional que no tiene paralelo en la historia de la tauromaquia. Pero no hagamos juicios críticos aquí. La tauromaquia femenina ha sido poco más o menos la historia taurina de las mujeres cuyos nombres quedan apuntados.

Y, con lo dicho, basta.



Arriba: La célebre «Pajuelera» clava una puya a un toro bravo, en la plaza de Zaragoza (aguafuerte de Goya).—A la izquierda: Juanita Cruz, en la plaza de Valencia, es ovacionada clamorosamente a la muerte de su segundo novillo.—A la derecha: La torera peruana Conchita Cintrón da la vuelta al ruedo correspondiendo a las aclamaciones de los tendidos.





Los Andes, cinturón de fuego

POR

F E L I P E G . R U I Z

NO es posible de ellos definiciones empíricas. Los Andes son fuego y son hielo. «Peñascosa pesadumbre» en unos sitios. Caos y vértigo, en otros. Casi siempre compañía del paisaje suramericano. En todo momento, su prestigio vertical. No me lleva ahora el pensamiento hacia los pelados páramos desiertos, ni hacia los valles donde el sol de los trópicos fermenta huevos de batracio bajo la húmeda maraña vegetal. Elijo para este recuerdo de hoy el fresco ambiente de las alturas. Junto a los ventisqueros. Donde los altos cerros coronados de fuego. Porque los Andes son el más atroz sistema ígneo del planeta: su atormentado e inquieto espolón.

Todo el Océano Pacífico, se dice, está rodeado por un cinturón de fuego. Lo mismo en la costa de Asia e Insulindia, que en la dilatadísima americana. En la de allá el Fuji-Yama de los abanicos japoneses, o el tremendo Krakatoa, fuertemente explosivo. Otros muchos en el archipiélago de la Sonda, con lavas espesas de hirviente burbujeo.

En la costa americana, los volcanes, con su acompañamiento de zonas sísmicas, forman una barrera casi sin solución de continuidad.

La dirección de las alineaciones andinas es implacable de Norte a Sur. Además, anhelan la proximidad del Pacífico. Y en este Océano, a poca distancia de la costa, profundidades gigantes. Todo ello hace comprender que el gran espinazo andino constituye una zona de rotura terrestre: una «geoclava».

No hace mucho, en el pasado mes de agosto, una extensa zona ecuatorial, ha sufrido uno de los más terribles paroxismos de la historia dolorosa de la Cordillera. Y es que allí, en la República del Ecuador, presenta aquélla su más grandioso poder. «Avenida de los Volcanes» es un nombre significativo.

En el país hermano el sublime anticlinal no puede almacenar en una sola alineación tal número de bocas humeantes como requieren sus abrasadas entrañas; hay, pues, dos Cordilleras que muestran una crestería aterradora y bella a un tiempo, coronadas por penachos de humo... la Avenida de los Volcanes.

La capital, Quito, está rodeada por una guardia de honor: siete encendidos picachos. El Pichincha es el más cercano. La regularidad horaria propia de un punto ecuatorial, hace que el volcán, a poniente de la ciudad, sea, por la proyección de su sombra, un infalible reloj de sol, que indica sobre el caserío las horas siempre iguales en todos los días del año.

La amenaza plutónica del espinazo andino se complementa con el terror de los sismos. Zona de rotura, quiere decir de inquietud.

Hay regiones en América firmemente consolidadas, tal vez haga veinte millones de años. Pero los Andes son aditamento demasiado reciente para ver conseguido su equilibrio: se inquietan, se revuelven, para buscar más firme apoyo. De su juventud geológica nace su atormentada historia humana. La juventud es con frecuencia violenta e inquieta: los Andes obran en consecuencia según lo juvenil de su estado: Tal vez cuenten apenas cien mil años de edad. Leí hace tiempo una terrible novelita rusa de Leónidas Andreiev.

El y sus novelas presagiaban ya el seísmo político y moral de su pueblo. No olvidaré mientras viva la impresión del atroz cuentecito: «DIES IRAE». Ahora, después de la catástrofe de Ambato, lo tengo más presente.

El escritor presoviético habla de los ruidos subterráneos como si los produjera un trombonista obstinado y cruel. Un terrible trombolista renueva continuamente su macabra tocata, protegido en la covacha del tremendo anticlinal andino.

Por eso, al hablar de la Cordillera del Ecuador, no puedo extenderme en un lírico desahogo ante las bellezas de su cumbre de nieve o sobre el imponente y quieto ademán de sus gargantas rocosas. Las víctimas recientes de la cólera andina reclaman nuestro recuerdo y nuestra condolencia fraternal.

Recordemos, pues, de forma rápida y sentida algo de la historia de la zona catastrófica andina. Porque zona de catástrofe resulta en todo caso, aunque en la medida del dolor humano, no siempre sea valorizada.

El volcán Sangay, por ejemplo, situado en una comarca más meridional que la de Ambato y Latacunga, es el mayor del mundo, pero vuelca la furia de su lava de infierno y la cólera inútil de sus paroxismos, en regiones deshabitadas; la roca líquida baja al valle y forma una amalgama con las aguas de un gran río: el Pastaza; nombre descriptivo y sincero como todos los de la heroica toponimia americana, donde tanto abundan los nombres que condensan una angustia de proezas geográficas. Portillo de las Vacas heladas, Barranco de Comecaballos, Canal de la Última Esperanza, Bahía de Sal si Puedes...

El trombolista subterráneo de Andreiev ha tronado bajo el Ecuador su más espantosa tarantela.

El sistema ígneo de la Cordillera empieza en Colombia con la alineación formada desde el Mesa Nevada de Arveo hasta el Gran Tolima, máxima culminación.

Desde aquí se reparten terremotos hacia los valles y hacia la meseta antioqueña: Medellín, el Medellín de Colombia, se ha visto derribado varias veces; Medellín, Manizales y otras más.

Pero sólo en su frontera con el Ecuador presenta Colombia sus volcanes por racimos: en Sotará, con el Tuquerres, el Ázufral y el Cumbal, con el tremendo Puracé.

Poco antes de la catástrofe de Ambato mostró el Puracé su gesto más reciente de hostilidad.

Visitaban su boca en calma un grupo de estudiantes; de pronto, un ligero estremecimiento lanzó por su ladera una momentá-



nea regurgitación de lava; doce muchachos quedaron sepultados y un nuevo estremecimiento escupiría, tal vez, algunos cadáveres disecados como una hoja reseca por el sol de los desiertos.

La zona sísmica del sur de Colombia cuenta con una antología de desgracias más densa que la del norte; en ésta, las ciudades de Honda y Mariquita, a más de las citadas, han sido víctimas del trombonista endemoniado dos o tres veces por siglo. En el grupo del sur fueron muy castigadas Popayán, Cali y Pasto.

Todo esto lo consideramos como antesala de lo que sigue más al sur.

Ya en terreno ecuatoriano intentemos un recuerdo. Nada concreto podemos decir de los paroxismos anteriores a la época de la conquista; pero, apenas iniciada ésta, se registran dos importantes terremotos en Quito, en los años 1540 y 1541.

Hay zonas que cuentan en la actualidad más de trescientos temblores al año; uno por día. La primera terrible erupción del Pichincha lleva fecha 1645: la naciente ciudad de Quito, quedó destruida. Dos años después un terrible terremoto recorrió 2.000 kilómetros de los Andes y aniquiló Santiago de Chile y todo el sur y el centro de aquel país.

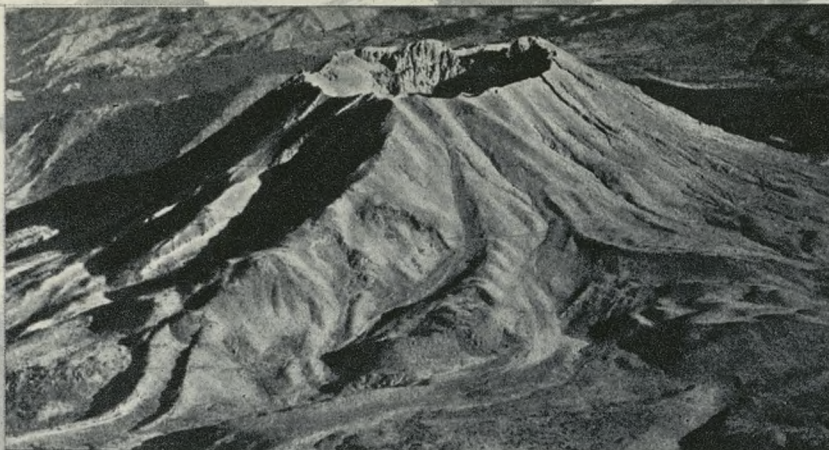
Mas para no abandonar el Ecuador, pase-mos al año 1660; era Virrey por entonces el gran don Luis Enriquez de Guzmán, conde de Alba de Liste; los soldados de a caballo españoles mostraron la alarma, al traducir la inquietud de sus cabalgaduras; el caballo es casi el único animal que presiente el terremoto; donde hay reunión de ellos, se les ve separar las patas como para sostenerse mejor y lanzar unos gemidos lúgubres, que sólo pueden llamarse relinchos, al considerar el órgano que los produce. La terrible erupción del Pichincha, en aquel año, erupción a la que se añadió un gran terremoto, fué presentida por los caballos. Debemos añadir el dato curioso de que los nobles animales se tranquilizan un rato antes de que comience el fenómeno y no dan durante él, mayores señales de alarma.

El seísmo más grande por su duración, de cuantos han ocurrido en el mundo, tuvo lugar en 1687 y llegó desde Arequipa, en el sur del Perú, hasta Quito. Su duración fué desde el 20 de octubre hasta el 2 de diciembre. El mar invadió en tremendos oleajes todas las ciudades de la costa, y la propia Lima fué destruida.

Te costaría más trabajo—dice Andreiew—llevarte a la boca una taza de café que a él encrespar el Océano, agitarlo, coronarlo de espumas y estrellarlo contra el continente. ¿Concibes fuerza semejante? Pero Andreiew no supo de este terremoto: hablaba en general de su trombonista subterráneo. Los escasos medios de la época se pusieron en juego y el esfuerzo humano alcanzó el límite de lo imposible.

El Virrey, duque de Palata, cuyo palacio se derrumbó, no quiso consentir un rato de sueño a cubierto, hasta que fueron socorridos todos los dañados, hasta que se sepultaron todos los muertos, hasta que fueron reconstruídos provisionalmente los hospitales. Dos meses y medio permaneció el pundonoroso funcionario de la Corona de España descabezando su corto sueño nocturno, en una choza que se instaló por su mano, en la plaza mayor de Lima.

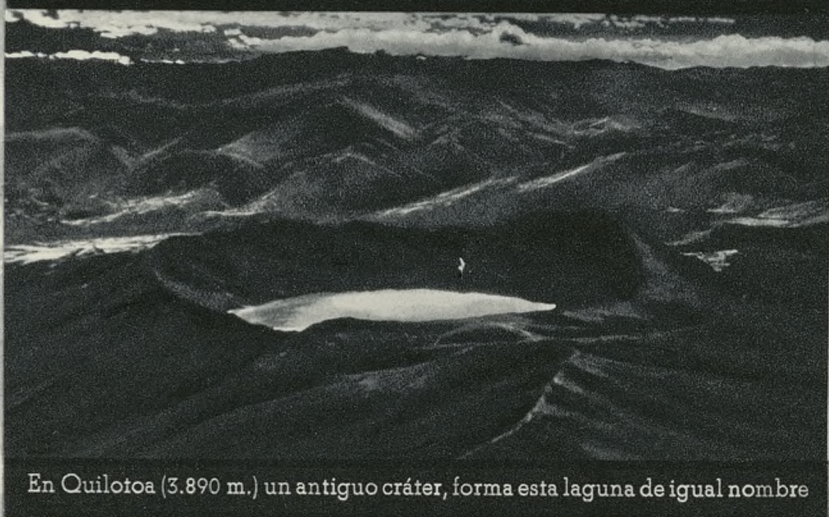
No en balde D. Pedro de Alvarado, primer hombre que cruzó los Andes del Ecuador en su totalidad y por sus comarcas peores, dijo en carta al Rey que se hallaba metido en «la más recia tierra del mundo»- Tierra recia en verdad donde las cumbres montañosas se elevan a máximas alturas, donde por muchas regiones no encuentra el «llama», donde asentar su diminuta pezuña, regida por una mirada que no conoce el vértigo. Tampoco los hombres de Alvarado conocían el vértigo ni la fa-



Cráter del volcán «Ubinas», junto a la ciudad de Arequipa (Perú).



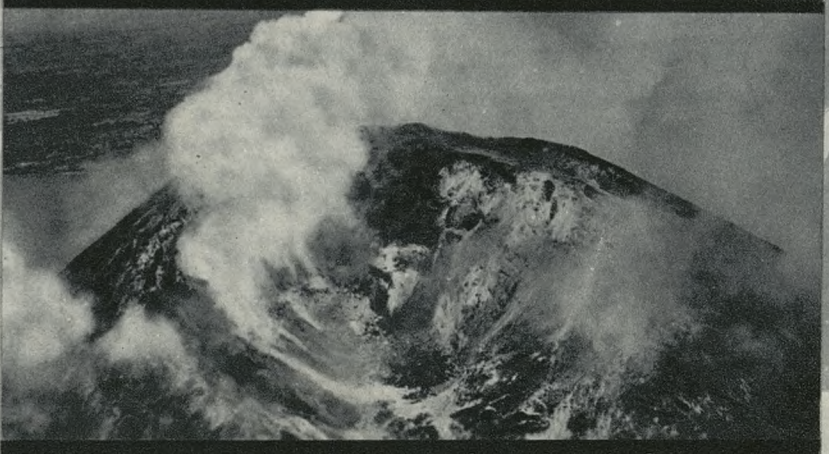
Las nieves son perpetuas sobre los Andes chilenos, perforados de volcanes



En Quilotoa (3.890 m.) un antiguo cráter, forma esta laguna de igual nombre



El volcán Aconcagua, a 7.040 metros, máxima altitud del continente.



Las nubes cubren el cráter del Momotambo, volcán de Centroamérica.

tiga, ni el miedo. Sólo la cuarta parte de los que comenzaron, pudieron contar el final; los demás quedaron helados en las cumbres o cayeron a los abismos con sus riquezas y hasta con sus familias, pues muchos llevaron sus mujeres y hasta sus hijos para enterrar en aquella geografía del diablo, sus ansias de tranquilo hogar.

La más recia tierra del mundo. Alvarado no tenía, sin embargo, una larga experiencia de seísmos: se refería a las alturas de «puna», al hambre, a los precipicios y al aire helado de los ventisqueros.

Ni los cadáveres que permanecerán incorruptos a causa del frío, ni los tesoros abandonados, se han encontrado después, aunque para ello se han organizado documentadas expediciones.

Esto parece asegurar que en los Andes del Ecuador nadie ha vuelto a poner el pie por donde pisaran los hombres de Pedro de Alvarado.

Si continuamos el recuerdo de algunas históricas convulsiones ecuatorianas, hemos de confesar que a final del siglo XVII y el comienzo del XVIII resultan particularmente interesantes.

No se despidió aquel siglo sin dos convulsiones semejantes a la última del pasado mes: su zona más castigada resultó como de costumbre Riobamba-Ambato-Latacunga. En 1707 un capricho del atroz trombonista se dedicó a cambiar el aspecto geográfico de la comarca. Donde había un cerro, puso un llano; donde se extendía un valle, levantó una altura; así por capricho y todo acompañado de su odiosa tarantera de ruidos subterráneos. En 1725 en el día de los Reyes Magos, un manotazo feroz borró el «cerro» de Ancacho y causó 2.000 muertes humanas. ¡Aniquiló totalmente un cerro!

No olvidemos que allí llaman «cerro» a una altura de 6.000 metros.

Todo aquel principio de siglo arrojó un total siniestro de destrucciones y muertes: El mar inundó la ciudad de Concepción; Lima volvió a reducirse a escombros; nuevas erupciones del Pichincha y nuevos terremotos en Quito y su comarca; ¡otra vez los nombres de Ambato o Latacunga envueltos en el prestigio macabro de sus paroxismos telúricos!

...hasta que llegó el 13 de octubre de 1746; si hemos calificado ya el mayor terremoto por su duración, debemos llamar a éste el más intenso y catastrófico. Llegó desde Quito hasta Chile y tuvo naturalmente que atravesar todo el inmenso Perú. El balance de desgracias fué aterrador. Se hundieron 80 iglesias, 12.000 casas y en la enorme longitud de la convulsión fueron aniquilados pueblos enteros; el Callao se redujo a 500 habitantes y entre Lima y Quito se desparramaron 8.000 muertos. Lo mismo en esta catástrofe que en la reciente de Ambato, debemos tener en cuenta para juzgar de su enormidad, que se trata de comarcas de muy escasa población; de pueblos esparcidos y pequeños. ¿Cuál no sería la intensidad de las sacudidas para llegar a ese número de víctimas?

A pesar de toda la experiencia sísmica, la última convulsión de Ambato ha resultado desoladora. Antes me he hecho eco de la exclamación cervantina que llama a Toledo «peñascosa pesadumbre». Los Andes multiplican por mil la frase famosa.

Por hoy nuestra condolencia de hermanos ante los desastres de Ambato; ante sus miles de muertos, sus templos aniquilados, sus pueblecitos engullidos por abismos y grietas. Muchos años han de transcurrir de calma en sus fecundos valles y de paz en la blancura de su cimera sublime, para que al contemplar los Andes como huéspedes eternos del paisaje suramericano, como su acusado prestigio vertical, no acuda a nuestros labios la frase cervantina: «¡Oh peñascosa pesadumbre!»



La señorita Carmen Franco Polo, acompañada por el poeta Lope Mateo, en los Juegos Florales de que fué Reina, celebrados en Burgos con motivo del Milenario de Castilla.



El ex ministro y escritor, conde de Guadalhorce, mantenedor de los Juegos Florales de Tortosa, pronuncia su discurso, ante el micrófono, en el acto del certamen.

Vida y razón de los Juegos Florales

A partir de la Cruzada española de Liberación, el romanticismo ideológico que tuvo en las trincheras las trágicas sonoridades del cañón y de la muerte, sirvió para reavivar la espiritualidad de España. Un movimiento juvenil puso en marcha la canción guerrera y el romance heroico, y la poesía fué, desde entonces, como contrapunto de la grande gesta.

Sonaban los versos, apretados en fresca inspiración, con el brío resuelto de la raza, y las gentes sentían el regusto de los hechos gallardos en la fortuna poética de los romancesadores de aquella hora. Y aunque fué escasa la producción sobre temas guerreros, de ellas nos han quedado muestras muy estimables. Pero no llegó a cuajar el poema definitivo, el que corresponde a la magnitud de la hazaña y al dolor de su aventura.

Mas aquel renacimiento poético se fué trasvasando a esas fiestas de

exquisita selección, en que la belleza femenina toma del brazo a la poesía del trovador improvisado, en el escarceo literario de unos Juegos Florales que vienen a ser como campanada sonora que retiñe en la serenidad de una paz tan dolorosamente conquistada. Las Justas Literarias han hecho ya costumbre en muchas de las ciudades de España y

en sus torneos se abren caminos inesperados a los ingenios desconocidos, consagran su fama los que ya comenzaban a triunfar, y las gentes se habitúan lentamente al deleite de la armonía y de la emoción de los versos bien sentidos y logrados. La sonrisa displicente de muchos, cuando oyen hablar de estas actividades, así como la enemiga declarada de algunos de nuestros valores poéticos, no está siempre justificada. De común, los certámenes poéticos organizados en las capitales españolas son dignos de todo elogio, porque



La señorita Franco Polo, rodeada de su Corte de Honor —damas de diez provincias de Castilla— en el Certamen del Milenario en Burgos.

se sabe esquivar en ellos el peligro de lo amanerado que puede llevar al ridículo cuando se intenta dar en lo sublime. La participación en estos concursos de poetas españoles ya consagrados ha contribuido a dignificar las justas literariamente, a librarlas de una posible cursilería y a estimular a los noveles en su afanosa tarea de hacer buenos versos ante la posibilidad de un generoso galardón y, sobre todo, del justo renombre que el triunfo pueda depararles.

GEOGRAFIA POETICA ESPAÑOLA

Pero en este sarpuñado poético español, no todas las provincias han reaccionado igualmente. Hay algunas que parecen dormidas en su indiferencia. Es Levante —cuya tradición en la materia cuenta copiosas manifestaciones en estos certámenes del «gay saber», bajo la influencia de la cultura provenzal— en donde se ha dado, en estos últimos años, una verdadera floración de Juegos Florales.

Desde Cataluña hasta Cádiz, rara es la población de alguna categoría que no haya instituido ya como tradicional la organización de sus justas literarias con ocasión de las fiestas patronales, con motivo de algún especial acontecimiento o cuando cualquiera circunstancia especial lo justifica. Barcelona y Valencia figuran al frente de este intenso movimiento de torneos literarios. Aragón, el Norte, las provincias gallegas y ambas Castillas se han resistido más largamente a dejarse seducir de la marea poética actual, aunque ya se han registrado muy loables solemnidades literarias en algunas provincias de las regiones señaladas.

Siguen Navarra y las Vascongadas, inmunes a la afición, aunque Vitoria, en los días de la guerra, otorgara una flor natural. La Montaña, Asturias, Lugo y La Coruña han comenzado a organizar actos que han revestido indiscutible brillantez y han contado con la aportación de trabajos muy notables de poetas de renombre nacional.

UN PROTOCOLO SIN PROTOCOLO

Dignas de ser estudiadas son las formas de organizar los actos públicos de los Juegos Florales. Pues, mientras en los pueblos levantinos se calcan las ceremonias en el protocolo medieval, en todo aquello que puede ser adaptado a los actuales gustos, en otras provincias se desarrolla la fiesta con arreglo al criterio, más o menos aceptado, de improvisados maestros de ceremonias que «asimilan» lo que han visto, o lo crean según su concepto de la elegancia social o de las modalidades versallescas que encajan en las posibilidades de cada localidad.

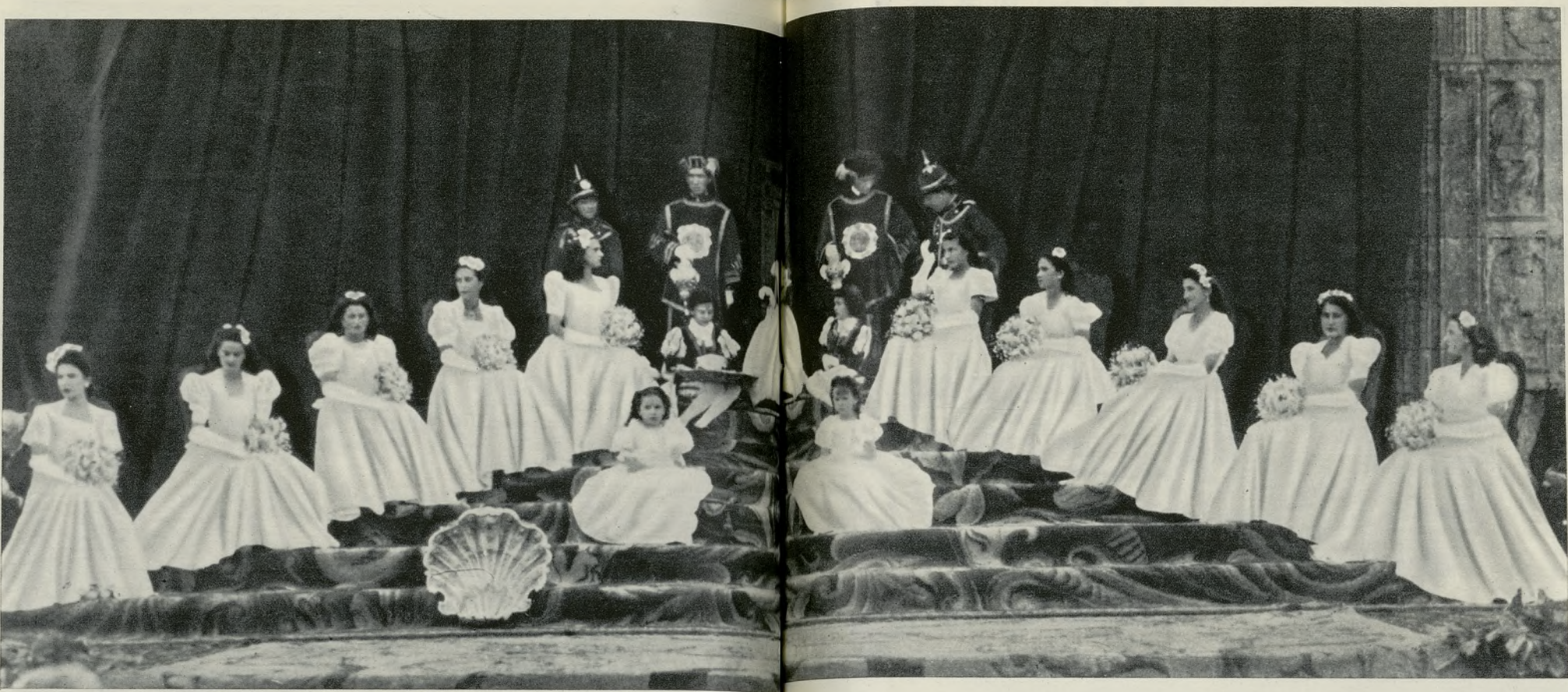
Los Juegos Florales, pues, tienen su protocolo, tanto en la imposición de la famosa trilogía: Fe, Patria y Amor, cuanto en el ritual a que inexorablemente se ha de ajustar la celebración de los actos públicos. Pero el protocolo deja de serlo, casi siempre, para adquirir color, sabor y hasta aventura en lo improvisado y pintoresco, cuando el afán de la innovación pone en marcha los esfuerzos imaginativos de los organizadores.

La primera innovación del viejo ceremonial se da en la elección de la Reina de la fiesta. Ya no es el poeta premiado quien la designa, sino los organizadores del certamen, porque tampoco se conforman nuestros ingenios con el romántico presente de una flor natural recibida de manos de una gentilísima dama, sino que la quieren ver acompañada de un espléndido cheque. Otra novedad de los Juegos Florales es la participación de los prosistas en abundantes temas, también munificamente retribuidos, y en ellos se da participación a escritores de las más distintas aficiones y de la más heterogénea formación.

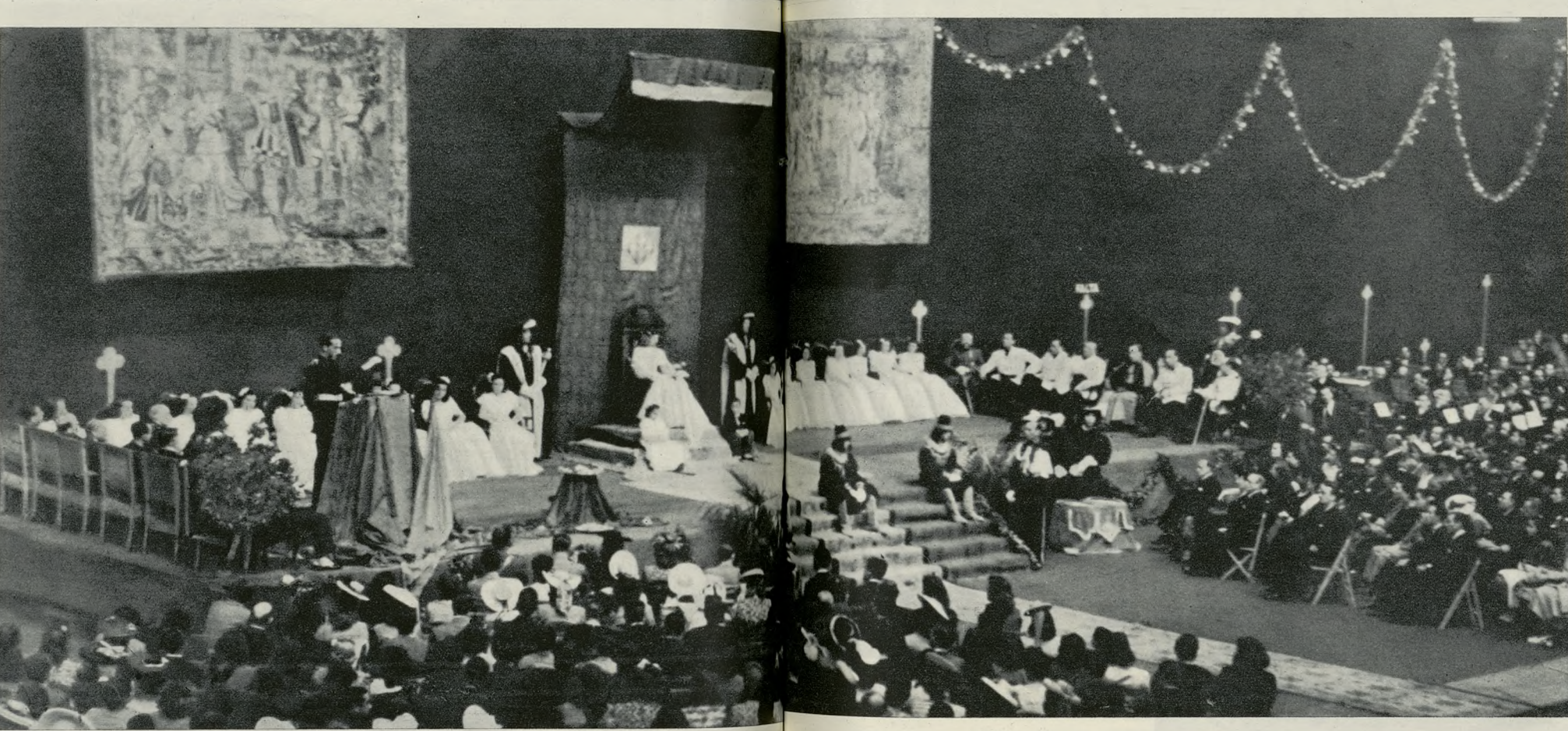
PREDOMINIO DE LA POESÍA

Todo ello no es obstáculo para que la fiesta se mantenga en su original tendencia poética. Porque los trabajos de los prosistas no llegan a conocimiento del público, si no se les airea en las páginas de portfolios o libros en que se recogen los trabajos galardonados en cada certamen. Ante el público solamente se recitan las composiciones poéticas, los finos madrigales, las grandilocuentes exaltaciones patrióticas, las místicas suavidades religiosas... Es decir, la poesía que salta del silencio

Cádiz ofrece en sus Juegos una estampa dieciochesca. La Corte del Certamen de Tortosa, ciudad del Ebro, junto al Lacio mar.



Reina y Corte de Honor en los Juegos Florales de la ciudad del Apóstol, de Galicia, donde la concha del peregrino constituye un motivo heráldico.



Aspecto del salón durante el Certamen Poético en los Juegos Florales de Lleras, justas poéticas en que el ingenio español ha alcanzado fama y renombre.

de una labor de taracea al brillo de la recitación y al aplauso de las multitudes sugestionadas. La esquivia gloria, en fin, que se deja aprisionar por el relámpago intuitivo de la bella expresión, o por la filigrana certera de una imagen acabada.

Se puede, pues, afirmar que es innegable la influencia que esta clase de actividades literarias ejerce en los públicos hasta ahora apartados o indiferentes a todo lo que no sea prosa corriente y moliente. No existe en España afición poética y es menester que las gentes se vayan aficionando a paladear los buenos versos, sirviéndoselos, como manjar des-acostumbrado para ellos, en la envoltura amable de la magnificencia y del esplendor exteriores de que la fiesta es revestida.

¿Qué es difícil y largo empeño este proceso de educación de los gustos colectivos?... Nadie lo duda. Pero lo difícil de una empresa no justifica el abandono de la misma. Y si es conveniente la depuración del gusto público, hay que conseguirla por todos los caminos que estén a nuestro alcance, y no es posible negar la eficacia de este ejercicio continuado de las justas poéticas.

LA TECNICA DE LOS JUEGOS FLORALES

Muchas veces se nos ha hecho la misma pregunta: «¿Pero es que existe alguna técnica especial para los Juegos Florales?» Técnica literaria, no. La misma que impone la preceptiva poética, avalada y ennoblecida por el valor de la propia inspiración. Todas las formas poéticas pueden tener, y tienen de hecho, cabida en esta clase de certámenes.

La técnica —si así se la quiere designar— es más bien el acierto psicológico con que el poeta se enfrenta con su tarea, al tener en cuenta las circunstancias de lugar, de jurados, de temas, de fines y de público que han de concurrir en cada caso. En la enseñanza que proporciona el ejercicio, la lección que se toma del ambiente, de conocer los gustos de unos y otros, de calibrar la especial cultura y los gustos de aquellos que han de ser discriminadores de sus trabajos, de lo que espera el público que ha de escuchar los versos, de todos esos imponderables que sólo la perspicacia inteligente de los autores puede descubrir si en ello se empeñan.

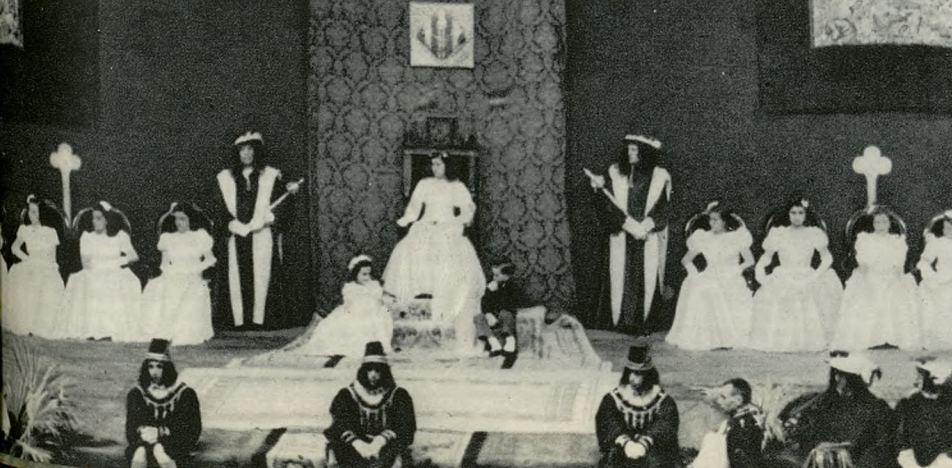
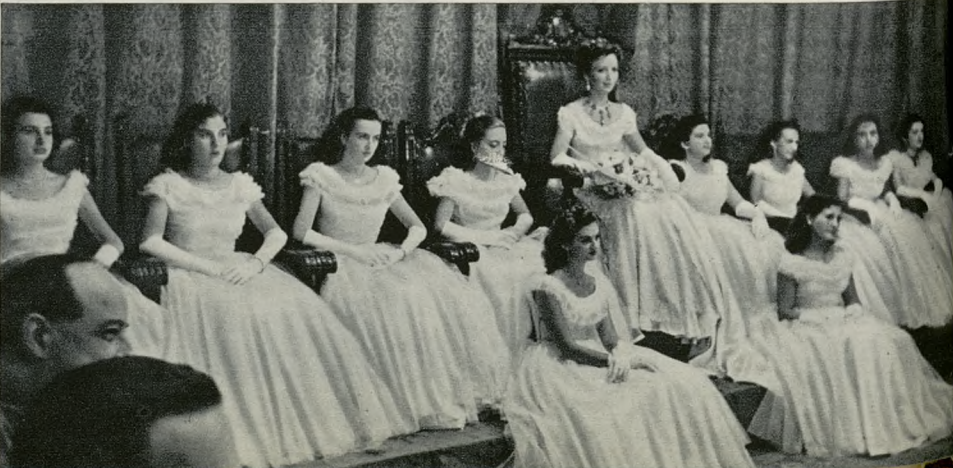
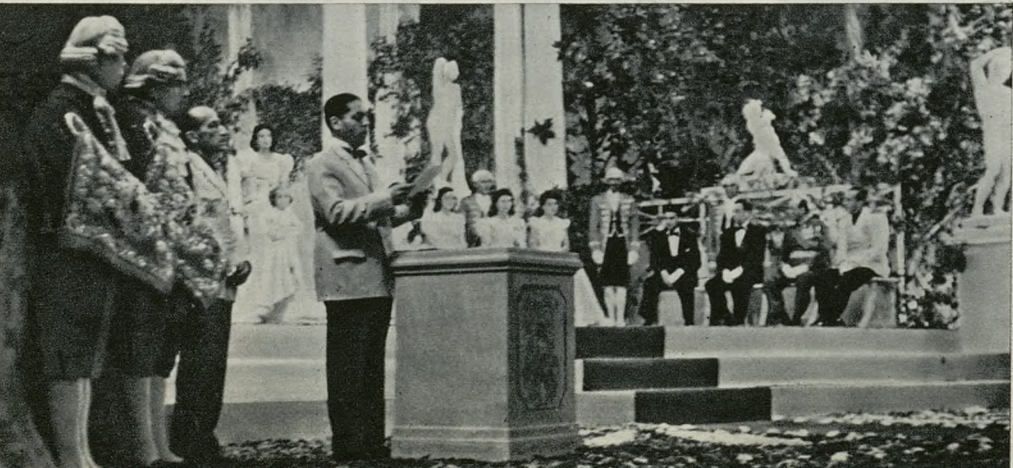
La fórmula más hacedera es aquella que se cifra en esta simple expresión: «Los Juegos Florales exigen versos esencialmente teatrales.» Y esto es así porque a la fiesta pública en que aquéllos desembocan concurren gentes de la más diversa formación, de los gustos más dispares y aun de un total desconocimiento de la poesía. Los versos han de ser declamatorios, fáciles de expresión, brillantes de forma, intencionados en su contenido, sonoros y armoniosos, con imágenes lisas inteligibles al correr vertiginoso del lenguaje. Es decir, hay que popularizar el verso para que llegue a todos y todos encuentren en él un mínimo de belleza y de emoción.

Mucho pudiérase decir si se quisiera puntualizar el ceremonial de los Juegos Florales, si se trajese a este reportaje la experiencia personal a lo largo de la mayor parte de las provincias de España, si se evocasen recuerdos sobre anecdotarios, si se puntualizase la picaresca inevitable y se jalonasen con datos históricos estas notas. Pero, la discreción, tiene sus leyes, y la modestia, su imposición, y el espacio de que disponemos no da para más, y aquí quedan estas impresiones nacidas, más al influjo de un personal criterio, que como fruto de un discreto habido entre habituales o esporádicos colaboradores de los Juegos Florales.

Los cuales, a pesar de las diatribas de no pocos y del menosprecio sospechoso de algunos, atraen, cada vez más decisivamente, a cultivadores de la poesía que gozan de justo renombre nacional. Con ellos y por ellos, si no se restablece en su primitiva fisonomía esta fiesta del bello decir, por lo menos puede ser mantenida como un palenque de selección poética, como escuela pública de noveles trovadores y como instrumento de cultura popular. Que cuando el pueblo guste de saborear la poética afortunada, entonces podremos aspirar a sola la flor natural, sin otro galardón. Que ya lo es bastante saber que nuestros versos no han de morir apenas nacidos; sino que, los años idos, andarán de boca en boca, como las rimas de los romanceros...

MANUEL GONZALEZ HOYOS

En Lérida las fiestas tienen aire de juglaría antigua. Eduardo Aunós, político, escritor, músico y poeta, mantiene los Juegos de Lérida.



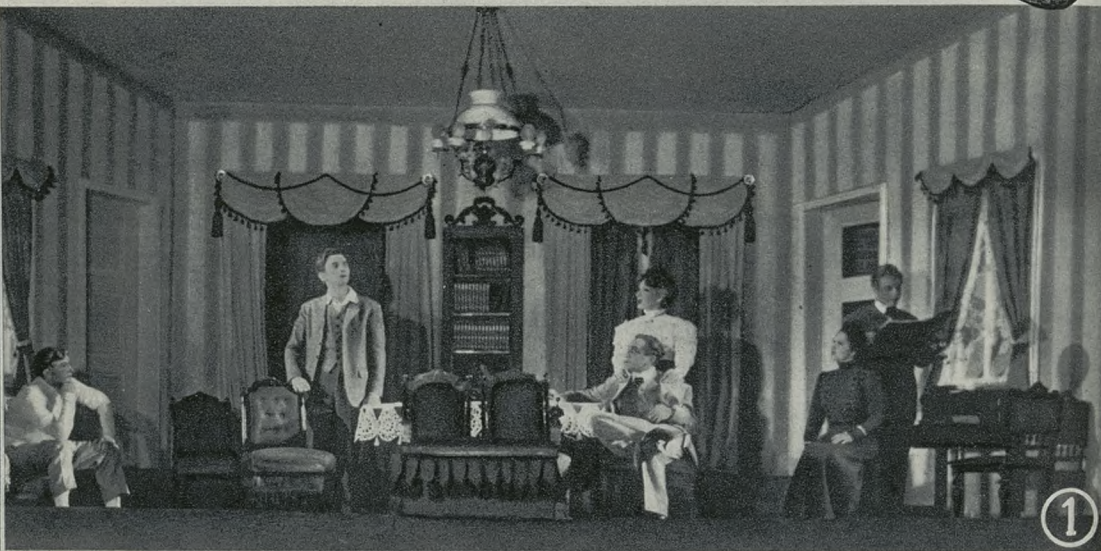


EL TEATRO DE ENSAYO DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

HASTA hace menos de diez años, Chile, que ya se destacaba entre los países hispanoamericanos por una decidida vocación artística, muy especialmente en poesía y música, se mostraba muy alejado de las inquietudes teatrales. Apenas si dos o tres compañías profesionales chilenas y otras tantas españolas, en breves jiras, sólo a la capital, daban a conocer un repertorio escaso y carente de calidad artística. Pero, en el transcurso de este último decenio, se ha logrado que el teatro pasase en Chile de la nada a realizaciones de una verdadera calidad artística. Como en muchas otras iniciativas semejantes, el honor de estas corresponde a los jóvenes universitarios. En 1941 el Teatro Experimental de la Universidad de Chile y dos años más tarde el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, inician una labor que ha logrado la formación de un ambiente teatral y de un grupo de competentes actores, directores y escenógrafos.

Queremos referirnos hoy al Teatro de Ensayo. El milagro que va desde aquel modesto esfuerzo del año 1943, que presentó en una pequeña sala de barrio, el Teatro Miraflores, la versión del Auto Sacramental Anónimo, «El Peregrino», hasta las recientes y magníficas representaciones que se han hecho en el Teatro Municipal de obras como «El Burlador de Sevilla», de Tirso; «Donde aparece la Cruz», de O'Neill, etc., está ligado fundamentalmente a dos nombres: Pedro de Mortheiru y Fernando Debesa.

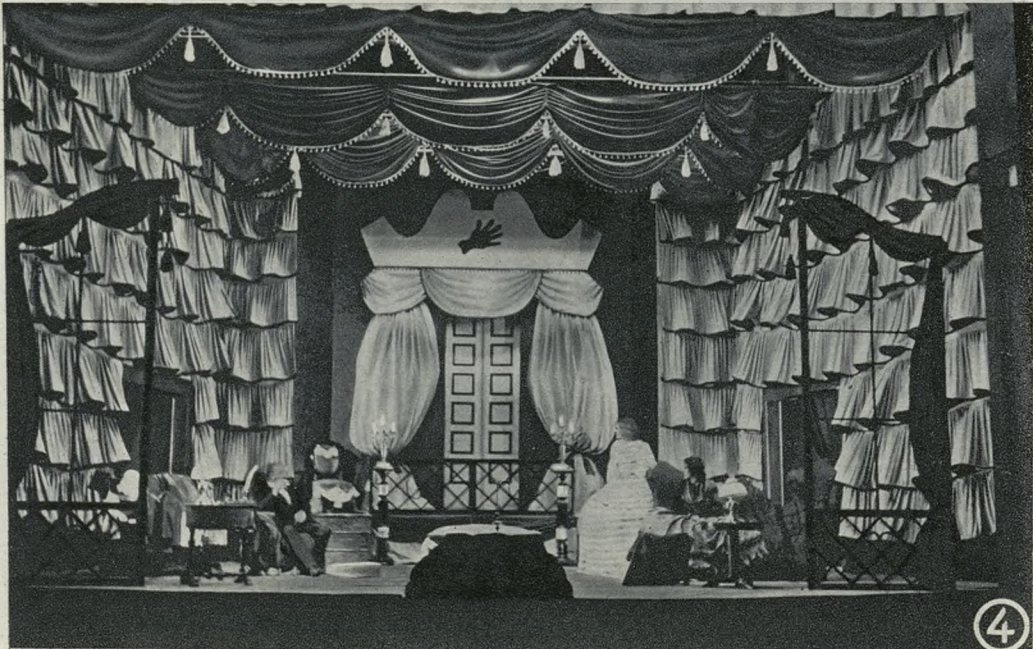
En la dirección el primero, y el segundo como



escenógrafo y figurinista y co-director, han logrado en seis años un grupo fervoroso y disciplinado de vocaciones teatrales en una pequeña Escuela de Arte Dramático. Con estos elementos han ido presentando, con perfección creciente cada año, obras del mejor teatro universal, clásico y moderno, nacional y extranjero. Si bien es cierto que este ha sido el objetivo fundamental, el Teatro de Ensayo ha cumplido también otros de gran importancia. Entre ellos el haber educado al público, al crear un verdadero hábito de buen gusto teatral y junto con ello una honda inquietud artística en los círculos más diversos. Por otra parte, la formación de los elementos del Teatro de Ensayo ha sido considerada en toda su amplitud. Se busca hacer de cada uno un hombre de cultura honda y cabal, en quien la expresión teatral nazca alimentada de una amplia visión cultural, ya que se considera el Teatro como elemento de cultura universitaria.

El repertorio presentado por el Teatro de Ensayo demuestra una gran amplitud y una superior ambición estética. Además de las obras señaladas anteriormente, debemos recordar: «El abanico», de Carlo Goldoni; «La Comedia de la felicidad», de Evreinoff; «El Gran Farsante», de Balzac; «Contigo en la soledad», de O'Neill, y «Comedias de guerra», friso escénico del autor chileno Santiago del Campo. En la actualidad, el Teatro de Ensayo monta «La Anunciación a María», de Claudel; «Pígalión», de Shaw y anuncia como próximos extremos «Asesinato en la Catedral», de Eliot, y la adaptación teatral de Fernando Debesa, de la novela de Blest Gana «Martín Rivas».

L. G. R.



Arriba: Pedro de Mortheiru y Fernando Debesa, Director y escenógrafo respectivamente del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.—Foto 1: Escena de «Contigo en la Soledad», de O'Neill.—Foto 2: Escena final de la comedia «El abanico», de Carlos Goldoni.—Foto 3: «El burlador de Sevilla», de Tirso de Molina.—Foto 4: Escena de «El gran farsante», de Balzac.

23 PREGUNTAS MAS

Por

JAVIER OLAVIDE

Contestar correctamente a 16 de estas preguntas significa ser un especialista en temas hispánicos. Contestando a 10, demostrará usted estar en magníficas condiciones para llegar a serlo. Y si ni siquiera 5 veces da usted en el clavo..., pues, la verdad, es que no debe presumir de saber mucho de estas cosas.

1. EL ALUMBRADO PÚBLICO DE BUENOS AIRES LO INSTAURÓ EN 1771 UN GOBERNADOR QUE ERA, POR CIERTO, CRIOLLO MEJICANO. ¿RECUERDA USTED SU NOMBRE?

2. ¿DÓNDE SE HALLA EL CHIRIQUI, CUMBRE VOLCÁNICA, CORONADA POR MAGNÍFICO CRÁTER, QUE SOBREPASA LOS 3.500 METROS DE ALTURA?

3. ¿CÓMO MURIÓ EL GENERAL SUCRE?

4. DÍGANOS USTED A QUÉ INSTITUCIÓN ESPAÑOLA SE REFERÍA EL POETA CHILENO PEDRO DE OÑA AL ESCRIBIR ESTOS VERSOS:

"¡Oh tribunal sublime, recto y puro,
en que la fe cristiana se acrisola,
su torre de homenaje y fuerte muro
donde bandera cándida tremola!"

5. ¿SABE USTED EN QUÉ CIUDAD BRASILEÑA FUÉ CREADO EL PRIMER GOBIERNO CENTRAL?

6. ¿Y CÓMO SE LLAMA LA MONEDA NACIONAL DE VENEZUELA?

7. ¿CON QUÉ PAÍS FIRMÓ MÉXICO EN FEBRERO DE 1848 EL TRATADO DE GUADALUPE HIDALGO?

8. ¿SABE USTED QUÉ PUEBLOS INDÍGENAS CELEBRAN LA FIESTA DEL ATAMALQUALIZTLI?

9. EL PRIMER CONGRESO DE LA REPÚBLICA PARAGUAYA, ¿QUÉ SISTEMA DE GOBIERNO ELIGIÓ?

10. ¿SABE USTED DE DÓNDE SE DERIVA EL NOMBRE DE NICARAGUA, QUE DIERON A ESTE PAÍS LOS CONQUISTADORES GONZÁLEZ DÁVILA Y ANDRÉS NIÑO?

11. "EL MEJOR TESORO QUE EL REY HA E EL QUE MÁS TARDE SE PIERDE, ES EL PUEBLO CUANDO ES BIEN GUARDADO". ¿SABE USTED DE QUÉ INMORTAL LIBRO ESPAÑOL ES ESTA CITA?

12. ¿SABE USTED EN QUÉ CAPITAL SE APARECIÓ NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE, EN 1696?

13. EN 1764 SE ESTABLECIÓ UN CORREO MENSUAL ENTRE LA CORUÑA Y UN PUERTO AMERICANO. ¿SABE USTED CUÁL ERA ESE PUERTO, CENTRAL DISTRIBUIDORA PARA TODAS LAS INDIAS?

14. DÍGANOS USTED DÓNDE SE HALLA EL AEROPUERTO DE TOCHO.

15. ¿EN QUÉ PAÍS ES UN INSTRUMENTO INDÍGENA EL "QUIJONGO"?

16. EN 1535, PIZARRO FUNDÓ LA CIUDAD DE LIMA. PERO ¿CÓMO SE LLAMABA ENTONCES ESTA CIUDAD?

17. ¿SABE USTED EN QUÉ DÍA CELEBRAN LOS FILIPINOS EL ANIVERSARIO DE SU INDEPENDENCIA?

18. ESCOLÁSTICO ANDRINO Y EUSEBIO CASTILLO FUNDARON EN 1860 LA PRIMERA ORQUESTA SINFÓNICA DE SU PAÍS. ¿QUÉ PAÍS?

19. SI USTED OYE HABLAR EN MONTEVIDEO DE LA CAPILLA Y CALERA DE LOS HUÉRFANOS, DEBE SABER QUE SE TRATA... ¿DE QUÉ?

20. ¿DÓNDE SITUARÍA USTED LA CIUDAD COSTERA LLAMADA PUERTO PLATA?

21. ¿EN QUÉ CAPITAL HISPANOAMERICANA SE ENCUENTRA EL PARQUE FINLAY, CON UN MONUMENTO A ESTE SABIO CUBANO VENCEDOR DE LA FIEBRE AMARILLA?

22. LA FAMOSA CATEDRAL DE SAN JUAN BAUTISTA, QUE DATA DEL SIGLO XVI, ¿DÓNDE SE HALLA?

23. ¿A DÓNDE SE ENCAMINABA LA FLOTA MANDADA POR PEDRO ALVAREZ CABRAL DESDE LISBOA, QUE LAS CORRIENTES LLEVARON HASTA COSTAS BRASILEÑAS?

WALSH EN BOSQUEJO

Por J. L. VAZQUEZ DODERO

POCOS extranjeros habrán amado a España como este sajón vigoroso que se diría nacido de gente hispana en un trozo de tierra española traspuesta a los Estados Unidos. De otro modo no se explica una identificación de sus sentimientos con los que han servido para trazar las páginas más estupendas de nuestra historia.

Se pueden intuir muchas cosas, se puede razonar, comprender y admirar; pero cuando se ama espontáneamente lo más característico de un pueblo remoto y dispar, y un espíritu se penetra totalmente con sus anhelos y se explica sin esfuerzo sus empresas y sus proezas, nos encontramos ante un fenómeno digno de estudio por interesante y por raro. Estas líneas no pretenden acometerlo, sino sólo evocar la simpatía, el saber, la campechanía española de William Thomas Walsh.

No sé cuántas veces vino a España. La última fué hace tres años con motivo de su viaje a Portugal, donde recogió testimonios y documentación para su libro sobre la Virgen de Fátima, que, por cierto, si no el más seguro, es, sin duda, el más ameno que se ha escrito acerca de tema tan dulce.

Dulce era también él como escritor, a pesar de su condición batalladora y ardida. Porque el polemista belicoso encerraba un alma limpia, y sería superficial el juicio que reparase sólo en el ardor con que defendía sus ideas y creencias.

Walsh era un espíritu fuerte y denodado, quijotesco, soñador, muy viril. Pero, como algunos españoles de los siglos grandes, ocultaba bajo su armadura de guerrero un alma temblorosa y mística, capaz de amar, de conmoverse, de compadecer, ni más ni menos que la de cualquier buen frailecito de los que emigraban para evangelizar el mundo recién descubierto.

Por eso los libros de Walsh están tocados de fogosidad y vehemencia, pero pasa por ellos un aura de caridad que los dulcifica.

Esta caridad, que no está de más en ninguna parte, embellece especialmente la producción de los pocos hombres que aún saben apreciar en el mundo actual el valor de la palabra verdad, que creen en ella, que saben que su contrario es el error, y que sacan de esta creencia conclusiones definitivas.

Sin duda, hay un modo eminente de caridad que consiste en servir a la verdad, sacrificándola todo. De León Bloy se ha dicho con razón que era la caridad quien alimentaba su cólera. Sin embargo, lo que es originariamente un acto de amor puede resultar dañado por el uso de medios no caritativos. Amor y desamor conviven a veces; el uno inspira la intención y el otro caracteriza la forma. La violencia es el peligro de la virilidad mental, de la fe segura y robusta.

Así también la infidelidad, la deslealtad y la apostasía son los riesgos que acechan a los espíritus débiles. El gran patrón de todos éstos podría ser Erasmo, que con su "suavidad aterciopelada" representa el tipo acabado del intelectual que pone siempre su propio interés por encima de los intereses de la verdad. En la espléndida biografía que de él escribió Huizinga, este historiador escéptico, frío y sereno, llega a sentir irritación "por el modo como Erasmo esquivaba las afirmaciones definitivas", por su "inveterada repugnancia a tomar partido", por su "continua flaqueza", por su afán "de navegar entre dos aguas sin comprometerse".

Nadie más distante de este tipo de intelectual y de hombre que el noble, el puro, el tiernamente severo William Thomas Walsh, para aplicarle expresiones que le convienen y que Valéry dedicó a José de Maistre. A la manera de éste y de algunos otros, el historiador americano concebía la historia como un drama moral. Así se explica que formen en unas filas y que, sin falsear nunca los datos ni faltar a la verdad histórica, militen en uno de los bandos con la más generosa entereza. Gregorio Marañón ha visto bien, a propósito de Walsh, cómo "la gran trama de la historia humana es la lucha del mal contra el bien, del Anticristo contra Cristo; sólo los lectores enfermos de frivolidad dejarán de percibir que ese inmenso drama es el verdadero argumento de la biografía de Felipe II y de todos los reyes y personajes que han existido y existirán".

Por ello, los temperamentos débiles y conciliadores vienen a tener, como Erasmo, un alma filológica y cantora, que trata, ante todo, de ahorrarse adversidades. Son aves tímidas y bonitas. Mientras que estos otros hombres al estilo de Walsh representan el papel del mastín, que ladra honradamente por todos en la oscuridad de la noche.

Pero con arte, si los canes pueden tenerlo.

Walsh no era un preciosista en quien los medios de expresión se convierten en fin. No tenía esa preocupación que ha causado estragos en algunos géneros literarios, por ejemplo, en la novela.

En cierto modo, el preciosismo es incompatible con la gravedad religiosa de su carácter. No se puede echar una mirada a la vida como la que él había echado y después quedarse en Narciso y cultivar la historia sólo para acreditarse de refinado prosista.

Walsh comprendía y amaba a la Cristiandad; su comprensión y su amor a España procedía de aquí. Esto bastaba para inmunizarle contra toda frivolidad estética.

Sin embargo, tenía una pluma amena y brillante, con ese brío que nunca falta a quien siente hondamente el amor y el aborrecimiento; y unas veces se le inflamaba, al tocar los temas que más le conmovían, y otras se le convertía en pincel para pintar cuadros llenos de animación y colorido.

Lord Cecil y Cisneros, Isabel de España e Isabel de Inglaterra, Farnesio, Orange, Don Juan de Austria, le deben, entre otros muchos, hermosos retratos.

¡Y qué emoción tienen sus evocaciones cuando el asunto ha hecho saltar la chispa de su indignación o de su entusiasmo! Pocos han descrito con mayor vigor las asechanzas de los enemigos del Cristianismo, las secretas conjuras, el *odium Christi*, la fuerza implacable de la protervia.

Otras veces el sosiego de Avila, los hidalgos de la familia de Teresa, la Santa misma, las murallas de la ciudad, el rumor del Adaja, el silencio que envuelve tierras, casas y hombres, dictan a Walsh páginas de hondo fervor español y católico. Suele pasar por ellas una onda lírica que nace de la entraña misma del objeto, reflejado en un estilo de llaneza elocuente y fluidez muy grata.

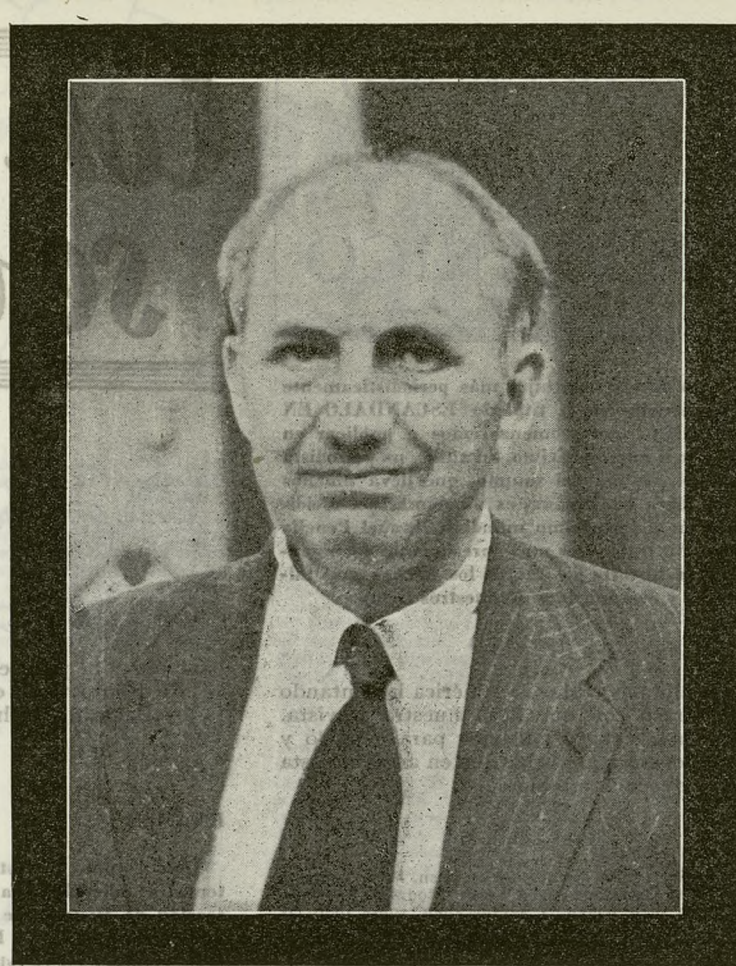
La mayor tersura la guardaba acaso para las ocasiones más solemnes. Por eso la descripción de la batalla de Lepanto es una de las más bellas y compuestas que del glorioso hecho se han escrito.

Amó a España y peleó por ella y por los que un día fueron ideales unánimes de los españoles. No tuvo miedo a desencantarse al pisar nuestra tierra, como lo tuvo siempre otro hispanista, Ludwíg Pfandl, que fué, por eso, como aquellos bucólicos que cantaron la imagen idealizada de un campo que no vieron.

Menos riguroso que un Vossler, poseía Walsh caudalosa información, y trató de explicarse nuestra historia, junto con la europea y aun la universal, por sus móviles espirituales más trascendentales.

Fué también un apóstol y un gladiador como los teólogos incansables de la edad de oro, como los conquistadores y adelantados, como todos los españoles intrépidos a quienes veneraba y cantaba.

Y, sin embargo, no trató de galvanizar cosas inertes, sino de llamar la atención al mundo sobre lo que hay de perenne en una civilización que se basa en el nacimiento de Cristo.



1. Don Juan José de Vertiz y Salcedo.—2. Panamá.—3. Asesinado por los británicos.—4. El Tribunal del Santo Oficio.—5. Bahía.—6. El bote de la flota.—7. Estados Unidos.—8. Los quichés, en Guatemala.—9. Dos de las Siete Partidas.—10. Del nombre del cacique Nicara.—11. El Código de las Siete Partidas.—12. Quirio.—13. La Habana.—14. En Bogotá, Colombia.—15. Costa Rica.—16. Ciudad de los Reyes.—17. El 4 de julio.—18. El Salvador.—19. De unas interesantes ruinas de edificaciones de los jesuitas.—20. República Dominicana.—21. Tegucigalpa.—22. Puerto Rico.—23. Calicut, India.

23 RESPUESTAS

Uno de los reportajes más periodísticamente sensacionales es el titulado ESCANDALO EN AMERICA, que comenzaremos a publicar en nuestro número próximo. Su autor, un periodista español, viajero del mundo, que lleva muchos años fuera de España, es un nombre conocido en el periodismo mundial: Manuel Penella Silva. Su trabajo es un impresionante documental y la historia de uno de los hechos más fallados y desconocidos de nuestros tiempos.

Recibimos cartas de América lamentando el retraso con que llega nuestra Revista. Hacemos cuanto podemos para evitarlo y casi podemos anunciar que en adelante esta falta quedará subsanada.

Gracias a todos los que nos escriben. M. H. contesta todas las cartas que recibe y estima todas las sugerencias que se le hagan. Y agradecemos, sobre todo, las críticas, aún más que los aplausos si es que alguna vez podemos merecerlos.

En el próximo número publicaremos un interesante artículo de Luis de la Barga titulado "Fados, violas y guitarras". Las melodías que cantan las regiones de la vieja Lusitania e asomarán a las páginas de nuestra Revista.

Un magnífico trabajo sobre el maestro de la imaginería barroca, único en el mundo, Juan Martínez Montañés, ilustrado con reproducciones de algunas de sus obras más extraordinarias, aparecerá en las páginas del próximo número.

Benavente decía que la fe de erratas al final del libro no corregía ninguna y las recordaba todas. De todos modos, por si se salvan o no, y en cualquier caso por rectificar omisiones, informaremos de tres, habidas en el último número de "M. H.", y el lector sabrá si apareció alguna más.

La primera se refiere al autor del trabajo titulado "Plazas de España", que corresponde a la rúbrica de Enrique Azcoaga. Teniendo en cuenta las biografías que dábamos en la pág. 58, y por el acreditado procedimiento policíaco de la eliminación, pudo el lector determinar que Azcoaga—el primero de los biografiados—era el autor de "Plazas de España".

La segunda—seguimos el orden de paginación—hace referencia al maestro "Azorín". En el reportaje sobre la Real Academia Española de la Lengua damos el pseudónimo de "Azorín" como ocupante de un sillón. Y entre los académicos, fallecidos, que habían pasado por dicho asiento, figura José Martínez Ruiz. No es que reconozcamos que "Azorín" ha matado a Martínez Ruiz hace años, y no hace falta aclarar que "Azorín" y José Martínez Ruiz son una e indivisible persona. Quien se llama José Martínez Ruiz por la pila y la cuna—y el registro—se llama "Azorín" por apodo de guerra. Y que el maestro "Azorín"—antes que los lectores—nos perdone la errata.

La fe de erratas se cierra con la que cayó sobre Alberto Clavería. Entre las notas biográficas del último número, la postrera—con la "foto" de un joven casi barbilampiño, de cara alargada y aguda—no citaba ningún nombre personal. Sin embargo, relataba, por lo breve, el "curriculum vitae" de Alberto Clavería, autor del trabajo sobre la pelota vasca. Aquí, más que el de eliminación, hubiese convenido al lector el procedimiento psicológico.

Benemérita Institución se llama a la Guardia Civil española. Es éste uno de los Cuerpos militares más curiosos y de mayor aboleño del mundo. Con un reportaje gráfico, inédito y exclusivo, M. H. presentará en el próximo número unas páginas sobre este tema.

Con buen humor se llega lejos



barbudo y al parecer el más irreductible de aquéllos.
El dibujo tenía este pie formidable:
—¡Bastal... Me ha convencido usted. ¡La tierra es redonda!

EXAMEN

Don Antonio Ballesteros, insigne historiador recientemente fallecido, era un temido catedrático en la sección de Historia de la Universidad de Madrid. Temido, claro está, por los estudiantes poco aficionados a enflaquecer en el estudio.

Para las muchachas, sobre todo, la idea de tener que examinarse con don Antonio en el fin de carrera representaba una muy seria inquietud. Contaba él que en cierta ocasión recibió en vísperas de un examen de Licenciatura la visita del papá de una chica que venía a interceder por su hija. Como argumento supremo, el visitante dijo a don Antonio:

En realidad, mi hija se va a casar en cuanto termine la carrera. Entre nosotros, señor catedrático, ¿qué falta le hace la Historia? Usted la aprueba, y en paz. ¡Usted es padre también!

Ni que decir tiene que la muchacha hizo un pésimo examen, y que don Antonio no la aprobó. Sin embargo, pocos días después, en casa de la alumna se recibió un obsequio que el catedrático enviaba con una tarjeta, donde se leía:

"Como regalo de bodas, con sincero desecho de venturas. ¡La Historia no le hace ninguna falta!"



pecto no muy saludable. Cuando el tal se marchó, sentóse Cela en la plaza vacante, para que a su vez le afeitasen.

Como el objeto de su viaje era observar, Cela vió cómo el barbero empuñaba la navaja, y daba pasada tras pasada, enérgicamente, sobre una correa sujeta a un clavo en la pared. Cuando acabó, sin romper por milagro la correa, se puso a enjabonar al forastero.

—Escuche, amigo, pero ¿no desinfecta usted esa navaja, después de haber afeitado a ese sujeto?—preguntó el escritor.

—¡Ah!, ¿usted también es de los que dicen que si los microbios?—contestó el otro—. ¿Usted se ha fijado en la fuerza con que yo le doy a la navaja en el asentador? ¿Y le parece a usted que después de eso va a quedar un microbio vivo?

SATIRA

Esto de los versos satíricos nos recuerda al inglés John Gay, en cuyos libretos de ópera se atacaba con saña al primer ministro, Walpole. En el estreno de una obra de Gay, al cual asistía Walpole, se cantaba una letrilla terriblemente ofensiva para el primer ministro. Los espectadores no apartaban ojo del palco donde Walpole, impasible, pero con las orejas cada vez más encarnadas, escuchaba la canción. Pero al terminar ésta, entre el silencio del público, el primer ministro se levantó, aplaudiendo sonriente, hasta conseguir con sus aplausos y los de los demás espectadores la repetición de la letrilla.

Claro que cuando Gay se disponía a estrenar poco después otra ópera, el primer ministro prohibió fulminantemente la representación.



Pasó la luna de miel, y la reincidencia, ¡ay!, ha sido fatal. Y lo peor es que al hombre ahora le da por comenzar la peregrinación báquica al anochecer, se olvida de la hora de la cena y aparece por casa, las más de las veces, allá por la madrugada.

Y la mujer, resignada, le contaba a una amiga:

—Yo sé perfectamente, porque eso se olfatea en seguida, de dónde viene. Pero siempre le pregunto. Porque, mujer, ¡me inventa unos cuentos tártaros tan divinos...!

DEMOSTRACION

Lo mejor que se ha escrito acerca del descubrimiento de América lo vimos hace años en una revista argentina. Era un saladísimo dibujo en que, rodeado de barbudos sabios, Colón, con un cesto lleno de huevos al brazo, iba cascándolos sucesivamente encima de la cabeza del más



HIGIENE

Cuando Camilo José de Cela andaba mochila al hombro por tierras de la Alcarria tomando datos para su libro de divulgación geográfica, entró en la barbería de un pueblo y tuvo que esperar unos minutos hasta que el barbero terminó con la barba de un parroquiano de asomado.

Como el objeto de su viaje era observar, Cela vió cómo el barbero empuñaba la navaja, y daba pasada tras pasada, enérgicamente, sobre una correa sujeta a un clavo en la pared. Cuando acabó, sin romper por milagro la correa, se puso a enjabonar al forastero.

Como el objeto de su viaje era observar, Cela vió cómo el barbero empuñaba la navaja, y daba pasada tras pasada, enérgicamente, sobre una correa sujeta a un clavo en la pared. Cuando acabó, sin romper por milagro la correa, se puso a enjabonar al forastero.

—Escuche, amigo, pero ¿no desinfecta usted esa navaja, después de haber afeitado a ese sujeto?—preguntó el escritor.

—¡Ah!, ¿usted también es de los que dicen que si los microbios?—contestó el otro—. ¿Usted se ha fijado en la fuerza con que yo le doy a la navaja en el asentador? ¿Y le parece a usted que después de eso va a quedar un microbio vivo?



NOCTURNO

Uno de nuestros más bullidores poetas se casó terriblemente enamorado y prometió a su futura costilla, antes del matrimonio, que no volvería a reincidir, después de casado, en su pertinaz afición a libar vinazo por las tabernas de los barrios castizos.

Pasó la luna de miel, y la reincidencia, ¡ay!, ha sido fatal. Y lo peor es que al hombre ahora le da por comenzar la peregrinación báquica al anochecer, se olvida de la hora de la cena y aparece por casa, las más de las veces, allá por la madrugada.

Y la mujer, resignada, le contaba a una amiga:

—Yo sé perfectamente, porque eso se olfatea en seguida, de dónde viene. Pero siempre le pregunto. Porque, mujer, ¡me inventa unos cuentos tártaros tan divinos...!

	Ptas.
3. Garcilaso de la Vega, de M. Tomás.	1,50
4. Suspenso en amor, de Ladislao Fodor, traducción de Tomás Borrás	1,50
5. ¿Quién...?, de J. Ramos Martín...	1,50
6. Mi niña, de Fernández y Quintero.	1,50
7. Canela, de Ochoa y R. de León.	1,50
8. La infeliz vampiresa, de Torrado.	1,50
9. Gente de bulla, de José Tellache.	1,50
10. Amuleto, de Paso (hijo) y Sáez.	1,50
11. El señorito Pepe, de Luis de Vargas	1,50
12. Gloria Linares, de A. Casas Brício.	1,50
14. ¡Y vas que ardes!..., de F. Ramos de Castro y Manuel López Marín.	2,00
15. En poder de Barba Azul, de Luisa María Linares y Daniel España.	2,00
17. Madrinita buena, de Pérez y Pérez.	2,00
19. María Antonieta, de Ardevín y Mañes.	2,00
22. El gran tacaño, de Paso y Abati.	2,00
28. Un timbre que no suena, de Haro.	2,00
29. La dama duende, de P. Calderón.	2,00
30. Tú gitano y yo gitana, de C. Brício.	2,00
32. ... Y creó las madres, de C. Brício.	2,00
33. Madre (el drama padre), de Jardiel.	3,00
34. Los cuatro robinsones, de García Álvarez y P. Muñoz Seca.	2,00
35. Dios te ampare, Los galgos, La afición y El mejor de los mundos, de Antonio Ramos Martín.	2,00
38. La sobrina del cura, Los milagros del jornal, de Carlos Arniches.	2,00
39. Como tú me querías, de Navarro.	2,00
41. El primer rorro y La casa de los milagros, de Paradas y Jiménez y Presentimiento, de J. F. Roa.	2,00
42. ¡Consuélate, Laureano!, de Lucio.	2,00
44. Blanca por fuera, rosa por dentro, de Enrique Jardiel Poncela.	3,00
46. Mi señor es un señor, de F. Sevilla.	2,00
47. ¡La condesa está triste!, de Arniches.	2,00
48. El ardido, de Pedro Muñoz Seca.	2,00
49. Don Verdades, de Carlos Arniches.	2,00
50. ¡Mujercita mía!, de A. Paso, López Monis y José Pérez López.	2,00
51. La fiera dormida, de Arniches.	2,00
52. Pastor y Borrego, de García Álvarez y Pedro Muñoz Seca.	2,00
53. Ya conoces a Paquita, de Arniches.	2,00
54. Ha entrado una mujer, de Deza.	2,00
55. La señorita Polilla, de D. España.	2,00
56. Los que quedamos, de Cenozo.	2,00
58. Para ti es el mundo, de Arniches.	2,00
60. La Prudencia, de F. del Villar.	2,00
61. Las cosas de la vida y Mentir a tiempo, de M. Seca y P. Fernández.	2,00
62. No te ofendas, Beatriz, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.	2,00
63. Martingala, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.	2,00
64. Las tres B. B. B., de Luis Tejedor y Luis Muñoz Lorente.	2,00
65. La mentira del silencio, de J. Maura.	2,00
66. Ambición, de Suárez de Deza.	2,00
67. Las siete vidas del gato, de Jardiel.	3,00
68. ¡Catalina, no me illores!, de Deza.	2,00
69. Con los brazos abiertos, de Navarro.	2,00
70. La plancha de la Marquesa, de Pedro Muñoz Seca.	2,00
71. La chica del gato, de Arniches.	2,00
72. El puñado de rosas, de Arniches y Asensio Más, y Alma de Dios, de Arniches y García Álvarez.	2,00
73. Los chatos, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.	2,00
74. La verdad de la mentira, de Pedro Muñoz Seca.	2,00
75. Cuando a Adán le falta Eva, de Acosta.	2,00
76. La frescura de Lafuente, de García Álvarez y Pedro Muñoz Seca.	2,00
77. La patria chica y La mala sombra, de S. y J. Álvarez Quintero.	3,00
78. La Montería y Cartas son cartas, de Ramos Martín.	2,00
79. Tú y yo somos tres, de Jardiel.	3,00
80. Cándido de día, Cándido de noche, de E. Suárez de Deza.	4,00
81. El Padre Pitillo, de Arniches (extra.).	4,00
82. El mal de amores y La reina mora, de S. y J. Álvarez Quintero.	3,00
83. La señorita Angeles, de M. Seca.	3,00
84. La revoltosa y Las bravías, de José López Silva y Fernández Shaw.	3,00
85. La cruz de Pepita, de Arniches.	3,00
86. Agua, azucarillos y aguardiente y El chaleco blanco, de R. Carrión.	3,00
87. El Goya y La Nicotina, de P. Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.	3,00
88. Nocturno, de E. Suárez de Deza.	3,00
89. El Sosiego, de José de Lucio.	3,00
90. Un alto en el camino, de El Pastor Poeta.	3,00
91. Usted tiene ojos de mujer fatal, de E. Jardiel Poncela.	3,00
92. Las cosas de Gómez, Clemente el Bonito, y Lola, Lolilla, Lolita y Lolo, de M. Seca y P. Fernández.	3,00
93. Del brazo y por la calle, de Armando Mook.	3,00
94. Tres mil pesos, de Darthes y Damel.	3,00
95. Mariana, de Serafin y Joaquín Álvarez Quintero.	4,00
96. El tio estraperlo, de Jesús M. Borrás.	3,00
97. Rigoberto, de Armando Mook.	3,00
98. El sexo débil ha hecho gimnasia, de E. Jardiel Poncela (extra.).	4,00
99. La Caraba, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.	3,00
100. Como mejor están las rubias es con patatas, de J. Poncela (extra.).	4,00

NOTA.—Los números 1, 2, 13, 16, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27, 31, 36, 37, 40, 43, 45, 57 y 59 están agotados.

Hay ciudades que tienen un destino poético. Tal es la atracción que ejercen sobre los escritores o poetas que en ellas viven o por ellas pasan, y apenas la entrevén se sienten subyugados por su hechizo. Una de estas ciudades es Soria, la ciudad fría y pura que ya en el Siglo de Oro nos descubren Tirso de Molina y Pedro de Rúa, el lector de Soria, que escribe unas Cartas a fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo. La ciudad que nos evoca Gustavo Adolfo Bécquer en sus románticas, soñadoras leyendas. La que más tarde canta Antonio Machado, en su corazón y en su verso, primero en Campos de Castilla:

¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana,
¡tan bella! bajo la luna;

luego en Nuevas Canciones:

... hacia la fuente del Duero
mi corazón, ¡Soria pura,
se tornaba, ¡oh frontera,
entre la tierra y la luna;

Y todavía, ya viejo, cuando la guerra le arrastra a orillas del Mediterráneo, evocará en un soneto a su Soria pura, entre montes de violeta. Pero hay un párrafo de Antonio Machado que dice tanto como sus versos sobre el destino poético de Soria: "Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su propio y más limpio manantial. Gustavo Adolfo Bécquer, aquel poeta sin retórica, aquel puro lirico, debió amarla tanto como a su natal Sevilla, acaso más que a su admirada Toledo. Un poeta de las Asturias de Santillana, Gerardo Diego, rompió a cantar en romance nuevo, a las puertas de Soria (1). Y hombres de otras tierras, que cruzaron sus páramos, no han podido olvidarla. Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez de España entera. Contra el espíritu redundante y barroco, que sólo aspira a exhibición y a efecto, buen antídoto es Soria. Maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos y nada más." Si. No sólo Gerardo Diego, cuya Soria hoy nos llega en bello volumen, sino otros poetas han venido después a dar la razón a Antonio Machado. Como Dámaso Santos, que canta las tardes sorianas en su libro Las tardes del Mirón, y como Angela Figueroa, con su Soria pura, el más reciente homenaje poético a la ciudad de San Saturnio: homenaje femenino, por vez primera; homenaje, además, a Antonio Machado, en el título y en estos versos dedicados al maestro:

Me fui con tu libro allí,
y luego no hacía falta;
todos tus versos, Antonio,
el Duero me los cantaba.

Gerardo Diego llega a Soria en abril de 1920 y permanece allí dos años. En 1923 publica—en la colección de Libros para amigos que editó en Valladolid José María de Cossío—su primer homenaje a Soria: Galería de estampas y efusiones, que se abre con estos versos:

Esta Soria arbitraria mía, ¿quién la conoce?
Acercosa a mirarla en los grises espejos
de mis ojos, cansados de mirar a lo lejos.
Vedla aquí, joven, niña, virgen de todo roce.

Pero ya en este primer homenaje poético a Soria, define Gerardo Diego emocionadamente su Soria:

Total, precisa, exacta: bien te aprendí.
Yo no sabré cantarte; pero te llevo en mí,
toda entrañable, toda humilde,
sin quitar ni poner una tilde.

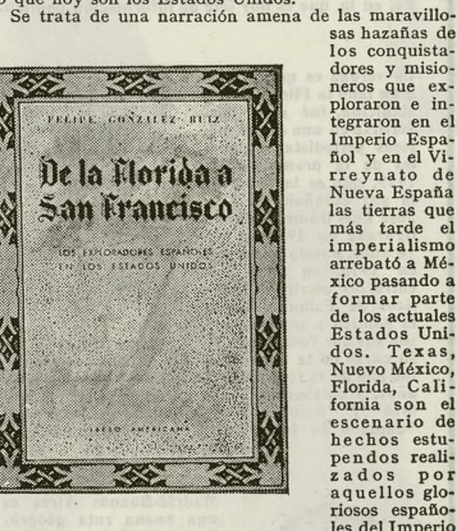
A estos versos de 1922, seguirán otros muchos que Soria inspira a Gerardo Diego a través de veinticinco años de fidelidad poética a la ciudad lítica. Esta rica cosecha soriana de poesía ha sido reunida ahora por Gerardo Diego en un volumen—Soria—publicado en la colección santanderina El Viento Sur. El libro está dividido en cinco partes, que corresponden a otras tantas fases de esa fidelísima cosecha. Galería de estampas y efusiones; Nuevo Cuaderno de Soria; Capital de provincia; Cancionero de Salduero, y Tierras de Soria. Después de leer y releer, saboreándolo (pues así hay que amar este libro), los poemas de Soria, de Gerardo Diego, sienten una vez más la conocida teoría según la cual el artista no copia la realidad, sino que la inventa. Mas para inventar la realidad—ese cuerpo bellísimo, ese árbol tierno, esa ciudad pura—el poeta ha de amarla, hacerla suya, viviéndola, soñándola (y también odiándola a veces, desesperiándola). Sólo entonces el poeta puede inventar, poetizar esa realidad. Y esto es lo que ha logrado Gerardo Diego con Soria: inventarla para sí y para los demás. Quien no haya pisado las calles de Soria, puede conocer y amar a esta ciudad en estos poemas tan puros y melancólicos, tan claros y verdaderos como el aire y el cielo mismos que cantan. Si se quiere que la poesía sea vida, historia del poeta—y no sólo historia de experiencias, sino de sueños—, este libro cumple a las mil maravillas ese designio. En sus poemas, el poeta vive, sueña, canta la ciudad que amó—y acaso odió en algún momento—sus tardes puras, sus tejados arbitrarios, sus fieles estrellas, sus trémulas campanas, la gracia cándida de su nieve. Y este cantar soriano de Gerardo Diego es siempre jugoso y encendido, en su aleteante variedad métrica. En sus primeros versos—los de 1922—acaso es posible hallar un dejo juanramoniano o machadiano. Pero luego, la voz de Gerardo Diego es enteramente suya, y el dominio, a maestría en el paso y el vuelo del verso es absoluta. La gracia del verso fluye espontánea, bien invisible el músculo del arte. Poemas como La nieve, Despedida, El sueño, y los dos sonetos Revelación y Cumbre de Urbión, han de figurar entre las piezas más antológicas de la obra de Gerardo. Creo que Soria está a la altura de los mejores libros de Gerardo Diego, junto a Versos humanos, Alondra de Verdad o Angeles de Compostela. Con ellos, Soria viene a probar una vez más que Gerardo Diego no es sólo el artista maravilloso del verso, sino el gran poeta de trémula y entrañable sensibilidad que ya muy pocos ignoran.—José Luis Cano.

(1) GERARDO DIEGO: SORIA. Colección "El Viento Sur". Santander-Madrid, 1948.

Estos libros los hemos leído

Los españoles en Norteamérica

En un voluminoso libro (1), elegantemente impreso, la Editorial Ibero Americana de Buenos Aires nos ofrece, en su Colección Infinita, esta obra de Felipe González Ruiz sobre los exploradores españoles en lo que hoy son los Estados Unidos.



Se trata de una narración amena de las maravillosas hazañas de los conquistadores y misioneros que exploraron e integraron en el Imperio Español y en el Virreynato de Nueva España las tierras que más tarde el imperialismo arrebató a México pasando a formar parte de los actuales Estados Unidos. Texas, Nuevo México, Florida, California son el escenario de hechos estupendos realizados por aquellos gloriosos españoles del Imperio que han dejado en la Historia una huella imborrable, y cuyo espíritu, aunque ajeno al del pueblo de los Estados Unidos y distanciado de él no sólo por los siglos, sino por un alto valladar de sangre y de creencias, determina, sin embargo, una cierta corriente de influencia histórica y cultural, por donde se hace más asequible el acercamiento sincero y comprensivo entre el pueblo norteamericano y los pueblos de Hispanoamérica y de España.

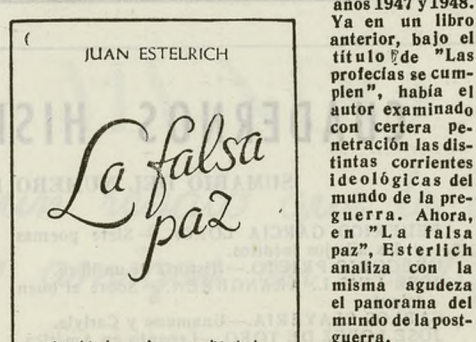
Los nombres de Cortés, Ponce de León, Alvar Núñez, Menéndez de Avilés, Soto, Fray Junípero Serra, Vázquez de Coronado, etc., surgen en toda su grandeza y heroicidad de la escueta y bien escrita narración que de sus hechos hace González Ruiz, sin necesidad de que los adornos retóricos y la buena adjetivación literaria le sirvan de fantástico y falso pedestal a su gloria.

El libro está ampliamente ilustrado con fotografías, mapas y aguafuertes originales de Aristizábal, y trae al final, como apéndices valiosos, una Nómina de los Virreyes de México con expresión de las exploraciones que organizaron a los territorios de los actuales Estados Unidos, y un cuadro de la destrucción del Imperio Español.—J. Y.

(1) FELIPE GONZÁLEZ RUIZ: DE LA FLORIDA A SAN FRANCISCO. Editorial Ibero Americana. Buenos Aires, 1949.

OTRA VEZ LA POSTGUERRA

El conocido periodista y escritor español Juan Esterlich recoge en un volumen de cerca de 400 páginas (1) sus breves y agudas reflexiones periodísticas sobre los problemas políticos y espirituales del mundo, publicadas en el "Diario de Barcelona" durante los años 1947 y 1948.



Me ahí el mundo que salió de la última guerra: sus angustias, sus problemas y posibles soluciones.

Ya en un libro anterior, bajo el título de "Las profecías se cumplen", había el autor examinado con cierta penetración las distintas corrientes ideológicas del mundo de la preguerra. Ahora, en "La falsa paz", Esterlich analiza con la misma agudeza el panorama del mundo de la postguerra.

El libro se divide en tres partes: la primera, que da nombre a la obra, se refiere a los aspectos políticos del panorama mundial; la segunda, a las directrices y movimientos espirituales, bajo el título de "Levantar al hombre luterano", y la tercera, como lo indica su nombre: "Temas de nuestro tiempo", en-

(1) JUAN ESTERLICH: LA FALSA PAZ. Montaner y Simón, S. A. Barcelona, 1949.

cierra un conjunto de estudios sobre temas vivos de actualidad y un grupo de medallones de personalidades significativas.

El libro, escrito con agilidad y fuerza, tiene además el valor documental de recoger la impresión y el pensamiento del autor en el momento en que se suceden los hechos comentados, descubriendo, a través de las claras y certeras reflexiones de un hombre de mentalidad limpia y despejada, el tortuoso y ciego proceso de la política mundial y la triste incertidumbre espiritual con que se mueven torpemente los pueblos y sus dirigentes en la crisis actual de la Historia.

Esterlich, escritor de pluma fácil y brillante, nos ha dado así un libro rico en temas y sugerencias, y que en su asidua y cotidiana observación de la agitada vida actual del mundo nos ofrece la posibilidad de captarla y entenderla mejor en su conjunto y en sus matices.—J. Y.

ZURBARAN

Desde los tiempos en que D. Enrique Real Magdalena, como buen poeta y extremeño, luchaba porque el conocimiento de la figura de Zurbarán tuviese una mayor proyección, y el monumento que parece consagrar al hombre de una manera definitiva, ya que hasta que se erige la piedra parece que está en entredicho la fama, han sido muchos los panegiristas del pintor, tales como Mier, Lefort, y, más recientemente, Cascales Muñoz y María Luisa Caturra, esta última descubridora de horizontes que no han tenido confirmación, ni cita, en el último libro de Pompey, estudio que hace de la vida del pintor, y en donde no afirma ni niega la posibilidad, tan atrayente, de su probable estancia en América, y más concretamente en el Reino de Nueva Granada.



La revalorización de la figura pictórica del artista extremeño se acusa por días, y este volumen viene a añadir un análisis minucioso de los cuadros más conocidos, y es digno de destacar el método "moderno" que aplica frente a ellos, valorando en cada composición elementos que ayudan al descubrimiento íntimo de la paleta del autor de "La Virgen de las Cuevas". Si para el biógrafo de un pintor, en este caso también pintor y crítico, es de desear un apellido para definir a la figura que a través de él toma carácter concreto, pictóricamente diremos que para Francisco Pompey Zurbarán es el sentido "escultórico", dentro de la pintura de su tiempo, en el equilibrio que supo conservar para definirse. También merece alusión particular el signo realista "constante" que atribuye a "el pintor de los monjes" ya que, como agudamente observa el glosador de una vida y de una obra en las representaciones religiosas de muchas figuras de santos (Santa Catalina, Santa Margarita, Santa Marina, Santa Inés, Santa Rufina, Santa Casilda), bien porque el modelo conserva el aliento directamente humano de la femineidad o por el vestido que elige el pintor, la aureola de santidad, su concepción, se separa totalmente de las parecidas representaciones que han de sucederle o que conviven con él.

Se detiene el comentarista acertadamente en la vida de Zurbarán, como buen conocedor de la influencia que los hechos vitales tienen en el trabajo del artista. No salva—por lógica falta de documentos—las lagunas de sus estancias—una de ellas en Madrid—; pero sigue paso a paso lo conocido para expresar como por la transcendencia del medio la paleta del extremeño, en lugar de permanecer en esa rigidez, que tan aficionados han sido muchos comentaristas en atribuirle, ésta se agranda, y recoge aquello que más sirve para propósitos de exaltación religiosa, único fin al que estaba entregado el quehacer del pintor, y más marcadamente en quien casi dependía—en época importante de su producción—de los encargos de una determinada comunidad. El observar las variaciones que tiene el pincel en el supuesto discípulo del clérigo Roelas, es un dato de interés que tuvo antes su gran defensor en el Sr. Cascales Muñoz, cuyo amor regional rebasa una medida que en Pompey adquiere un grado muy de estimar, y que juega, con su clara actitud de interpretación, ante la obra zurbaranesca con una señal contemporánea que centra mejor la imparcialidad.

La obra de Zurbarán, tan decisiva en el estudio de la Pintura española, tan poco sujeta a una definición concreta por el afán de atribuciones más o menos caprichosas, adquiere en los últimos años una impor-

(1) FRANCISCO POMPEY. ZURBARAN. Afrodísio Aguado, S. A. Madrid, 1949.

tancia progresiva por el descubrimiento continuo que se hace de un pintor excepcional que surge al lado de Velázquez, y en su conocimiento, y que salva su modo y manera con menores pruebas de convivencia entre Don Diego y Murillo que las que se creen, y lo demuestra en sus obras menos aparatosas, donde es más interesante la verdad de su concepto y de su realización. Pompey en una frase acierta a completar un posible resumen de su libro, al decir: "Fue un gran pintor realista; que ennoblece la realidad y que con elementos espirituales—el catolicismo—él fué el más grande de los pintores como monologista, y de haber consagrado sus facultades de pintor a la vida popular democrática y católica de Andalucía, él hubiera sido, después de Velázquez, el más grande de los pintores de ese género." Podríamos añadir que si el conocimiento de los italianos le hubiera favorecido, únicamente por haber dado mayor extensión a su paleta también el beneficio hubiera sido de estimar: pero, acaso, en esa intimidad que llevó al arte—reflejo de la que llevó a su vida familiar—radique la grandeza de Zurbarán, que hoy, en tiempos de búsquedas, es eje seguro para encontrar como el artista puede crear, cuando la mano y la idea están en una alianza tan perfecta como en este pintor, a quien Pompey ha rendido tributo que ha servido para confirmar su esfuerzo continuo de escritor en pro de los maestros del arte español.—S. CAMARGO.

LIBROS RECIBIDOS

LITERATURA

- López Luna (A.): "El gauchito Smith" (Hazañas y correrías de un caballero inglés, casi sesentón, que se metió a gauchito).—Ediciones Vertiente, Buenos Aires, 1949. 175 páginas.
- Rivero Astengo (Agustín): "Remansos" (Casi aforismos).—Buenos Aires, 1948. 176 páginas.
- Centurión (Carlos R.): "Historia de las Letras Paraguayas", II. (Epoca de transformación).—Editorial Asunción, Buenos Aires, 1948. 435 páginas.
- Arias (Augusto): "Panorama de la literatura ecuatoriana". Segunda edición.—Quito, Universidad Central, 1948. 470 páginas.
- Arias (Augusto): "El Quijote de Montalvo".—Publicaciones del Grupo América. Quito, 1948. 39 páginas.

POESÍA

- Velasco (Leopoldo): "Romances solariegos".—Córdoba (Argentina), 1944. 106 páginas.
- Mendizábal (Pedro): "Flor de Raza (El Poema de la Hispanidad)".—La Unión Hispánica. Bilbao, 1949. 170 páginas.
- Cevallos Larrea (Cristóbal): "Cantos heroicos".—Riobamba, 1948. 94 páginas.
- Oquell (Arturo): "Lo que dijo Don Fausto".—López y Cia., Tegucigalpa. 194 páginas.

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

- Vidal Isern (José): "La estela de Fray Junípero".—Palma de Mallorca, 1949. 26 páginas.
- Rizal Mercado (José): "Memorias de un estudiante de Manila" (Autobiografía escolar inédita, según manuscrito original que se conserva en la División Filipiniana de Biblioteca Nacional).—Manila, 1949. 46 páginas.
- Araneda Bravo (Fidel): "Apóstol y mendigo".—Santiago de Chile, 1949. 204 páginas.
- Núñez Arca (P.): "De Quitandinha a Bogotá, pasando por Buenos Aires" (Reportajes de dos conferencias y dos viajes).—Letras Editora Continental, São Paulo, sin fecha. 278 páginas.
- Ramírez (Alonso Francisco): "Hombres notables y monumentos coloniales de Oaxaca".—México, 1948. 192 páginas.
- Pareja Fernández (Enrique Manuel): "El manuscrito Juliano Torcaz I, del Seminario de Canarias" (Con una introducción acerca de los franciscanos de Fuerteventura, por Elias Serra Rafols).—Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, 1949. 44 páginas.
- Garcés G. (Jorge A.): "Paleografía Diplomática Española y sus peculiaridades en América".—Publicaciones del Archivo de la Ciudad, volumen XXV. Quito, 1949. 364 páginas.
- Fernández de Castro, A. C. I. (C.): "Nuestra Señora en el arzón".—Editorial Escelicer, S. L., Cádiz, 1948. 318 páginas.

Los lectores también escriben

La Florida, E. U., septiembre 4.

Muy señor mío: Aunque soy norteamericana, por mis constantes relaciones con españoles, que abundan en esta tierra colonizada por un intrépido español, han llegado a mis manos varios ejemplares de su revista MVNDO HISPANICO, que leo, aunque con alguna dificultad, pues no domino el idioma. Por eso me permito rogarle que publique muchas cosas de toreros, pues me entusiasma mucho todo cuanto con esa fiesta española se relaciona.

Pido a usted mil perdones y soy su afma.,

Kety Riche.

★ Hemos publicado ya varias páginas sobre lo que tradicionalmente se llama "fiesta nacional española", y que nosotros empezamos a llamar—por diversas razones—"fiesta internacional". Pero son artículos más o menos técnicos, firmados por especialistas, que quizá a usted no le agraden, por su falta de pintoresquismo. En este orden formal, seguiremos publicando trabajos sobre dicho tema. Pero sería muy conveniente que usted se acostumbrara a pensar que España es algo más que toros y toreros. ¿O toda Norteamérica es Far-West, caballistas y revólveres de incabables tiros?

Desde el punto de vista pintoresco—sin perjuicio de lo informativo—puede considerar el trabajo que va en el próximo número: "Togues y toreadores", que quizá, también, sirva para justificar lo de fiesta internacional.

Santander, 15 de septiembre 1949.

Muy señor mío: He leído las bases del Concurso de Reportajes que anuncia esa Revista de

su acertada dirección, y se me ocurre una duda que desearía me aclarasen: Dicen ustedes que "pueden concurrir al citado Concurso todos los escritores hispánicos". ¿Entran en esta denominación los españoles? De usted afmo., José Manuel Yáñez.

★ Naturalmente. Al concurso pueden acudir los españoles nacidos en España y los españoles nacidos en América, los hispanoamericanos nacidos en América y los hispanoamericanos nacidos en España. Los hispánicos, en suma.

Nueva York, 8 de septiembre 1949.

Muy señor mío: No soy español ni hispanoamericano, ya que nací en los Estados Unidos; pero mi afición a las cosas de España y a su historia me ha llevado a perfeccionarme en el idioma de Cervantes. En estas condiciones, ¿podría, como "español" por afición, tomar parte en el Concurso que he visto anunciado en su magnífica revista MVNDO HISPANICO, que leo siempre?

En espera de su respuesta, quedo su afmo. seguro s.,

Edgar Morris.

★ Si, siempre que el tema de su reportaje sea hispanoamericano. Et sin non, non.

Santiago de Cuba, 3 de septiembre 1949.

Muy señor mío: Leo con frecuencia la gran revista española MVNDO HISPANICO y en cuento en ella muy buenos trabajos amén de una admirable presentación tipográfica. Ahora bien; creo que, dado su epígrafe de "la revista de los veintitrés países", convendría dedicar más espacio al folklore de los países hispánicos de América, tan rico en sugestivos temas.

Perdóneme este atrevimiento, señor Director, y considéreme un lector de buena fe y su afectísimo s. s.,

Nicolás Fernández Olavide.

★ Nos hemos preocupado por el tema, y nos seguiremos preocupando. Esperamos que nuestro Concurso de Reportajes nos facilite suficiente material de esta índole.

NUESTROS COLABORADORES



Del Centro a Levante, si nació en Madrid en 1922; José Luis Colina ha pasado su infancia y su juventud en Valencia, aunque parte de su juventud, ya periodista hecho y derecho, la está viviendo en Madrid desde hace años. Tras los cursos en la Escuela de Periodismo, Colina ha sido editorialista en los diarios "Jornada", de Valencia, y "Arriba", de Madrid, para pasar a continuación a director de "Ofensiva", de Cuenca—exactamente entre Madrid y Valencia—, cuando tenía veintidós años. Un año después, ya con un premio de periodismo de la Dirección General de Prensa, J. L. C. pasó a Radio Nacional de España, en la que es hoy jefe de información política.

Jaime Delgado, o la precocidad, nació con el primer mes de un 1923 sin erratas. Y ahora, con sus 26 años, este doctor en Historia, colaborador del Consejo de Investigaciones Científicas, es jefe de la Sección de Historia del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, profesor de la Universidad de Madrid, miembro correspondiente del Instituto de Historia del Derecho, de Buenos Aires, y correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, de la Argentina. Después, dentro de unos días, le quedará tiempo para ser secretario general del Congreso Hispanoamericano de Historia, que se celebrará en Madrid en el próximo mes de octubre.



La verdad es que si dejó a un lado la Filosofía y la Medicina, fué para convertirse en uno de los mejores periodistas españoles de la promoción de 1939, que es la fecha de la paz española, si bien José Luis Gómez Tello ya figuraba en 1933—a los 16 años, puesto que nació en 1916, en Madrid—entre los escritores políticos de Falange. Entre la política y el cine, que son sus dos vocaciones, G. T., con el número 1 de su curso en la Escuela de Periodismo, es redactor jefe de la revista "Primer Plano" desde hace años, y colaborador habitual de "Arriba", "Madrid" y "Escorial". Ha publicado dos libros: "Canción de Invierno" y "Los años malditos."



Vino a Madrid—desde Alicante, donde nació en 1912—para seguir sus estudios universitarios; pero lo que de verdad hizo fué asistir a los cursos de la Escuela de Periodismo de "El Debate" y convertirse en periodista agudísimo y total. Así, y siguiendo y sirviendo su irrevocable vocación, Rafael Salazar Soto perteneció a los diarios "Ideal", de Granada, y "El Debate" y "Ya" y el semanario "Digame", estos tres de Madrid, y en la actualidad es redactor-jefe de la Agencia "Logos", también de Madrid, después de haber hecho ágil y vivo periodismo político en las Cortes durante las legislaturas republicanas. A su firma corresponde el trabajo de nuestra pág. 14.



Madrid-Buenos Aires es una buena ruta geográfica e hispánica, y Felipe González Ruiz la sigue, viviendo y escribiendo en Madrid y publicando lo que escribe—y casándose—en Buenos Aires. Nació en Tarragona en 1904 y licenciado en Ciencias Naturales, ganó en 1932 el primer premio de la Unión Iberoamericana y, a poco, otros dos: en el Concurso 1. de la fiesta de la Raza y en el Concurso sobre "La fundación de Buenos Aires". F. G. R., especializado en temas hispanoamericanos, ha publicado "Historia del Amazonas", "Doña Marina", "Pizarro" y "Argentina", y recientemente un volumen "De la Florida a California", editado en Buenos Aires.

Novelista de la generación subsiguiente a la del 98—los novelistas del tema amoroso—, Alberto Insúa, que nació en La Habana en 1885, se trasladó de muy joven a España para actuar al momento en el periodismo madrileño. Su labor fué intensa en "El País", "El Liberal" y "Blanco y Negro", y después, en "El Imparcial", "A B C" y "La Voz". A los 22 años publicó su primera novela, y la firma de A. I. adquirió gran popularidad en aquel género literario, al tiempo que aparecía—con menor intensidad—en el campo teatral. Residente en Buenos Aires durante los últimos años, A. I. vive de nuevo en España desde hace unos meses.



Juan Peñafiel Alcázar—que nació en Murcia en 1910—, al darle la vuelta a su vocación, puesto que a los veinte años era Licenciado en Derecho y a los veintinueve redactor deportivo de "La Verdad", de su ciudad, pudo también, entonces, darle la vuelta a su apellido, para popularizarse como "Fielpeña". Y así, buen especialista del deporte, pasó en 1935 al diario "Ya", de Madrid, donde continúa. "Fielpeña" es secretario de la Comisión de Prensa de la Delegación N. de Deportes y ha publicado varios libros: "Los 60 partidos de la Selección española", "40 años de Campeonato de España de Fútbol", "Historial del Campeonato Nacional de Liga", etc.



Conviene decir por delante que este especialista en juegos florales ha ganado hasta hoy 125 premios literarios, lo que sería un recordarlo "made in U.S.A." si Manuel González Hoyos no hubiese nacido en Santander (1900) para no salir del Norte español: Asturias y Palencia, a más de Cantabria. El primer premio lo ganó en Sevilla, a los 17 años. El último, por ahora, lo habrá ganado ayer o a lo sumo anteayer. Entre premio y premio, M. G. H. fué redactor de "Región", de Oviedo; director de "El Día de Palencia", y—desde 1932 hasta hoy—director de "El Diario Montañés", de Santander. Ha publicado 14 libros—poesía y viajes—y tiene en preparación 8 más.



PARIS

CAPITAL DEL BUEN GUSTO
Y DEL ESPIRITU FRANCES
PLACA GIRATORIA
DE LOS FERROCARRILES DE EUROPA

PARA LOS VIAJES POR FRANCIA
CONSULTEN LOS FERROCARRILES FRANCESES
AVENIDA JOSE ANTONIO, 57



MADRID
TELEFONO 21-61-07

Y LAS AGENCIAS DE VIAJES

VELOCIDAD * CONFORT * SEGURIDAD

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

SUMARIO DEL NUMERO 10 (JULIO-AGOSTO 1949).

FEDERICO GARCIA LORCA.—Siete poemas y dos dibujos inéditos.
GREGORIO PRIETO.—Historia de un libro.
JOSE LUIS L. ARANGUREN.—Sobre el buen talante.
CARLOS CLAVERIA.—Unamuno y Carlyle.
JOSE LOPEZ DE TORO.—Lepanto en América.
OSCAR MIRO QUESADA.—Dinámica de la lidia.
FELICIDAD BLANC.—El domingo (cuento).
PABLO ANTONIO CUADRA.—Poemas con un crepúsculo a cuestas.

JOSE LUIS FERNANDEZ DEL AMO.—Cuatro pintores juntos.
EULALIA GALVARRIATO.—Dos niños de América.
LUIS FELIPE VIVANCO.—Continuación de la vida.
Brújula para leer: Notas bibliográficas de GERARDO DIEGO, JAIME DELGADO, LEOPOLDO PANERO, EUGENIO FRUTOS, GUILLERMO KAUL, JOSE MARIA VALVERDE y LUIS ROSALES.
Asteriscos.

Redacción y Administración: Marqués del Riscal, 3, MADRID



Una suscripción a
MUNDO HISPANICO

es un regalo que le agradecerán sus parientes
 o amigos en cualquier lugar del mundo

PRECIOS DE SUSCRIPCION POR UN AÑO:

ARGENTINA..... 30 PESOS
 BOLIVIA..... 300 BOLIVIANOS
 BRASIL..... 120 CRUCEIROS
 CHILE..... 240 PESOS
 COLOMBIA..... 12 »
 COSTA RICA..... 39 COLONES

CUBA..... 6 PESOS
 ECUADOR..... 90 SUCRES
 EL SALVADOR..... 15 COLONES
 ESPAÑA..... 144 PESETAS
 FILIPINAS..... 18 PESOS
 GUATEMALA..... 6 QUETZALES

HONDURAS..... 12 LEMPIRAS
 MEXICO..... 42 PESOS
 NICARAGUA..... 30 CORDOBAS
 PANAMA..... 6 BALBOAS
 PARAGUAY..... 24 GUARANIES
 PERU..... 39 SOLES

PORTUGAL..... 144 ESCUDOS
 PUERTO RICO..... 6 DOLARES
 REPUBLICA DOMINICANA..... 6 »
 URUGUAY..... 12 PESOS
 U. S. A..... 6 DOLARES
 VENEZUELA..... 21 BOLIVARES

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4 - MADRID - (ESPAÑA)
 APARTADO DE CORREOS 245 - TELEFONO 230526

